

REVISTA CONTEMPORÁNEA



36940

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR

RAFAEL ALVAREZ SEREIX

AÑO XXIV—TOMO CXI

JULIO—AGOSTO—SEPTIEMBRE 1898

(DERECHOS RESERVADOS)



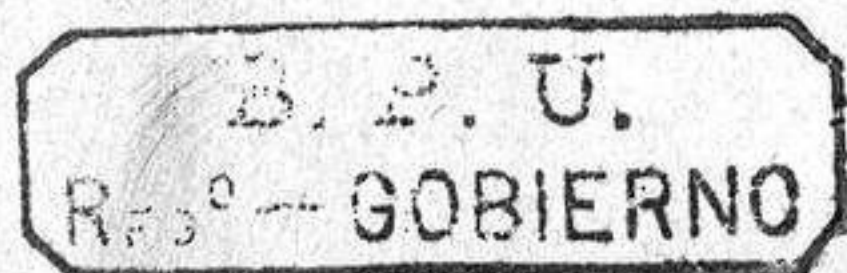
DIRECCIÓN

Huertas, núm. 41, tercero.

ADMINISTRACIÓN

Pizarro, núm. 17, principal.

MADRID



MADRID, 1898

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo

LA FUTURA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA ⁽¹⁾

IV

LA REVOLUCIÓN PROBABLE

Por reducido que sea el número de las personas que leen estos apuntes, juzgué prudente dejarlos en suspenso desde Diciembre del pasado año, hasta que se trasluciera si el Gobierno fusionista tendría ó no bastante suerte para remediar los conflictos torpemente acumulados por la situación política anterior y evitar otros mayores. Hoy nadie duda que la catástrofe final se aproxima á pasos agigantados. A la liquidación colonial seguirá inmediata y fatalmente la de la Península, y sin un milagro de la Providencia, es ya inevitable la futura revolución española, de cuyas probables fases voy á tratar con harta amargura en este capítulo.

Desde que la bárbara mano de un imbécil quitó la vida en Santa Agueda al Sr. Cánovas, sonó para España la hora de la expiación de sus culpas, y entre todas éstas, la más monstruosa y de más fatales consecuencias ha sido su incapacidad y su impotencia para ser, lo que tenía vano empeño en demostrar, una nación colonizadora. Los más incautos de nuestros compatriotas empiezan á ver claro el desenlace.

Ninguna lección sirvió de advertencia á este país desventurado, modelo estupendo de imprevisión, de descuidos, de desbarajuste administrativo y de inmoralidad pública, empeñado en sostener, no diré contra razón y justicia, más sí contra mutua conveniencia, una soberanía en las Antillas y en

(1) Véase pág. 503 del tomo CVIII de esta REVISTA (15 Diciembre 1897)

Filipinas, escandalosas casas de vecindad, cuyos falsos y corrompidos cimientos los veía todo el mundo menos nosotros. Las insurrecciones y guerras anteriores de ningún escarmiento nos sirvieron ni nada nos enseñaron; y en estas últimas guerras coloniales constantemente se procedió como si todo el país lo habitasen reclutas inexpertos y alelados. ¡Que no se eche la culpa toda á los gobernantes, sino al país, que tal manera produce! ¡No aplaudía éste á los ministros que destrozaron 200.000 hijos de la patria en la funesta isla de Cuba, confundiéndose en las ramas de la insurrección, sin fijarse ó no atreverse á fijar oportunamente en las raíces que desde las costas de La Florida las alimentaban? ¡No ha sido este país un pueblo que encubrió más de dos años su humillación con el torpe y burdo ropaje de su ignorancia y de sus quijotes-cas aventuras? Pues que se resigne á escuchar con paciencia las razones que dan los yanquis para expulsarnos de América. Europa entera las oye sin protesta, como si fuesen solemnes aunque brutales verdades.

Ahora empieza á ver claro este país cuajado de inocentes hasta qué punto llegó la criminal incuria de todos los Gobiernos que se sucedieron de treinta años á la fecha. Ahora se va viendo clara la pequeñez del poderío naval de una enfatuada nación, cuya vanidad se pasaba de raya al contemplar dibujados en el mapa un imperio colonial por Oriente y otro á Occidente. Ahora se distingue que los que nos parecían gatos astutos son unos atolondrados é inútiles ratoncillos. Ahora se desvanecen las apretadas nieblas que oscurecían nuestros ojos. No son de cartón ni de hojalata aquellos barcos que salieron de Nueva York con marinos inexpertos y beodos, cuyas deserciones en masa nos aseguraban los charlatanes del arroyo. Europa nos compadece, pero no nos socorre; y como á todo enfermo grave, que desea morir cristianamente, sólo nos acompaña, á la postre, la paternal bendición de Su Santidad.

España pierde sus colonias porque es indigna de tenerlas; y si se nos rechaza la palabra indigna, que nadie falte á la verdad negando que es incapaz é impotente. España, demasiado alejada de la cabeza de la civilización moderna, sin fuerza, sin

maña, sin marina y sin dinero para sostener tales lujos, termina su papel, tan desairado como ridículo, de poseer colonias, que sólo han servido de estorbo, inmensa pesadumbre y sangrientas ruinas. ¡Que llegue cuanto antes el final de la famosa liquidación!

Una de las más imprevisoras torpezas de los gobernantes de estos últimos tiempos, fué el no haber persuadido al país que ya no nos convenían las colonias, obligándole á discurrir con más alteza de miras. Debieron haber enseñado al vulgo por qué medios y por qué caminos hay grandes naciones sin colonias, como Alemania, Austria, Italia, así como otras muy pequeñas, como Bélgica y la misma Suiza, todas las cuales están muy por encima de España en el tráfico ultramarino en ambos océanos. En la masa general de la Nación debieron haber inculcado tales gobernantes el axioma que todo el mundo repetía de que, para soportar colonias imposibles de sujetar y de administrar con acierto, vale mucho más no tenerlas. Debieron habernos probado prácticamente que, con sus propios recursos y sin colonias, España puede ser más grande y más feliz que con ellas.

¡No se hizo así! Y en la afrentosa conclusión de los conflictos actuales, en la dolorosa liquidación que pronto terminará, ¿qué nos aguarda? Un clamoreo sin cesar creciente contra todos los Gobiernos, contra todos los partidos, más que contra otros, contra aquel á quien toque la desgracia de rodar desbaratado y maltrecho á los abismos, con el final de la liquidación ultramarina. Manando sangre la dolorosa amputación comenzada por el cruel verdugo que nos aniquila, los más horribles lamentos seguirán al estupor del país. Sobre el marasmo, sobre el aturdimiento, sobre la continuada protesta contra los inicuos atropellos de ahora de los bárbaros modernos, se alzarán, con la rugiente espuma de indómitas pasiones, el oleaje que de los fondos cenagosos elevará el espíritu de rebeldía. ¿Dónde están nuestros hijos? volverá á repetirse. ¿Dónde nuestros tesoros? ¿Qué se hicieron nuestro porvenir, nuestra esperanza y nuestras ilusiones? ¿Qué fué de la honra y de la gloria de la Nación? Y cuando el descontento y las amarguras lleguen al límite que en fuerzas humanas quepa,

cuando la ira raye en la desesperación y la soberbia en la violencia, cuando todos atónitos, con las mayores congojas, busquemos en nuestro derredor un hombre que nos salve y nos redima, llegarán los primeros barcos donde regresen nuestros hermanos de Ultramar con las banderas rasgadas en jirones, manchadas de lágrimas y de sangre. Volverán á nuestros brazos unos tras otros; y encendidos por los calores de los trópicos, abrasados por el ardor de una pelea tan heroica como estéril, inflamarán nuestras venas entumecidas, haciendo pensar á todos en la salvación de la Patria para darle aliento y en su regeneración para vengarla. Volverán nuestros hermanos y con ellos el inevitable fermento de la futura revolución.

Si fuese España como uno de esos países del Norte, de gente de más aplomo, para imprimir nuevos y más juiciosos rumbos á las energías nacionales, acallaríamos las amarguras de tan tremendo y triste desenlace y trabajaríamos todos silenciosos alrededor de un niño inocente, enteramente irresponsable de tamañas desventuras. Pero ya se vislumbra el final del camino de perdición desde larga fecha emprendido. Antes que las radicales reformas que en el régimen interior se hicieron indispensables, en sumo grado urgentes, desde el comienzo de la guerra de Cuba, llegará el período turbulento de las disensiones intestinas y corresponderá á D. Carlos el triste privilegio de agitar las entrañas de la Patria en favor de sus constantes ambiciones. No tardará mucho tiempo sin que vuelva á sus aventuras, precedidas de su correspondiente arenga ó manifiesto en que, poco más ó menos, venga á repetir lo de siempre.

«Llegado es el momento tantas veces anunciado—dirá seguramente—en que me decida á poner fin á los horribles males de esta Patria mil veces desgraciada, acudiendo á salvarla del borde del precipicio donde, por culpa de malos Gobiernos, á punto llegó de hundirse y despeñarse para siempre. Desbaratada por completo la Hacienda pública, destrozados los recursos económicos del país, caídos en el mayor descrédito los partidos todos de la actual regencia, en el mayor desconsuelo y descontento la Nación entera, llegado es ese

momento providencial y oportuno. ¡Concluyan de una vez tantas amarguras! ¡Empiece cuanto antes una nueva era de regeneración y de felicidad, que sólo conmigo os será posible conseguir! ¡No desoigáis otra vez más la voz de la razón y de la justicia! ¡No desatendáis en ocasión tan crítica los legítimos y sagrados derechos de mis antepasados, que inicuos gobernantes atropellaron á la muerte de D. Fernando VII!

» ¡Otra hubiera sido la suerte de la Nación si por herencia legítima y directa, sin el estruendo de las armas, me hallase hace tiempo en el trono de mis mayores! ¿Qué ha sido de España desde el reinado de D.^a Isabel II? ¡Desgracias tras desventuras, desolación tras de ruinas, y al final una espantosa catástrofe que clama al cielo su inmediata venganza!

» Caisteis en los extravíos y errores de un sistema parlamentario, desvirtuado con exceso, muy mal interpretado y peor regido, cuyo descrédito llegó á su colmo dentro y fuera de España, y por apartaros de la verdad y de la justicia, por huir de las honrosas tradiciones que tanta gloria y renombre nos dieron en mejores siglos, habéis estado sujetos á la férula de fatuos gobernantes que os hicieron rodar de abismo en abismo, hasta dejar á la Patria aniquilada, exánime y desmembrada. Á cambio de unas libertades ilusorias en el orden político, equivalentes á un infame libertinaje en el orden social, en pleno dominio de la democracia, caisteis inocentes en el despotismo de los jefes de las cuadrillas políticas, que complicaron y embrollaron la administración pública, corrompiéndola hasta la más escandalosa inmoralidad, con las fatales consecuencias á que hemos llegado: la pérdida de los restos de nuestro imperio colonial, el descrédito y la afrenta en el extranjero, la prostitución más abyecta en la vida de las provincias y de los municipios, donde no hay más leyes que el caciquismo, ni más amparo que la intriga y la violencia. Por todas partes los hombres de bien aniquilados y sustituidos por los de bajos y codiciosos instintos, por todas partes el osado y el inepto sobreponiéndose al laborioso y al de sano juicio, por todas partes el imperio de los soberbios señores de horca y cuchillo de nuestros días. Las clases altas, en inmensa mayoría, estragadas por la disipación y la hol-

ganza; la clase media envilecida por los hábitos más ruines y depravados en insaciable avaricia; las clases populares desatendidas, abandonadas, sin guía ni amparo, en la más afrentosa miseria moral y materialmente.

» ¿Qué elementos vigorosos nos restan? ¿Qué elementos honrados, qué fuerzas nobles, verdaderamente capaces de alzar á la Patria al puesto que dignamente debe y tiene que ocupar entre las naciones civilizadas? ¡Únicamente aquellos que reconozcan que sólo detrás de mi escudo se halla la salvación de esta desgraciada España!

» Venid á mi lado y no temáis las iracundas reacciones ni el bárbaro despotismo de los poderes absolutos. Harto sé, como vosotros, cuáles son las necesidades y el régimen más conveniente de los pueblos cultos en la vida moderna; pero también todos sabemos á qué caminos de perdición y de ruina arrastran á los pueblos y á los reyes las exageraciones demagógicas y demoledoras, más bien que democráticas, de las que huyen por instinto las naciones todas, incluso la Francia republicana.

» Yo elevaré á la aristocracia al rango de dignidad y nobleza de que jamás debe descender, yo purificaré á la clase media de la podredumbre que la corroe, yo daré cultura y bienestar á las clases populares, tan desgraciadas como mal dirigidas. La regeneración y el vigor alcanzarán inmediatamente á todo organismo social; devolveré á las regiones, á las provincias y á los municipios la vida y la salud arrebatadas en mal hora por los ineptos y pervertidos gobiernos de mis predecesores, librándoles de una centralización desatentada y ruinosa; reorganizaré el ejército y la marina, tan malparados ahora con los reveses sufridos; sentaré sobre nuevas bases la administración pública con importantes reformas y cuantioso alivio en los gastos del Estado, y sacaré al país de este triste aislamiento en que yace, donde sólo vemos el vacío, el desamparo y la insignificancia más espantosos.

» Por última y definitiva vez acudo, á pesar mío, al violento recurso de las armas. Breve y decisiva será la perturbación interior que por la justicia de mi causa me veo obligado á provocar. Si, con inmensa pena de mi alma, no tengo más reme-

dio que alterar la paz material, es porque ya no puede ser mayor la pérdida de la paz del espíritu patrio, y comprended esta verdad evidente: en la desesperada situación á que hemos llegado, sólo cabe este dilema: ¡Ó mis banderas y mis derechos, ó los estragos de la anarquía!»

Si á palabras y mensajes se redujesen, poco influirían en la vida nacional los actos y promesas del pretendiente. Ya nadie hace caso de mensajes ni programas; pero según todas las señales de los tenebrosos tiempos que alcanzamos, ténganse por seguras sus intentonas guerreras. Aprovechará, á no dudarlo, los primeros hervores que producirá el fermento; no servirá, como jamás ha servido, para levantar á la Patria de su prostración, será otra complicación inútil y ruinosa en nuestra marcha política; pero á él, por su adversa suerte, corresponderá arrojar las primeras chispas de la futura revolución.

L. MALLADA.

LOS ESTADOS UNIDOS

SUS EXPOLIACIONES PASADAS, POLÍTICA PRESENTE Y FUTURAS AMBICIONES (1)

VIII

Por pertenecer á la historia contemporánea, por ser de ayer, mejor dicho, no tendremos que esforzarnos para poner de relieve la insidiosa política y arteros procedimientos empleados por los Estados Unidos para dar vida y calor á la insurrección cubana, que levantó la bandera del separatismo en Yara, para plegarla rota y maltrecha diez años después ante los esfuerzos de la madre patria, alentados y apoyados por la nunca desmentida lealtad de la mayoría del pueblo cubano.

Patrocinada estuvo la revuelta desde sus comienzos con la aquiescencia y proceder del Gobierno de la Unión que, como siempre, ofició en aquella ocasión de protector y mantenedor de ilegalidades, cuando del fondo de ellas algo puede sacar que redunde en su provecho.

Siguiendo el procedimiento desleal que informaron los primeros pasos desde que esta nación empezó á figurar en el concierto universal, estudió las leyes de España, no para respetarlas, sino para burlarlas y escarnecerlas, presentándose como héroes adornados de ridículos consejos si lograban el fin que se proponían, tratando de imbecilidad y con menosprecio á los que creían y confiaban en palabras de honor empeñadas y pocas veces cumplidas; pero clamando contra la

(1) Véase la pág. 619 del tomo anterior.

ferocidad hispana si algún desgraciado suceso adverso á sus miras ó designios frustraba los propósitos que habían concebido.

La insurrección subsistió por tan largo tiempo, no por sus propias raíces, sino por las injertadas en tierra americana, y se cubrió con el sudario de la muerte desde el momento en que el general Grant, Presidente de la república en aquella sazón, disolvió la Junta insurrecta de Nueva York, atajando con mano dura el envío de toda clase de recursos de guerra al campo de los que hasta entonces habían sido sus favorecidos, procedimiento que, de haberse llevado á cabo en sus principios, hubiera matado en flor las esperanzas de sus mantenedores.

Entre las no pocas expediciones filibusteras cobijadas bajo la enseña y salvaguardia americana que en aquella época alijaron en la costa de Cuba merecen citarse por su importancia la que en 1868 verificó el vapor *Upton*, en la que iba el titulado general Jordán, al que acompañaban 46 aventureros cubanos y americanos con buena provisión de armas y municiones. La efectuada por el vapor *Dembg* á principios del siguiente año, que, á cargo de los hermanos Quesada, desembarcó libremente una gran cantidad de pertrechos y un regular contingente de hombres en armas. Siguió á éstas la del vapor *Lillian* el año 70, que salió de Nueva Orleans al mando de Goicuría y con un sujeto llamado Williams (americano), que con el empleo de general insurrecto y como jefe de una artillería que no tenían iba también á guerrear por la «santa causa» mediante un crecido estipendio. Perseguido este vapor por el crucero español *Churruca*, tuvo que refugiarse en las Bahamas, pasando tan pronto vió mar libre á Nassau para repostarse de carbón, en cuya rada fué apresado y hecha prisionera de los ingleses toda la expedición, que, como valor material de los pertrechos que conducía, podía considerarse como el más importante alijo de los que trataron de verificar por aquel entonces. Los vapores *Hornet* y *Annio*, al servicio de los insurrectos, desembarcaron también varias expediciones de más ó menos importancia, malográndose la del *Catherina Wheting* que, á instancia de las autoridades españolas, fué de-

tenida por los americanos (rara avis) en el puerto de Nueva York, siendo procesados y juzgados todos los expedicionarios por un tribunal homólogo á los que siempre allí se forman para favorecer el filibusterismo. La libre absolución y la restitución de lo incautado fué el fallo dictado por un jurado que ya de antemano había vendido su conciencia. También la goleta *Silver Star*, frente á la costa oriental de Cuba, desembarcó la expedición que al mando del titulado coronel Queralta suministró abundancia de armamento á aquel departamento para la prolongación de la guerra.

El apresamiento del vapor *Virginus* por el crucero español *Tornado* al conducir aquél una expedición que contaba con lo más señalado y prestigioso de la insurrección, y el fuerte castigo que casi inmediato se dejó sentir sobre las principales cabezas de los que la formaban, reputadas por primeras figuras del movimiento, fué el golpe de gracia dado á la revolución, que desde entonces empezó á iniciarse en decadencia.

Las autoridades españolas de Cuba en aquella ocasión merecieron bien de la Patria, por la firmeza demostrada en hacer que se cumpliera el fallo pronunciado por el tribunal militar que entendió en el asunto, rechazando con entereza y energía extrañas ingerencias emanadas de la nación patrocinadora de aquellos culpables. Las expediciones cesaron como por encanto, corroborando como insustituible, cuando se combate contra hordas ávidas de sangre y de pillaje, el procedimiento adoptado el año 51 en Cuba y el 37 y 38 en el Canadá.

Como justa reciprocidad á los daños causados por la poca ó ninguna vigilancia ejercida por las autoridades americanas en puertos y costas, y en consonancia con el proceder seguido por los Estados Unidos con Inglaterra á raíz de su guerra de secesión, la que tuvo que abonar 15 y 112 millones de pesos por los daños causados en la mar por buques corsarios construídos y preparados para su misión en puertos ingleses, y abono que esta última efectuó con la precisa condición de que quedara incluída de derecho esta decisión dentro del Código internacional, estaba España en el suyo de exigir funda-

das reclamaciones por conspiración patente y asidua contra el reposo público de una nación que titulaba amiga, y facilitando personal y contrabando de guerra que alentaban y mantenían la revuelta. De haberlo hecho así, y siempre que hubiéramos contado con un poco de firmeza en el Gobierno, y no muchas sino algunas fuerzas marítimas para hacernos respetar, se hubiera evitado para lo porvenir análogos sucesos, por las responsabilidades de pago que pudieran contraer, flaco el más sensible para una nación que, como aquella, se muestra siempre tan devota del becerro de oro.

Concluída la guerra de Cuba, y deseando el Gobierno de España evitar toda clase de rozamientos que pudieran acarrear diferencias á la Nación, ávida de reposo, desistió de presentar reclamación alguna, á pesar de que todas las razones abonaban su derecho, y sin duda para corresponder á este leal y digno proceder, prohijaron los Estados Unidos la monstruosa reclamación Mora, rechazada por el Gobierno español de aquella época como injusta y hasta inmoral, viniendo á corroborar su negativa el fallo en firme dado por el Conde de Lavensvoorth, ministro de Suecia y Noruega en Washington, árbitro nombrado y con plenos poderes revestido por las partes contendientes para dilucidar y dar dictamen sobre el asunto.

Á pesar de ser ésta una cuestión concluída, volvieron á resucitarla los Estados Unidos diez y siete años después, insistiendo sobre su abono con veladas amenazas y aprovechando la ocasión de ver á España comprometida en dos guerras coloniales. Dejemos que la historia imparcial comente este acto, más cercano á la vileza que á la caballerosidad. Burlados la razón y el derecho y obligada sólo por la fuerza mayor que le imponía las críticas circunstancias por que atravesaba, pagó España la cuantía de lo reclamado, que ascendía á la cantidad de un millón y medio de pesos, que no fueron á parar por cierto á poder de los reclamantes sino en una dosis muy homeopática, y cuyo turbio reparto no hace mucho honor á la moralidad administrativa de la república modelo.

Es éste un dato más que prueba la buena fe, hidalguía y poco apego al metal amarillo del Gabinete de Washington, que por lo visto no considera el sentimiento del honor como

el principal factor que debe presidir en todos los actos de una nación formal que á sí propia se estime, sino como vil mercadería que se empeña ó enajena al mejor postor.

IX

Á semejanza de ciertas alimañas, cuya nutrición es la carne muerta, una de las bases alimenticias de los Estados Unidos consiste en estrujar á las naciones debilitadas por interiores disturbios, aprovechándose de su anémico estado y poca uerza para mejor chuparles su savia.

Las injustas indemnizaciones abonadas por Chile durante la guerra civil desatada entre balmacedistas y congresionalistas, pusieron de manifiesto la rapacidad de la gran república. Imperiosas fueron sus exigencias á aquella nación desangrada, haciéndole devorar humillaciones sin cuento. El entrometimiento casi oficial de su representante, tomando parte activa á favor de uno de los contendientes, procurando con los elementos marítimos de la nación que representaba ejercer perniciosa influencia en el curso de los sucesos que se estaban ventilando, y las groseras formas de la diplomacia yanqui al planteamiento de cualquier cuestión, que aun acariciando gruñen, fueron contingencias que, si bien Chile tuvo que soportar por las críticas circunstancias que atravesaba, nunca podrá echar en olvido.

Su parcialidad en contra del partido congresionalista fué tan notoria que, siendo este país arsenal y depósito de toda clase de auxilios y pertrechos para favorecer todo movimiento ilegal exterior, ejerció en esta ocasión contra dicho partido el «boicotage» en sus más crudas formas, negándoles toda clase de recursos, dándose el caso de no salir de los puertos de la Unión una expedición con este fin. (1). Usados estos

(1) Una reclamación brutal, en cuyas no muy veladas amenazas se veía clara y diáfana la animosidad que prevalecía en el Gobierno de la Unión contra la nación chilena, y extemporánea de todo punto, puesto que antes de que aquélla se efectuara, los prohombres del partido que acaudillaba la insurrección habían desaprobado la conducta del capitán del vapor *Ilarta*, origen de la referida.

mismos procedimientos con los insurrectos cubanos, en la conciencia universal está que la paz reinaría hace ya tiempo en el suelo de aquella hermosa isla.

Triunfante la revolución en Chile á pesar de los medios y coacciones puestos en juego por la diplomacia yanqui, se desarrolló una guerra sorda y malquerencia del Ministro Egan hacia el Gobierno del Presidente Montt, que se traducía en vidriosas quisquillas y rozamientos, azuzados por el periodismo sensacional americano y patrocinados por Mr. Blaine, Secretario de Estado, lo que fué causa de la tensión nerviosa en que se colocaran los Estados Unidos sin razón ni derecho alguno que lo abonara.

Los sucesos ocurridos en Valparaíso el 16 de Octubre del mismo año, sucesos que en otro país los hubiera solventado la policía sin ulteriores consecuencias, dieron ocasión al Ministro Egan para ejercer de dómine cerca del Gobierno chileno, propinándole un palmetazo en forma de nota insultante y conminatoria, que no se sabe qué admirar más, si lo intempestivo del acto ó la forma grosera y provocativa de su redacción. Esta nota obligó al Ministro de Relaciones exteriores del entonces Gobierno provisional á repeler con altivez, pero con mesura, los falsos conceptos en ella emitidos, volviendo por los ultrajados fueros de su país, sin razón atropellados, protesta que desagradó en extremo al Gabinete de Washington, que no concibe actos de viril independencia de las repúblicas hermanas, por pretender giren todas ellas dentro de su órbita y á su compás.

El párrafo del mensaje de aquel año del Presidente Harri-

Pertenecía este capitán á la marina de guerra de Chile, encontrándose afiliado en el partido del Congreso durante la guerra. Encargado del mando del mencionado barco, fondeado en el puerto de San Diego (costa de California), se hallaba aquél abarrotado de armas y municiones, cuando las autoridades federales, velando por la justicia internacional, que en este caso estaba representada por el compadrazgo ó sociedad en comandita de Balmaceda, Egan y Blain, procedieron á su detención y decomiso, estableciéndose á bordo un alguacil que los representaba, y que echaron en tierra una vez el buque zarpó del puerto para su destino sin el correspondiente despacho. Buque y cargamento llegaron sin novedad alguna al puerto de Iquique, en donde incontinenti fué entregado al comandante de las fuerzas navales americanas en aguas chilenas, en virtud del acuerdo tomado anteriormente, á la intempestiva é insultante reclamación presentada por Mr. Egan después de este acuerdo.

son referente á este punto fué considerado por toda la prensa y personas justas é imparciales de todos los países como intemperante, provocador y nada adecuado á los usos cancillerescos. El lenguaje del citado Harrison es duro hacia una nación que ningún agravio le había inferido, y su parcialidad al referir los sucesos omitiendo á una de las partes, injusta á todas luces. Los partidarios y admiradores de la gloria barata, formando coro con la parte de la prensa chocarrera que actúa de valiente en los Estados Unidos, aplaudieron el tono agresivo del mensaje, encontrando de perlas el insultante concepto de que «el Gobierno americano recurriría á violencias extremas caso de que medidas innecesarias retardaran las satisfacciones que esperaban», y sus mal disimulados regocijos se entreveían ante la posibilidad de un conflicto que les proporcionara un triunfo obtenido á poca costa. Lamentaban por otra parte la prensa sensata y el público juicioso la forzada nota bélica del Presidente en un asunto cuyo fondo estribaba en las intrigas del Ministro americano en Santiago y el Secretario de Estado Mr. Blaine, apoyados por la información poco honrada en aquel caso, por no ajustarse á los fueros de la verdad, del comandante del crucero *Baltimore*.

Una indemnización, palabra mal aplicada en este caso, por cuanto se exigió una cantidad sin razón alguna, apoyándose en la fuerza como única argumentación, resultó de laboriosas negociaciones entre ambos países. Mr. Harrison añadió una página más, no sabemos si gloriosa ó no, á la historia de su país, demostrando al mundo cómo un país de 65 millones de habitantes, que tenía entonces la Unión, sabía imponerse sólo por la fuerza de su masa á otro que apenas contaba 3 millones.

Son los cargos diplomáticos feudo exclusivamente presidencial en la gran república, y así ni en poco ni en mucho son tenidos en cuenta los antecedentes, ilustración, servicios á la patria y otras condiciones que en los demás países se toman en consideración al verificar los nombramientos. Estos cargos, bien retribuidos en general, dependen sólo de la voluntad del Presidente, con una mera fórmula de ratificación por parte de las Cámaras, y que como es de suponer no los

provee el dispensador de gracias en sus enemigos ó indiferentes. Se da el caso de que, si bien recaen algunas veces en personas dignas por todos conceptos, se señalan otras por ineptitudes, que en su falta de idoneidad y cultura no son los más á propósito para granjear simpatías á su país. A un Patrick Egan, que desempeñó en Chile tan delicado puesto el año 92, sucedió en España un Taylor, de triste celebridad, el 97. Precisa reconocer que ambos nombramientos hacen poco honor al tacto político de los Presidentes Harrison y Cleveland. (1).

Como muestra del cariñoso afecto que esta nación modelo profesa á sus hermanas del continente, muy similar al que el lobo profesa á las ovejas, exponemos á continuación la cosecha de indemnizaciones (tributos se llamarían en lenguaje de antaño) que aquéllas han satisfecho en el último año de 1897, no pudiéndola presentar completa por negarse el departamento correspondiente á facilitar datos relacionados con estos asuntos.

Al Perú: Los perjuicios sufridos por Mr. Mc. Cord en su epidermis al ser invadido el patio de la casa en que vivió por seis soldados desarmados, y que se marcharon á la primera intimación, los aprecia la república en 50.000 pesos.

Chile: Por supuestos ultrajes al fogonero de un buque mercante americano, llamado Shiels, preso por algunos días por borracho, con la agravante de escándalo y provocación en la vía pública, juzgó la república, dada la baja estofa del reclamante, que quedaba satisfecha con 3.500 pesos de indemnización.

Honduras: Por obligar á un maquinista de ferrocarril, llamado Jesús F. Beldeu, con palabras altisonantes á levantar vapor para conducir tropas de una localidad á otra, y no ha-

(1) Patrick Egan, irlandés y furibundo feniano, estuvo complicado en el célebre asesinato del Virrey de Irlanda. Fugóse á París, en donde ofició de cajero de la Liga Irlandesa, desfalcando su caja y refugiándose en los Estados Unidos, en cuya nación adquirió carta de ciudadanía. Su triste celebridad le dió gran influencia entre sus paisanos muy numerosos en la Unión, y el Gobierno de Harrison, para tenerlo propicio á sus miras electorales, lo investió con el cargo de Ministro plenipotenciario cerca de la república de Chile.

La caída de Balmaceda y el triunfo de los congresistas disipó sus fundadas esperanzas de redondear una fortuna adquirida por medios equívocos y poco escrupulosos.

berlo solicitado sin duda el general que dió la orden por medio de instancia escrita ó sombrero en mano, apreció la república en 20.000 pesos á favor del ultrajado maquinista este tamaño desacato á la ciudadanía americana.

Ecuador: Por meter en la cárcel por cuatro días, á causa de inmiscuirse en asuntos políticos interiores, que además de no competirle atentaban á la seguridad y tranquilidad del Estado, al ciudadano americano médico, agricultor é intrigante, y con grandes relaciones en Washington, Lewis Gerome Blanc apreció la república el valor de este insulto, ni un centavo menos, en 200.000 pesos.

Haiti: Por supuestos ultrajes cometidos por soldados y marineros haitianos contra el súbdito americano y desertor Bernardo Campbell, maquinista de un buque de guerra haitiano que, después de dos tentativas de fuga, logró por fin realizarla á Santo Domingo, faltando á todas las condiciones de su contrato, la gran república juzgó que las amarguras y sinsabores sufridos por el pobre tráfuga no se mitigaban con menos de una indemnización de 100.000 pesos.

Hagamos punto final á esta indigna explotación.

Caro pagan las repúblicas latinas del continente americano la admiración que sienten por su «hermana mayor y protectora», la gran república sajona del Norte.

Por espacio de tres años han oficiado vergonzosamente de defensores de los escarnecidos y vilipendiados derechos cubanos ante una minoría revolucionaria, por ellos creada y por ellos sostenida, para llegar á la postre á una guerra de conquista, invocando sentimientos de una humanidad acomodaticia.

¡Ay del pueblo de Cuba si el desenlace de la actual contienda se resuelve á favor de la nación americana, y si su titulada redención les llegara por su mediación! El látigo manejado antiguamente por los hoy apellidados libertadores, y que desde que España proclamó la abolición de la esclavitud en la isla está ocioso, de nuevo chasquearía á título de razón superior en las espaldas de los que antes lo esgrimieron sobre los negros. El total desprecio que hacia ellos siente la gran república tomaría cuerpo real en forma de vejaciones humi-

llantes, pudiéndose asegurar no quedarían muy mejorados en un parangón con los moralmente sometidos indígenas de Hawai.

X

Conmovióse el mundo americano con el mensaje bomba que Cleveland elevó á las Cámaras con motivo de la cuestión suscitada entre Inglaterra y Venezuela por las fronteras de la Guayana.

La invocación de las doctrinas de Monroe en su parte ridícula y extrema, la prensa sensacional puesta al servicio del inconsciente populacho para exacerbar y enardecer los ánimos, el país conmovido en su cimentación, paralizadas casi en su totalidad las fuentes de producción, para suceder á la postre la del matón ó baratero que se caló el sombrero, miró de soslayo, requirió la espada, fuése y nada hubo.

En los estados de Venezuela, y principalmente en Caracas, su capital, el entusiasmo demostrado á la gran república hermana no tuvo límites, sin comprender en su miopía que eran la pantalla de una maniobra electoral, importándole tanto á los Estados Unidos la faja de terreno inculto y despoblado que litigaban las dos naciones como á Marruecos el reparto de China, las leyes arancelarias de Mac Kinley ó las coplas de Calaino.

Llegado el ocaso de la vida presidencial de Cleveland, y con él las antipatías de los diferentes partidos políticos que luchaban en el país por no haber cumplido durante el tiempo que predominó en el poder lo que prometiera cuando sólo era candidato á la presidencia, no encontró medio más adecuado para recuperar de golpe su perdida popularidad y pretender la reelección del cargo, ideal de sus ensueños y Dulcinea de sus amores, que empuñar el clarín guerrero, retando á las caducas y carcomidas monarquías de Europa, presentándose ante la faz de su país como el adalid de la América ultrajada y á la vanguardia de las aspiraciones pan-americanas.

La política de osadas aventuras siempre es terreno abona-

do en una gran masa de la opinión, principalmente entre las ignorantes masas que no raciocinan. Los aplausos por semejantes bravatas, comentadas en sentido patriotero por su prensa de á centavo, fueron ruidosos desde el Pacífico al Atlántico y desde el golfo de Méjico al Canadá, repercutiendo con igual entusiasmo en las indoctas turbas de las otras repúblicas latinas, que, cegadas por el falso brillo de un poder que tomaba su defensa, no entendieron el verdadero «quid» del trompetazo. Sus hombres de gobierno, á pesar de su conformidad en dejarse arrastrar por la ignorante patriotería, fuerza principal de las democracias modernas, comprendieron desde luego todo el alcance de las bélicas notas clevelandianas.

La depreciación de los valores y el retiro de capitales fuera del país hicieron bajar á la realidad á los que se habían remontado en alas de su fantasía generosa. Una pérdida de 700 millones de pesos sufrida por la banca y el comercio en el transcurso de dos semanas, y la amenazadora oscuridad en sus horizontes financieros, vida y sostén de este pueblo, para el caso de que llegara á ser un hecho la ruptura de relaciones, fueron los argumentos que la vieja y astuta Albión llevó á la práctica como contestación al mensaje, proyectil tan extemporáneamente publicado.

El nombramiento de una comisión que estudiara los datos y razones que alegaban ambos contendientes prueba de una manera palmaria que el ex Presidente Cleveland ignoraba si era mejor ó peor el derecho que asistía á Venezuela, y fué la puerta de escape que encontró para dar largas á un asunto que amenazaba á la riqueza del país en su parte más positiva.

No se tiñeron con sangre los mares, ni fosas extraordinarias se abrieron en el sagrado territorio de la república. Conjuróse la guerra, y el desengaño que llevó Cleveland al pretender su reelección á la presidencia no pudo ser más manifiesto. Republicanos y demócratas presentaron cada cual su candidato, sin que para nada se acordaran del héroe de un día, cuyo mensaje pasará á la historia como una de tantas genialidades de la política norteamericana en sus relaciones con los demás países.

Es la Casa Blanca, de Washington, cuento de hadas para

los políticos y mansión cuyos atractivos conturban sus espíritus. El pitazo dado por Cleveland, cuyo sonido resultó discordante en aquella ocasión, es fácil se reproduzca, en espera de mejor éxito, con alguna otra personalidad al rendir su tiempo de mando. Poco importa la causa y las ruinas que ocasione la conmoción del país: su prensa de á centavo se encargaría de popularizarla; lo único trascendental para los directores de la política en este caso es asegurar la reelección.

XI

Popular en extremo fué en los Estados Unidos el grito de insurrección lanzado en Baire (isla de Cuba) el año 94, como popular será siempre en este país todo movimiento sedicioso en cualquier parte del continente americano, siempre que lo acompañen escenas de devastación que puedan proporcionar lucro á los desinteresados mercaderes de Wall Street.

La insurrección, ó para ser más propios la guerra de devastación, que tantas ruinas ha producido en Cuba, ha reportado á los fríos calculistas americanos la entrada de considerables sumas metálicas por más de un concepto: la desaparición de 800.000 toneladas en la cosecha azucarera hizo que los grandes acopios que de este artículo tenía el trust americano, algo apurado con la creciente producción mayor que la demanda, adquirieran más valor, realizando pingües ganancias; la pérdida de la hoja del tabaco cubano, sin rival en el mundo, dió nueva vida á las plantaciones de Virginia y otras comarcas que la arrastraban muy lánguida por no poder soportar la competencia; la reposición de la destruída maquinaria, representada por un considerable número de millones de pesos; las cantidades indemnizadas á ciudadanos más ó menos americanos, por supuestos quebrantos en sus intereses más ó menos reales, y la posibilidad de dar un paso á la realización de sus aspiraciones anexionistas entrevistas en su «destino manifiesto».

Ofició desde un principio como su más decidido protector y acérrimo partidario la prensa conocida por su gran

circulación y poco escrúpulo, y designada con el epíteto de «prensa amarilla». El *Sun*, dirigido por el ya difunto Carlos Dana, aparece en primer término, y representa la encarnación viva y sistemática del odio á todo lo que es español ó con España tenga conexión, significándose en sus falsos y calumniosos escritos sobre Cuba, confeccionados en su misma redacción. Es por demás curiosa la estadística que radica en poder de un español vecindado en la ciudad de Nueva York respecto á los embustes y patrañas publicados por este periódico desde que se encendió la guerra en Cuba por obra y gracia de la filantropía yanqui (1).

El *World* y el *Journal*, judío el primero y más digno de serlo el segundo, enemigos entre sí, aunque amamantados ambos por la misma cerda que les dió el ser, hacen base de su argumentación la glorificación del asesinato y el soez insulto, acompañados de repugnantes caricaturas y asquerosos disparates que hacen poco honor á las tragaderas y olfato del público que los favorece: ambas publicaciones son dignas de letrinas y albañales (2).

(1) Hecho el cómputo al finalizar el año 97, resulta que ninguno de los cabecillas muertos en la actual contienda lo ha sido en buena lid, sino bajo el puñal ó veneno del feroz hispano, encubierto con la capa de traición y cobardía.

El número de batallas grandes y chicas dadas en este interregno de tiempo entre las huestes libertadoras y los sectarios del despotismo sube á la friolera de 673, según asegura el mismo veraz *Sun*, sin que la victoria haya favorecido una sola vez ni aun por casualidad á los españoles; advirtiendo que como batallas traídas, llevadas y pregonadas incluían cualquier inocente tiroteo sin consecuencias, que las columnas del periódico citado ponían en seguida en parangón con Arcale y Wagram.

El número de soldados tendidos en el campo por las balas y el machete insurrecto pasa de 170.000, siendo casi doble el de los fallecidos por la fiebre amarilla.

Figuran en el año 97 en dicho periódico 26 telegramas especiales en que por veintiséis veces se notifica la marcha triunfante de Gómez hacia la Habana con objeto de apoderarse de ella. La capital de la isla ha sido diez veces sitiada y seis quemados y saqueados sus arrabales. El General Hernández de Velasco ha sido muerto cinco veces y capturado con toda su columna otras siete. Innumerables son las veces que tan singular publicación ha matado á los Generales Segura, Bernal, Luque y tantos otros como operaban en Cuba, y nada decimos de las columnas destrozadas sin que quedara alma viviente para referirlo. No hizo tantos estropicios la cólera infantil de D. Quijote ante el retablo de Maese Pedro, descabezando á Carlo-Magno, D. Gaiferos y Melisendra, como el *Sun* desde sus columnas ha hecho á las tropas españolas que operaban en la Gran Antilla.

(2) Una de las viñetas correspondientes al inmundo *World* representa á la

El *Herald*, cuyas vivas simpatías por la causa hacía que se deslizase las más de las veces en sentido hiperbólico á favor de la insurrección, preséntase otras tibio y algunas, muy raras por cierto, muéstrase imparcial, aunque velado por distingos; ha dado y sigue dando entrada en sus columnas á las estupendas versiones del partido de la revuelta, mientras nunca quiso publicar «desinteresadamente» algo que tendiera á desmentir ó desautorizar los exagerados sucesos de la insurrección. Según opinión de periódicos y periodistas de la localidad, sacrifica al metal amarillo sus opiniones y equívoca conciencia durante veinticuatro horas, para desdecirse al siguiente día sin el menor asomo de rubor. Repútase en aquel país este inmoral juego como rasgo de ingenio.

Estas cuatro piedras angulares fueron el principal sostén de la insurrección en Cuba. Su propaganda fué continua y tenaz, no perdonando los más reprobados medios para dar calor al injerto revolucionario é interesar á la opinión en contra de España, movimiento que se ha traducido en toda clase de suscripciones para allegar recursos á la causa de la revuelta.

Desde el púlpito de las iglesias protestantes y luteranas, unos titulados ministros del Señor, en vez de aconsejar temperamentos de paz y de concordia, con ademanes descompuestos y hechos unos energúmenos, incitaban al exterminio del feroz hispano, haciéndose colectas en el templo en pro de la causa cubana. En igual sentido se pronunciaron algunas sinagogas judías (1).

primera autoridad española de la isla de Cuba con el traje que en aquel país usan los condenados á presidio, sin prever el desdichado autor de tal vileza que ensalzaba y glorificaba aquello que más empeño ponía en deprimir. El desprecio y más profunda compasión á sus abyectos editores responsables.

Causaban náuseas y repulsión estas dos publicaciones á raíz del suceso que privó de la vida al eminente estadista D. Antonio Cánovas del Castillo. Las invenciones más estupendas con las más groseras calumnias pusieronlas en juego para aminorar y hasta hacer simpática la causa del asesino.

(1) Como todo tiene su precio en el país del dollar, estarían fuera de carácter si no lo tuvieran los discursos pronunciados por estos pastores mercaderes de oficio. Las peroraciones de tonos violentos con fuerza de mímica para hacer impresión en el auditorio se pagaban á más subido precio que las que se echaban sin vomitar espumarajos é insultos; con este aliciente pronto se establecieron pujos de desatinos y atrocidades; la degollación de todos los españoles por ser raza perjudicial y dañina; la desaparición de España del mapa de las naciones; proyecto de arrasar sus campos y ciudades para sembrar luego



El partido jingoísta en ambas Cámaras escandalizaba al país y al mundo entero con sus desplantes, llegando la pro-cacidad de uno de sus individuos á insultar personalmente al jefe del Estado de una nación que titulaban amiga en aquella época, y que en su cualidad de señora era acreedora á toda clase de consideraciones y respetos por quien se considerara bien nacido; bien es verdad que al que tal infamia cometió le abona su genealogía, como digno descendiente de uno de los presidiarios que en el pasado siglo enviaba Inglaterra á este país, sin duda para que fructificaran retoños parecidos.

Las expediciones anunciadas de antemano con bombo y platillos y moralmente protegidas por el Gobierno se suce-dían al ver la impunidad de que gozaban. Escarnecidos y pi-soteados los tratados internacionales, convertidos sus puertos y costas en albergues de piratas y depósitos de efectos de guerra para auxiliar á la insurrección de Cuba, jamás llegó á tanto el descaro y el cinismo en nación alguna. Desde que esta filantrópica nación importó la guerra á la Gran Antilla hasta finalizar el año 97, según noticias que en gran parte se pueden corroborar consultando únicamente la obra de Calde-rón Carlisle, abogado asesor de la legación de España en Washington, llegaron al número de «sesenta y nueve» las ex-pediciones salidas de los puertos de la Unión, pudiéndose cal-cular por lo bajo en otras tantas las que pasaron desapercibidas para los delegados de España, sin que en el transcurso de los tres años de insurrección se hiciera por aquel Gobierno el más pequeño esfuerzo real para impedir este manifiesto abu-so y sin que España, empeñada en sus dos guerras coloniales, pudiera oponer otra cosa que la acción de su protesta á este desleal proceder.

Una franca enemistad, la guerra con todas sus consecuen-cias, no habría sido tan perjudicial á España como el beso y la amistad de Judas representados por los hechos del Gobierno americano.

sal; destrucción de la nacionalidad hispana por medio de la dinamita, y otra infinidad de disparates que se salen de la regla general dentro de la chabaca-nería, para caer en la de las simplezas y necedades. Á nadie mejor que á estos entes les cuadra el célebre dicho de ¡lo que hace el hombre por comer!

Los jurados absolviendo las expediciones denunciadas, y en sus vistas ó sesiones ante un público parcial y simpatizador con la revuelta, hacían el panegírico más bien que la acusación de los procesados, quedando arrastrados por el fango los sagrados fueros de la justicia ante el aplauso de aquellas multitudes ó de su rechifla cada vez que se pronunciaba el nombre de nuestra patria. En simples asuntos de justicia común se dió el caso en la ciudad de Nueva York de haber absuelto un juez á un individuo cubano autor de heridas graves á un español, bajo la formal promesa de que se alistaría en la primera expedición filibustera que saliera para Cuba. Asimismo le fué negada á un individuo una indemnización que de derecho le correspondía; pero dado ya el veredicto, averiguóse que el tal, á pesar de que su apellido sonaba como español en oídos yanquis, era ruso; apresuróse á concederle lo que solicitaba, volviendo el juez sobre su acuerdo. El «boicotage» en sus más salvajes formas era el que predominaba en todos los actos que con España ó súbditos de esta nación se relacionaban.

El clamoreo de las muchedumbres aguijoneadas por la prensa de á centavo pedía la intervención directa é inmediata en los asuntos cubanos; diarias amenazas de guerra é insultos á la bandera española(1), efectuados no en una, sino en bastantes poblaciones, sin que el Gobierno pusiera cortapisa alguna á tanta provocación y difamación, antes bien alentándolas con su silencio, eran la resultante de una meditada propaganda con el fin de crear complicaciones á España, retardándose como natural consecuencia la pacificación de la isla con los alientos que este estado de cosas infundía á la revolución.

La creación de una deuda de la titulada «república cubana», sin valor alguno mientras no fuera reconocida su beligerancia, y representada por varias series de bonos pagaderos

(1) Dióse el caso en la ciudad de Chicago de ensañarse todo un batallón de milicia patriotera contra unas cuantas varas de percalina roja y gualda, que fueron arrastradas por el patio del cuartel ante unos jefes, ignoro si estúpidos ó indiferentes, y un soez populacho que aplaudía la hazaña. Es de presumir que aquellos «valientes» formarían parte de la legión que más tarde huyó maldiciendo á sus jefes, por haberlos puesto delante de los mausers españoles en Jaragua (Santiago de Cuba).

al triunfo de la revolución, en poder está casi toda ella de los representantes jingoes del Senado y Congreso, empresas periodísticas y algunas altas influencias que asegurarían un negocio redondo el día del triunfo, siendo éste, sin quizás, el principal aliciente que estimula para continuar la lucha. Discurso se ha pronunciado en el Senado que ha costado á la Junta insurrecta 50.000 pesos en esta clase de papel moneda.

Compromisos formales ya registrados entregan á sindicatos americanos la concesión de todas las líneas férreas que se construyan en la Isla y la explotación de la minería. La producción azucarera, supeditada á las conveniencias del trust americano, y en formación un proyecto de sociedad para acaparar la hoja del tabaco. . Pero ¿qué puede importarles á los creadores semejante deuda ni ver á la Isla convertida en granja americana, que aun dado por sentado el triunfo de su causa no pudieran responder á los compromisos contraídos? Ninguno de ellos tiene intereses en la Isla; ofician de patriotas cubanos por lo que á su medro personal interesa, y no vacilan en matar ó entregar á extranjeras manos las fuentes de riqueza de su país, con tal de llegar al fin que se proponen. La volteriana frase de Luis XV, «después de mí el diluvio», está en el corazón de todos ellos.

Este proceder asegura la ingerencia yanqui para después de la guerra, y dado el caso de que el triunfo de las armas americanas fuera un hecho, las aduanas primero, y las demás rentas después, serían el prólogo de lo que más tarde sucedería resolviendo el apéndice en consonancia con el «destino manifiesto».

Su representante cerca del Gobierno de España durante la administración Cleveland fué la negación absoluta del diplomático y el caballero, aun en sus formas más rudimentarias, y la actuación de un cónsul general en la Habana cuya misión no era otra que alimentar el movimiento revolucionario, entorpeciendo la acción de las autoridades españolas de la Isla, y cuyo domicilio, amparado por la bandera de su nación, se había convertido en centro de manejos filibusteros y cuartel general de corresponsales nada escrupulosos y verídicos,

ponían de relieve cómo interpretan los sajones del Norte de América las leyes de la neutralidad.

Éste ha sido y es, descrito á grandes rasgos, el proceder del pueblo y Gobierno americano hacia una nación que en momentos para ella aciagos les prestó ayuda y asistencia, y en todas épocas las vivas demostraciones de su leal amistad y simpatía. ¡Agradecimiento! De igual manera se lo demostraron los galeotes á D. Quijote, después de haber sido por él libertados.

XII

Merece capítulo aparte la catástrofe del acorazado *Maine*.

Á los conocedores de la organización interna de la marina americana no les cogió de sorpresa semejante sucedido. Reclutada su gente en el Bowery de Nueva York ó sus arrabales homólogos, en las demás ciudades de la Unión forman como conjunto lo más abigarrado que se puede concebir, y un total mosaico de tipos, lenguas y aficiones, que haría honor á una nueva torre de Babel, caso de pretenderse su elevación. Gente mercenaria en que sólo un 20 por 100 es oriunda del país, nutren el resto de sus tripulaciones escandinavos, suizos, irlandeses, rusos, españoles, japoneses y algunos, aunque pocos, italianos, por la mala fama y peor concepto de que gozan. Desde luego puede comprenderse que una sociedad formada con elementos tan heterogéneos haciendo vida común no es firme garantía de moralidad y buen gobierno si no existe el férreo freno de la disciplina que en todo su rigor los contenga. La frase vulgar «un presidio suelto» no puede asegurarse sea un símil en este caso, pero puede llegar á serlo á poco que las circunstancias la favorezcan.

Las antiguas levas y reclutas verificadas en las postrimerías del último siglo pueden darnos idea de parecida organización, llevando aquéllas gran ventaja sobre ésta, por partir de la base patria, común á todos ellos, y sujetos á una legislación nada blanda, pero la única apropiada á las especiales condiciones de los reclutados.

Como dato curioso, pero no hecho público por el Ministerio de Marina de este país, consta que en el año 1896 pasaron de 1.700 las deserciones habidas en la marina americana, no hallándose ésta en pie de guerra ni completas sus tripulaciones, lo que viene á dar un contingente muy aproximado al 30 por 100 del total efectivo que servía en aquella época. El hecho en sí se presta á comentarios poco recomendables en favor de una organización que tales deficiencias presenta, y si esto sucedió en plena paz, no hay motivo para dejar de suponer, lógicamente pensando, que suceda cuando menos lo mismo al encontrarse empeñada la nación en alguna internacional contienda, so pena de suplir esta contrariedad con ventajas metálicas positivas que, aparte de gravitar en estas anómalas circunstancias como losa de plomo sobre su hacienda, sean para el porvenir plantel de nuevas obligaciones que acrecienten los 142 millones de pesos que anualmente paga el Estado, por circunstancias análogas que pudieran sobrevenir.

Si examinamos el Código penal de su marina de guerra, encontramos tan aflojados los resortes de la subordinación y disciplina que más bien se ha legislado para un casino ó comunidad que para la voluntaria chusma que acude al servicio de los barcos, no con el levantado espíritu de los que van á cumplir con el deber que tienen para con la patria, sino en virtud de un convenio en que el dinero entra en unos como principal ó único factor, y en otros, no pocos, el hallar un refugio que los libre temporalmente del hambre y de caer quizás á manos de la policía, careciendo todos del instinto moral y sentimientos elevados que satisfacen al hombre por el deber cumplido ante el altar de su conciencia. Poco ó nada les importa la enseña que los cobija y que representa el santo símbolo de la patria; dándose, además, el caso que con un corto castigo un marinero cualquiera puede, si le viene á gusto, faltar gravemente al comandante ó jefe de un barco, sin que por el Código le suceda mayor cosa.

Con misión aparente de paz y en estas ó parecidas condiciones de organización salió el *Maine* para la Habana, después de abarrotar de proyectiles y explosivos sus paños y almacenes, embarcados á última hora en Cayo Hueso sin or-

den ni concierto, según testigo ocular que así lo afirma; pero la misión verdad del buque reclamado por Lee, cónsul general en su anverso, como embajador cerca de Gómez en su reverso, fué apuntalar el casi desmoronado edificio revolucionario, dar aliento á los rebeldes y detener por esta maniobra, intencionalmente intempestiva, que los revolucionarios interpretaron como veladas amenazas á España, las presentaciones que en grande escala estaban iniciadas para acogerse á la legalidad del amplio y nuevo régimen concedido por España.

Dos fueron las explosiones, según las afirmaciones más unánimes, desprendiéndose que la segunda fué consecuencia de la primera. El repuesto que á mano estaba preparado, «sin duda porque así lo exigía la misión de paz al buque confiada», estaba acumulado en la proa del barco, sin que centinela ó vigilante alguno velara por su seguridad (1).

Un descuido, una imprudencia quizás, bastó para reducir á la nada lo que se presentaba antes como formidable máquina de guerra, siendo una escena de horror el epílogo del suceso. Para honra de una humanidad verdad y no fingida y gloria del nombre español, haremos constar muy alto que las dotaciones del crucero de guerra *Alfonso XII* y vapor *Legazpi*, lo mismo que las de los vapores trasatlánticos *Alfonso XIII* y *Méjico*, rivalizaron en actos de valor y heroísmo, arrancando de segura muerte á semejantes suyos, sin que les arredrara el peligro. El comandante y oficiales del *Maine*, que se hallaban á bordo de un vapor mercante de su nación y cerca del lugar del suceso, brillaron por su ausencia durante los ansiosos momentos que siguieron á la explosión. Las maneras de

(1) Dos días antes de la voladura del *Maine*, un oficial de infantería vestido de paisano, y cuyo nombre no estoy autorizado á revelar, estuvo á bordo á las tres de la tarde en calidad de visitante. Inspeccionó el buque por espacio de una hora larga, recorriendo todos sus departamentos sin encontrar centinela ni vigilante que atajara su curiosidad, ni sombra alguna de oficial de servicio que representara á bordo símbolo de autoridad.

Sobre la cubierta del barco, y al pie de los reductos, se encontraban amontonadas sin orden ni concierto cajas de granadas y guardacartuchos, así como el cuarto ó pañol de repuesto de cubierta, que se hallaba á proa, abierto estaba de par en par, todo muy mal acondicionado y sin centinela alguno que lo vigilara.

comprender el deber, según doctrinas que no están en uso en España, son las de un puro convencionalismo.

Conocido es del mundo entero el resultado de la investigación, efectuada por los mismos que tenían interés en ocultar la realidad de los hechos, por la responsabilidad en que incurrierían. Una conclusión incolora é inodora, una estólida argumentación basada en lo que habían oído decir, burdos personajes de novela de á centavo la entrega, que nadie vió ni conoció, torpedos y minas hipotéticos y un dictamen risible si no se tratara de un asunto que afecta á nuestro honor nacional, es el resumen final de la investigación americana, desprendiéndose de él calumnias y acusaciones á nuestro país, el cual las rechaza escupiendo al rostro de los que formularon tal insulto, y villana prensa que los prohijó. Es un colmo el arrojar á la faz de una nación un estigma de vergüenza y vilipendio para cubrir faltas propias. El comandante del *Maine*, volado en el puerto de la Habana, es por su veracidad y conceptos que emite, más pobre y bajo que malvado, digno de aquel otro comandante del *Baltimore* en el puerto de Valparaíso, cuya veracidad en relatar los hechos que le costaron á Chile injustas indemnizaciones es del mundo conocida. Jefes del *Maine* y *Baltimore*, con Egan y Lee, son cuatro pedestales que de seguro causarían rubor á la virginidad americana, si sobre ellos tuviera que descansar la buena fe que en todas las acciones de su vida siguió la inmortal figura del gran Washington.

XIII

Dibujadas desde antiguo las tendencias absorbentes del país de la Unión y su tortuosa política á este fin encaminada, se hizo clara y patente presentándose sin rebozo á raíz de la inicua expoliación que sufrió la república de Méjico el año 48.

Los territorios amenazados, cuya extensión superficial abarcaba próximamente la de la mitad de Europa, fertilizados fueron por los desechos que Europa y Asia arrojaron á estas

playas para su abono; y si bien en su parte material se puede calificar de paso de gigante el dado por esta república, en su lado moral ha sido detestable el resultado obtenido por el cruzamiento de distintas razas sobre la base escoria, común á todas ellas. Desde la cima de la soberbia en que siempre vivió el célebre estadista Pitt, era para él un axioma la creencia de que al igual que en Grecia, en su edad de oro, residía en el pueblo inglés la aristocracia del género humano. Á vivir hoy aquella gran figura que con Napoleón compartió la historia de su tiempo, no haría igual calificación del pueblo norteamericano, constituido en nación de 78 millones de habitantes, de los cuales sólo una muy ínfima parte algo conocerá de su genealogía, no pudiendo, por consiguiente, apreciarla, ni asimismo apreciarse, por serles desconocidos los elevados sentimientos que se infiltran desde la cuna con ejemplos allí no estimados.

La indiferencia con que los poderes europeos vieron el despojo, ocupados como estaban en combatir la ola revolucionaria que invadía por aquella época el continente, no los dejó penetrarse de la inmensa falta política cometida sancionando tan inicua expoliación. Desde aquel entonces su sed de engrandecimiento y de conquista, velada por su hipocresía y refrenada antes por el temor á Europa, no conoce límites, tendiendo á un mismo resultado los Gobiernos que se han sucedido. Si hoy es España la que combaten por todos los medios, por ser ella el obstáculo del momento, no es difícil predecir que otras naciones le sucederán, cuando, conseguido lo que se proponen, otros objetivos sean el ideal de su política. Hoy, una parte del pueblo cubano, alucinado por sus halagos, les sirve de escabel para coadyudar á sus propósitos, para recibir luego el premio del desprecio que este país graciosamente concede á los que cree raza inferior; mañana otros motivos, otro orden de ideas y otros pretextos servirán para la realización de otros fines.

Basta fijar la mirada en el plano de la América Septentrional para comprender el fin que le espera si llega á traducirse en hechos la expulsión de España del mar Caribe, y como consecuencia la gravitación del zapato yanqui sobre Cuba.

Serían Santo Domingo y Haití las primeras víctimas de su voracidad.

Datan del año 1850 las primeras pretensiones de los Estados Unidos hacia la isla dominicana, estando fuertemente apoyadas en aquella época por D. Buenaventura Báez, Presidente de la primera y líder principal de la causa americanista, siendo muy impopular la idea en todo el país por varias razones, entre las que sobresalían la diferencia de costumbres, idioma y raza, y más que ninguna otra la existencia en aquella época de la esclavitud negra en los Estados Unidos, desechándose por tal motivo una porción de proyectos en cartera relacionados con este asunto y que no lograron germinar.

Hacia el año 1866 el Presidente de la propia república, don José María Cabral, entró en negociaciones para ceder la bahía de Samaná á los Estados Unidos, fracasando aquéllas por no estar madura la opinión en ambos países y por la enérgica protesta de España, en un todo opuesta á este arreglo.

En 1869, siendo otra vez Báez Presidente de Santo Domingo y el General Ulises Grant de los Estados Unidos plantéose otra vez la cuestión sobre el tapete, aprovechándose este último país de las circunstancias de encontrarse España medio aniquilada por una permanente revolución y dos guerras civiles, una en su propio país y otra en Cuba, que la desgarraban, haciéndola por lo tanto impotente para que fuera eficaz la voz de su protesta, logrando las dos partes contratantes que el 29 de Noviembre del propio año se firmasen los tratados, uno de anexión de la isla, y otro cediendo á los Estados Unidos por cincuenta años y mediante una renta anual de 150.000 pesos en oro la península y bahía de Samaná. Á principios de 1870 fueron sometidos á plebiscito ambos tratados en Santo Domingo y aprobados; pero fueron tan enormes las irregularidades cometidas, que resultó en toda su desnudez el feo y sucio negocio que Báez y sus hechuras, en consonancia con algunas altas personalidades de la Unión, trataban de realizar. Á mayor abundamiento y sin duda para que resultara cierto el dicho vulgar de «comer á dos carrillos», Báez y su Gobierno cedieron á Compañías extranjeras grandes propiedades,

otorgándoles valiosas franquicias, que por fuerza deberían ser respetadas después de la anexión.

Por su parte el Presidente Grant, ejerciendo su influencia sobre el Congreso federal, logró que éste tomara un acuerdo que se apresuró á ratificar, para enviar á Santo Domingo una comisión de tres individuos «debidamente amaestrados», acompañados de peritos científicos, con objeto de estudiar el país é informar sobre su riqueza y conveniencia de la anexión que se pretendía.

El dictamen de esta trinidad, dado en Abril de 1871, fué, como era de esperar, favorable en un todo á la anexión; pero sospechando el Senado que la validez del informe estaba en parangón con la del plebiscito, y existiendo sobre todas las razones de orden internacional en aquella Cámara una gran mayoría, más personal que política, contraria á la personalidad del Presidente Grant, negóse á ratificar los tratados, siendo en aquella ocasión una de las pocas veces que interpretó con fidelidad la opinión y los intereses del país, que se había declarado contrario á este proyecto.

De entonces acá se han sucedido en Santo Domingo Presidentes de conciencia más recta que las de Báez y Cabral, y el pueblo dominicano, tenido por ingobernable, demuestra lo erróneo de esta creencia, bajo la enérgica y sabia administración del Presidente General Herreux, cuyo gran sentido político y acendrado patriotismo le hizo comprender el peligro que existía para su patria de seguir por la senda de los desórdenes, refrenándolos á este efecto con mano dura y dando un paso de gigante hacia la transformación del pueblo dominicano, que se ha traducido en un aumento notable en su riqueza, producción y bienestar.

El General Herreux ha demostrado en los sucesos y circunstancias relacionados con la situación de Cuba un proceder tan digno y levantado que podría servir de norma y ejemplo á otros jefes de Estado que, presumiendo de más civilizados, caen muy por debajo de la órbita de aquél en el terreno de la lealtad y sobre la manera de apreciar el cumplimiento del deber en asuntos internacionales. Comprende que por el camino del orden y trabajo quita, si no en todo, en una gran

parte motivos á la ballena del Norte para que se inmiscuya en sus asuntos «por el presente», con la persistente cantinela de los amenazados intereses americanos; pero no debe perder de vista los grandes peligros que encierra para su país un vecino tan molesto y ambicioso como son los Estados Unidos. Remediar el golpe que amenaza su independencia debe ser el principal motivo de sus desvelos.

Extensivas fueron á Haiti las miras interesadas que en un principio dirigió este Gobierno á Santo Domingo, obteniendo la diplomacia yanqui idénticos resultados en los dos países; pero cuando se clareó más aquélla fué en tiempo del Presidente Harrison y allá por el año de gracia de 1891 en sus comienzos.

Era á la sazón Presidente de la república haitiana el General Hippolyte y actuaba en Port au Prince como ministro acreditado de los Estados Unidos el negro T. Douglas, el que llevó allí la misión de concertar con el Presidente la cesión de Mole Saint Nicholas; mas parece le hicieron poco caso, y algunos desengaños diéronle á comprender el fracaso de sus intentos.

No cejó Harrison en sus propósitos de añadir una estrella más al fondo azul de la bandera de su patria, empresa que consideraba gloriosa, si gloria alguna cabe en el despojo del débil por el fuerte. Ideó, pues, para conseguir su objeto, á la par que imponerse y deslumbrar por un acto de ostentación de fuerzas, el mandar á la capital la escuadra americana del Atlántico, que contaba con algunos buques de combate de moderno tipo, al mando del almirante Bancroff Sherardi, el cual iba además investido de carácter diplomático. No se dejaron deslumbrar los haitianos por el espectáculo gratis que les proporcionaban en su bahía, tan concurrida entonces como desierta casi siempre, y á las proposiciones hechas por el almirante americano contestó el Ministro de Relaciones exteriores, un etiope de ilustración poco común y de gran sentido práctico, que no estaba en su mano el tratar sobre las bases que el almirante le proponía, apoyándose en la Constitución de la república, la cual no consentía la enajenación del territorio nacional, círculo en el cual se encerró, sin que las

malas artes de la diplomacia yanqui pudieran hacerle salir de él, resistiendo los más tentadores halagos y promesas que en juego se pusieron para corromperle.

Fracasó por completo la misión del almirante Bancroff, y la famosa «escuadra blanca», con cuyo nombre la bautizó la opinión, regresó á los Estados Unidos.

Enterrados quedaron por entonces los maquiavélicos proyectos de Harrison y Bancroff, los que volverán á salir á la luz del sol cuando á ello lo impela el «destino manifiesto»... Madre y protectora de las demás repúblicas americanas, como se titula, en consonancia con su historia, representará cerca de ellas el papel de Saturno tan pronto se presente ocasión propicia, ó bien las sacrificará á otros poderes si á sus miras conviene. Haiti, engañado por la diplomacia yanqui, resiste á las exigencias de Alemania para ser luego abandonado y obligado á ceder ante la fuerza en su forma más cruda; es prueba fehaciente de lo que pueden esperar de su ayuda.

Señalados por el bronceado color de su epidermis, llevan estos dos Estados el estigma de su raza para una nación que sólo la considera como carne propicia al linchamiento. Cuba en poder de los Estados Unidos sería para ellos una constante amenaza. Los intereses americanos de siempre y la misma campaña calumniosa que su embustera prensa desarrolla hoy día contra España, con motivo de la inicua guerra que ella ha encendido y mantenido en Cuba, se reproduciría contra la raza que puebla aquella isla. Justas ó injustas reclamaciones primero, intervención ó protectorado después, anunciarían el final de su independencia con la anexión más tarde. El dogal del ahorcado ó la emigración á Liberia son los dos caminos que graciosamente les concedería el humanitarismo americano.

XIV

El proyectado canal de Nicaragua, concedido á una Compañía exclusivamente yanqui, es el suicidio de las repúblicas centroamericanas y el paso más eficaz que ha dado la Amé-

rica latina del Norte para desnacionalizarse. Otro tanto sucedió á Egipto después de haberse efectuado en su territorio la obra más colosal de esta centuria. Significaba para Inglaterra la posesión del canal de Suez el soldado eslabón que asegura la India á su corona, como para los Estados Unidos sería la posesión del canal en proyecto el abrazo de las dos costas que lo bañan y dogal para las razas no afines que pueblan el continente en su hemisferio Norte. La posesión del canal de Suez, financieramente hablando, trajo á Inglaterra el dominio efectivo de la tierra de los Faraones, determinado por una intervención armada como prenda para asegurar los intereses británicos allí acumulados. La posesión del canal de Nicaragua por los Estados Unidos determinaría en tiempos venideros otra intervención análoga, convirtiendo en soberanía nominal la independencia que hoy gozan aquellas repúblicas, viniendo á representar en la historia del mundo cuando más el papel que Egipto desempeña, tributario y dominado por una raza que, á cambio de los productos que explota de su suelo, le concede un benévolo desprecio.

Posesionados los Estados Unidos del mar Caribe y dueños en absoluto del canal interoceánico de Nicaragua, la situación de Méjico y los estados centroamericanos no dejaría de ser muy comprometida. Rodeados y estrechados por los brazos de hierro del coloso, que cuando más les concedería una autonomía vergonzante, actuando como meros satélites á sus designios y sólo como vastos mercados para dar salida á sus productos, no les quedaría otro recurso que someterse y desaparecer como personalidad política y pueblo libre en el concierto universal. ¿Pueden conformarse los Estados de origen hispano en América con este porvenir? No vacilamos en dar una rotunda negativa, afirmando que su altivez de raza jamás se prestará á actuar de siervos.

No es la previsión la cualidad que más se destaca en nuestra raza. El ser tardios y confiados está infiltrado en nuestro modo de ser, como lo está demostrando España en la actual guerra, y si el obrar de esta suerte es un inconveniente en la mayoría de los casos, resultaría criminal si presidiera la indiferencia al vislumbrar los peligros que se acercan. Los pueblos

ibero-americanos juegan su porvenir y su destino, no en una cuestión pasajera, sino tan definitiva como es el ser ó dejar de ser. ¡Ay de ellos si fueran vencidos!

Inútiles fueron para España los sacrificios y concesiones hechos en aras de la paz. La guerra era ya cosa resuelta de antemano en las altas esferas de Washington. El conflicto armado con los Estados Unidos es hoy por hoy nuestro destino inevitable para salvar de impuras ambiciones el honor, los derechos y el territorio descubierto por nuestros abuelos, poblado por nuestra raza, enriquecido por nuestros afanes y trabajo y regado con nuestra sangre, «conflicto que se reproducirá en un interregno de tiempo más ó menos largo», y después de haberse solventado la actual contienda, en que habrán de ventilarse intereses de raza, que en contraposición se hallan con la política sustentada por la moderna Cartago.

Las fronteras de Río Grande no lo son sólo de Méjico, lo son de toda la América, y á su conservación y defensa deben coadyuvar todos los países latino-americanos; rotas éstas, tan expuesto está á ser aniquilado Méjico como los demás Estados del centro de América. Penetrarse de esta idea es una necesidad y un deber, para con tiempo preparar la resistencia. Las repúblicas sudamericanas, hermanas por raza, origen, idioma y sentimientos de las del centro, deben ser y serán su natural apoyo. La Argentina y Chile, que á la cabeza marchan en prosperidad, riqueza y poderío, ahoguen sus resentimientos de vecino, lanzándose á una política más levantada que sirva de contrapeso á las exigencias cada vez más intolerables de los sajones del Norte.

Ligarse ó confederarse ante el común peligro es lo que aconseja la previsión. La formación de un Zollverein comercial y político sobre bases justas y equitativas, en el que entrara la madre patria, sería barrera inexpugnable que limitaría la absorbente política de los Estados Unidos, sin lo cual será una realidad su hipótesis mantenida bajo el nombre de «destino manifiesto».

ARTURO LLOPIS,
Capitán de Fragata.

PATERNO Y SUS SAMPAGUITAS

Cuando comencé la carrera de médico, me correspondió en la sala de disección la mesa número *nueve*, y en ella practicaba todas las mañanas mis estudios anatómicos, deseoso de adquirir esos conocimientos prácticos que jamás darán los libros, y que tan útiles son más tarde para el buen acierto á la cabecera del enfermo.

Constituye la disección algo así como el bautizo médico; el que resiste sus tareas tan poco agradables, contempla el organismo humano hecho trizas, soporta sin conmovirse la abertura de todos los órganos profundos, éste ya puede considerarse blindado para sufrir las violentas impresiones que más adelante ha de experimentar en la clínica quirúrgica y luego en la práctica particular.

Las amistades que nacen en los comienzos de las carreras difícilmente se olvidan; por el contrario, se recuerdan siempre, cualquiera que sea el tiempo y la distancia que separe á los que las contrajeron.

Al oír hablar tanto—por desgracia—en estos últimos tiempos del pacto de Biac-na-bató y de Paterno, que en él ha desempeñado papel tan principal, han acudido á mi memoria recuerdos de pasados tiempos, que son los que voy á consignar muy á la ligera.

Entre los diez ó doce alumnos que en torno de la mesa de disección número *nueve* nos congregábamos todas las mañanas de un crudo invierno, hace ya *veinte años*, descollaba por su aire tímido, su faz típica, su acento meloso y su elegante indumentaria un filipino llamado Antonio Paterno,

hermano del famoso tagalo que tanto ha sonado con motivo de la campaña filipina; pronto hicimos amistad, y más de una vez yo—que siempre he sido un poco vivo de genio—salí en su defensa cuando amigos y compañeros se permitían alguna bromita ó burla impertinentes.

Al poco tiempo de tratarle me dijo que tenía más hermanos, uno llamado Maximino, que más tarde creo estudió también medicina, y á quien los escolares llamaban el *diablito* por ser su cabeza muy parecida á la que pintan los místicos como característica del ángel de las tinieblas; el que era el mayor se llamaba Pedro Alejandro, estudiaba derecho, representando la autoridad paternal entre sus hermanos, que por esta circunstancia le profesaban respetuoso y entrañable afecto.

Fué creciendo nuestra amistad, y como leyera frecuentemente en los periódicos de mayor circulación la reseña minuciosa de las fiestas que daban en su casa los filipinos, la lista de los personajes que á ellas asistían y las encomiásticas descripciones de las preciosidades que en aquella lujosa mansión se encerraban, picóse mi curiosidad, y bien pronto mi condiscípulo Antonio me presentó á su hermano y fui invitado al primer *Catapusan* que celebraron, que así denominaban á tan brillantes fiestas.

Realmente la casa era digna de visitarse; aunque chiquita, estaba adornada con gusto y elegancia, predominando las telas de sedas multicolores, los almohadones espléndidamente bordados, los pájaros raros, los objetos esculpidos en marfil, armas extrañas, retratos curiosísimos de tipos filipinos, colgaduras de vaporosos tejidos, lámparas de bronce y muebles de odoríferas maderas, todo procedente del Archipiélago filipino: tan nuevos y variados objetos no es de extrañar llamaran la atención en una capital como la nuestra, tan predispuesta á la novelería; así es que pronto desfilaron por aquellas salas literatos, hombres de ciencia, políticos y la inevitable cohorte de periodistas, que lo mismo elogia el gusto artístico de un *restaurant* que se abre al público, que el *boudoir* de aristocrática dama, que la fiesta religiosa de un convento.

Á las veladas no asistían señoras; sólo nos reuníamos hombres; en ellas se cantaba, se tocaba el piano, se entonaban el *cundiman* y el *balitao*, cantos populares del país, impregnados de dulce melancolía que, arreglados para violín y piano por uno de los concurrentes á la tertulia, se ejecutaban por un sexteto formado por filipinos, los cuales, por la majestad y actitudes que adoptaban, parecían sentir ese afecto que se experimenta por todo lo que se refiere á la patria cuando se está muy lejos de ella.

La nota culminante de estas tertulias era la lectura de las *sampaguitas* con que nos obsequiaba el dueño de la casa. ¿Qué son las *sampaguitas*? se preguntarán los lectores que no lo sepan. Pues son unas flores muy conocidas y estimadas en Manila por su belleza y suavísimo olor; se parecen al jazmín en sus breves pétalos y delicada blancura; pero no vaya á creerse que realmente eran flores las que daba Paterno á sus tertulios: eran una colección de composiciones poéticas de pocos renglones á las que había puesto el nombre simbólico de la poética flor manileña. Los periodistas de aquella época elogiaron al principio el estro poético de Paterno; pero alguno menos indulgente empezó á criticar los versos y durante algunos meses las *sampaguitas* dieron mucho juego en la prensa diaria.

Recuerdo un periódico de gran circulación que llamaba á los versos *champagneguita*, aludiendo al que se bebía en los *lunchs* que se daban en las reuniones y al dinero que en gran cantidad decían atesorar los Paternos.

Yo conservo con mucho aprecio un ejemplar del libro *Sampaguitas*, que el año 1881 publicó Paterno, y algunas de las composiciones que en él se incluyen no carecen de inspiración y revelan en el autor á un hombre de sentimiento poético; hé aquí un trozo de una dedicada á su madre:

Cual navío juguete de las olas,
destrozado por fuertes tempestades,
perdido en las inmensas soledades
del rugiente desierto de la mar,
solitario, sin guía ni esperanza,
sin luz que le conduzca á salvación

¡ vive afligido, madre mía,
sin ti mi corazón .

Avecilla que llora entre las hojas
contemplando al cruel robar el nido
que guarda con calor su hijo, nacido
al palpitante arrullo del amor,
y solloza, y exhala tristes quejas
pidiendo á sus dolores compasión,
así vive afligido, madre mía,
sin ti mi corazón .

Dice en otra el poeta, queriendo describir las luchas de su espíritu:

Al rebramar la tormenta
por la playa me paseo,
y en ver las agitaciones
del vasto mar me embeleso,
en su inmensidad descubro
de mi amor el vivo espejo.
¡Cuántas olas luchan fueral
¡Cuántas perlas duermen dentro!

Tampoco carecen de inspiración estos cantares:

Concédeme, niña, un rayo
de la luz de tu mirada,
para alumbrar en tu ausencia
la soledad de mi alma .

—
Pugna por salir un beso
de mis labios, niña hermosa,
porque quiere hacer su nido
en el jardín de tu boca .

—
Tenía los labios rojos
que á los besos incitaban,
mas ¡ay! tan sólo la muerte
pudo conseguir besarla .

—
El girasol se asemeja
á un amante verdadero,

que al mismo sol que le mata
entrega su último aliento.

—
Eleva tu pensamiento:
si al cielo en vapores sube,
hasta el agua de los charcos
se trueca en fecunda nube.

No merece dejarse en el olvido esta otra poesía, por el alto
sentido práctico que encierra:

Subiendo una alta montaña
vi á la Fama encantadora.
—Para ser grande—le dije,—
¿qué debo hacer, bella diosa?
—No sigas ningún ejemplo
si quieres hallar la gloria.
Sé Platón ó sé Alejandro,
que hallaron sendas ignotas.
No en copia servil te arrojes
por la senda que otro explora:
con la pluma de tus hechos
escribe una nueva historia.

Paterno era en aquella época un poeta religioso; basta
para convencerse de ello leer sus composiciones tituladas
El Ave María, *En el Calvario*, y *La Cruz*; esta última es como
sigue:

A los mortales ofrece
el sacrosanto madero
nueva escala de Jacob
para remontarse al cielo
Con su frente abre la gloria,
con su pie cierra el infierno,
y sus brazos amorosos
abrazan al mundo entero.

Á las reuniones de Paterno asistía, como antes manifesté,
numeroso y lucido personal. ¡Quién había de decirme que
aquellos hombres políticos á quienes yo admiraba como semi-
dioses habían de ser funestos la mayor parte para el porvenir
de nuestra desventurada patria!

La amistad de algunos de aquellos encopetados persona-

jes—creo que fué la de Moret—valió á Paterno una gran cruz y un buen cargo en la Administración del Archipiélago. También frecuentaban la casa artistas de mérito; entre otros recuerdo al genial escultor Benlliure, que obsequió á los dueños de aquella casa con dos figuras de barro representando en ellas *al fraile que va á Filipinas* y *al que viene*, el primero flaco, anémico, con expresión de ascetismo en todo su ser; el segundo gordo, satisfecho, respirando el contento por todos sus poros: era una sátira en barro, más acerba que muchas declamaciones *cursis* que acerca de las mal comprendidas órdenes religiosas se han escrito por muchos de sus injustos enemigos.

Ya han pasado muchos años, y todavía me parece contemplar aquella casita de la calle del Saúco donde estas agradables fiestas tenían lugar. Nadie hubiera creído que aquellos muchachos, alegres, amigos de divertirse, ganosos de gloria, soñando con reformas para su patria y deseosos de ponerse en contacto con todos los personajes influyentes á la sazón, habrían de tomar luego parte tan activa en los sucesos más trascendentales que han ocurrido en España en la presente centuria nunca creí yo que aquellos condiscípulos míos eran tontos, ni de raza inferior; por el contrario, veía siempre en ellos el germen, la levadura que andando el tiempo había de fermentar, con furia y trayendo consecuencias que no es preciso detallar aquí.

Sirvan estos breves renglones—aunque seguramente para el lector paciente resultarán sobrado largos—como recuerdo de aquella época feliz y dichosa en que era estudiante, y en que, cobijados por el santo amor que nos inspiraba la medicina, nos congregábamos para estudiarla los más variados caracteres, las más opuestas tendencias, las razas más distintas y las más desiguales fortunas.

¡Ojalá no se rompiera nunca esta confraternidad, y jamás penetraran con las luchas de la vida los odios que matan, las ambiciones que envenenan y las envidias que todo lo secan, borrando esa dulce placidez que tan hermosa haría, si existiese, nuestra vida!

DR. CALATRAVEÑO.

LA LIBERTAD EN NORTE AMÉRICA

Los periódicos norteamericanos son la cosa más divertida del mundo. Si fuera á criticarlos por su estructura, su lenguaje y su estilo, habría trabajo para rato; pero como esto no me interesa, hoy por hoy, me limito á consignar que es difícil hallar en el mundo una labor más pintoresca que la realizada á diario por la prensa norteamericana.

Los Estados Unidos han conseguido verse retratados cada día, en mangas de camisa, en su propio país; no hay descaro ni chisme de verdulera que no salga allí á la luz del día, en letras de molde, adornado todo con viñetas y descripciones cuya tendencia única es rebajar el nivel moral de las gentes y ponerlo á la altura de la rasante de las cloacas.

En esto están casi todos conformes, la procacidad de la prensa la admite allí todo el mundo, como se tolera el cólera y la fiebre amarilla, porque sí, porque es un mal necesario, como debe serlo la enfermedad, en este insano mundo en que vivimos.

Pero á veces la libertad de los ciudadanos resulta un poco desigual, y allí, como en todas partes, se mancilla á la santa libertad cuando la santidad no se ejercita á gusto de los que gritan y creen que es injusto que se maltrate su opinión.

Y como para muestra un botón basta, tengo á mano un cuadrito de color en *The Sundery Herald*, que me permito trasladar á mis lectores, para que formen concepto claro de cómo entienden la libertad las democracias norteamericanas, y cómo ejercitan el humanitarismo cristiano, de que han

dado tan brillantes pruebas en su historia, y muy principalmente durante la última insurrección cubana.

Una de las manías más inofensivas de la mujer yanqui es la de querer ejercitar funciones sacerdotales. Sienten la vocación del proselitismo, y creyendo que no han de salir de las calles de las grandes ciudades para evangelizar á sus semejantes, armadas de una silla y una biblia, les bastan una esquina callejera y unos cuantos espectadores para darse el gusto de sermonear á las multitudes, exponiendo modestamente su opinión acerca de las epístolas que hallan en los libros santos y que se permiten interpretar é interpretan probablemente con mejor deseo que fortuna.

Una de esas señoras, Mrs. Emma Rice, tendría algo de interés que comunicar á sus paisanos, algún descubrimiento acerca de la vida y hechos de San Pedro y San Pablo, y encastillada en la esquina que forman las calles Madison y Peoria, de la ciudad de Chicago, rodeada de amigas convencidas de la bondad de la doctrina que iba á exponer á sus oyentes, empezó su peroración montada en una silla que le prestó una mujer de color que habitaba junto á aquel sitio.

Mrs. Rice empezó su discurso exponiendo el tema de su sermón: «Vida y hechos de San Pedro y San Pablo», vida y hechos que tuvieron la mala fortuna de excitar la pasión popular, indignada contra la oradora, que se atrevía á tratar un asunto que no gustaba al pueblo soberano.

Nadie averiguó ni pudo averiguar la trascendencia del tema, porque desde la exposición de las primeras ideas vióse á la oradora molestada por los aullidos y las palabras groseras de la multitud.

Mrs. Rice, sin embargo, debió de considerar caso de honra la exposición de su doctrina, porque levantando cuanto pudo la voz para que el público se enterara de sus ideas, suplicó encarecidamente la atención de los concurrentes, súplica mal comprendida sin duda, y que no impidió que su cuerpo sirviera de rodela á los proyectiles de todas clases que le lanzaba el populacho, y que hubo de sufrir, no contando, como no contaba, con el auxilio de la policía, que brillaba al parecer por su ausencia.

Quiso la mala suerte de Mrs. Rice que un vendedor de melones, arrastrando un carro de la perfumada mercancía, fuera por aquellos barrios, porque vendida la fruta á docenas y disponiendo ya así los alborotadores de recursos contundentes, el bombardeo de la plaza sitiada pudo ser más eficaz, y la oradora, no pudiendo sortear la acción de proyectiles de tanto peso, arrió el pabellón, bajó de la silla, guardó los textos sagrados en lo más recóndito de su alma, y convencida quizá de la eficacia de la libertad norteamericana y de los resultados producidos para civilizar al pueblo, creyó justo desmayarse y olvidar así la injusticia de los hombres y los excesos de las democracias contra las ideas de paz que iba á predicar bajo la égida protectora de la vida y hechos de San Pedro y San Pablo.

Dos hombres compasivos sentaron á Mrs. Rice como pudieron en la silla que había sido su púlpito calvario; y como la multitud enardecida cerrara contra ellos, las mujeres que rodeaban á la víctima fueron pateadas y tiradas al suelo, lográndose tras no pocos esfuerzos dejar á la predicadora desmayada y protegida en el fondo de un almacén de alfombras, en donde se le prestaron los auxilios que su triste estado requería.

Los salvajes de la ciudad no estaban aún satisfechos; enardecidos con la impunidad, porque la policía no supo á tiempo nada de lo que ocurría, pedían nada menos que una cuerda para linchar á la desventurada que había creído en la eficacia de la libertad y en el derecho que le concede la ley para exponer sus ideas como y donde mejor le pareciera, derecho que el pueblo respetaba á gritos, excitando á las gentes para lincharla.

No sé yo si Mrs. Rice se dió cuenta del entusiasmo producido por su sermón ni si le pareció elocuente muestra de tolerancia y libertad la idea verdaderamente sugestiva que tuvieron algunos concurrentes de lincharla; lo que no pudo imaginar jamás es el procedimiento ideado por la policía para poner término al conflicto, y que después de haber sido befada, silbada, perseguida y atropellada por la hez de Chicago la oradora, se atropellara también la ley en su

persona, yendo á parar rota y maltrecha entre guardias á la estación central de policía de Desplaines street.

El proceso que siguió este asunto no ha salido de la intimidad, y por más que podría poner mi imaginación al servicio de esta historieta, prefiero seguir la narración del acontecimiento tal como la hallo escrita en la prensa de Chicago y limitarme á poner en castellano, y reducida á su más mínima expresión, la mala prosa de los diarios de la urbe máxima del Illinois.

La escena de violencia y reproches que acabo de explicar se reprodujo dos noches consecutivas; la oradora no quiso que se conculcura su derecho ni que el mundo ignorara sus dotes de evangelista, y entre el pueblo que no quería escuchar y Mrs. Rice que quería ser escuchada entablóse una lucha homérica, poniendo á la policía en un verdadero aprieto, porque juzgó quizá que no valía la pena de que atropellara á las muchedumbres airadas para dar gusto á las aficiones oratorias y á los desahogos evangelizadores de la entusiasta defensora de la vida y hechos de San Pedro y San Pablo, sus precursores en las luces del Evangelio.

La tenaza apretaba ya demasiado y era fácil ver que manejada por dos entusiastas terquedades, la de Mrs. Rice que pretendía ganar almas para el cielo y la de las turbas que se hallaban bien en el infierno de Chicago, si no se dirimía la contienda, fácil era prever que entre ambas potestades quedarían muchos brazos y piernas rotos, contingencia digna de evitarse por la sagaz policía chicogoana.

Yo no sé lo que habría hecho en este caso la autoridad del pueblo menos civilizado que el cultísimo del Norte América; lo que yo dudo es que con el texto de la ley en la mano se atreviera aquí alguien á atropellar al atropellado, para resolver un caso de violencias, en que toda la justicia estaba de parte de Mrs. Rice. Y tanto resulta así, que yo creo que la solución parecerá á mis lectores estupenda, y que por lo ingeniosa merecerá los plácemes de todos los que estamos al cabo de la calle respecto á la manera que tienen de resolver las cuestiones de orden público las democracias americanas.

La policía, ante un motín que renacía todas las noches, no

podía ya cerrar los ojos sin mostrarse cobarde ó cómplice de un atentado contra la libertad de emisión del pensamiento, y como no cejaban las turbas ni desistía la oradora, lo mejor fué atacar la libertad del más débil, cerrando impetuosa contra Mrs. Rice, porque cometía la enorme infracción de interrumpir el tránsito en la vía pública.

La policía de Desplaines-street, á cuya estación fué á parar Mrs. Rice con su cuerpo, adornado, eso sí, con todas las preeminencias y garantías de la soberanía popular, tardó tres días en hacer el descubrimiento de la infracción cometida, dando así á la ley un rasguño hincado en carne viva de la oradora; á las turbas, la satisfacción que merece todo el que grita y sabe imponerse; y al observador imparcial de esos espectáculos, una prueba más de la eficacia de la libertad en las democracias soberanas de Norte América.

RAFAEL PUIG VALLS.

EL PROBLEMA CUBANO

DESARROLLO DE LOS SUCESOS DESDE EL VERANO DE 1897

V

RECAPITULACIÓN

Han transcurrido diez meses desde que publicamos en esta revista un extenso artículo con el mismo epígrafe, exponiendo nuestra modesta opinión acerca de tan grave materia. Nos parecía entonces una cobardía la de cerrar los ojos ante el abismo abierto al porvenir de España por la guerra separatista, siendo indispensable que en tan angustiosas circunstancias rompieran el silencio todas las personas de buena voluntad para someter al público palenque las opiniones sinceramente profesadas acerca de tan vital asunto.

Dividimos el estudio de la tragedia cubana en prólogo y tres actos intitulados: *Concepto de la patria*, *La guerra y las reformas*, *La autonomía* y *El desenlace*. Como se redactó el escrito en los primeros días del mes de Septiembre de 1897, alcanzaba el sucinto examen de los acaecimientos ocurridos hasta entonces, ó sea de los períodos de la *guerra por la guerra* y las reformas dictadas en 4 de Febrero del mismo año por el Sr. Cánovas del Castillo. Mas no era preciso ser muy lince para vaticinar el fracaso de ambos procedimientos, cuando á los dos años y medio cumplidos de la nueva insurrección, combatida con esfuerzos y sacrificios incomparablemente mayores que en los diez años del alzamiento de

Yara, continuaba intacta la rebeldía en gran parte de la isla, y sólo quebrantada en las provincias fieles de la sedición anterior.

El discurso del Sr. Moret en Zaragoza fué un golpe de ariete contra el vacilante Gabinete conservador, y la promesa de la ansiada pacificación de la Gran Antilla al soplo vivificador de la autonomía determinó en los primeros días de Octubre el cambio de Gobierno, entrando á ser su verbo el orador elocuente que trazara el programa de la Constitución insular.

Á nada conduciría en estos momentos el análisis retrospectivo de los decretos dictados para el establecimiento de la autonomía cubana, que en lo más sustancial coincidieron con nuestras previsiones relativas á la implantación de un régimen de gobierno responsable extremadamente radical. Tómose por tipo el de las colonias británicas, educadas desde su infancia en el ejercicio de la libertad y compuestas de razas laboriosas y pacíficas, de modo que aun á los partidarios decididos de la descentralización y del *self-government* de los pueblos nos pareció muy arriesgado el ensayo por entender que la Metrópoli abdicaba demasiado, con salto tan brusco, de los atributos más fundamentales de la soberanía.

No obstante, era tan ardiente la necesidad de la paz, alcanzada aun á costa de la autonomía más absoluta y cercana á la independencia, que consideramos como un deber de patriotismo adoptar desde su implantación el silencio más completo aguardando el desarrollo de los sucesos, aunque sin esperanzas optimistas, y procuramos al mismo tiempo influir en las representaciones de la industria nacional, á fin de encaminarlas por temperamentos de moderación y de prudencia, acallando sus agravios por el golpe asestado en el cambio radical de las relaciones comerciales entre la Metrópoli y las Antillas.

La síntesis de nuestras apreciaciones en el último verano apareció en *El desenlace*. El triunfo por las armas era una ilusión engañosa, hallándose demostrada hasta la saciedad la impotencia de la acción militar para domeñar á los rebeldes. También habían de fracasar á juicio nuestro las reformas

amplias, así como la autonomía, en el *avispero* de Cuba (1), devorado por parcialidades de gente díscola y rencorosa familiarizadas con las revueltas y el desorden. Combatíamos también la doctrina del honor militar, sustentada para justificar la guerra crónica y sin término probable en aquel lejano é insalubre territorio, que no se apoyaba en las nociones más elementales del buen juicio, según lo demostramos con numerosos ejemplos de países más cultos y poderosos que se habían desprendido sin el menor desdoro de numerosas colonias, cuyo sostenimiento implicaba perjuicios ostensibles para las metrópolis respectivas.

En resumen, proponíamos como único medio para cortar el nudo gordiano y de mantener el resto de nuestro patrimonio nacional y ultramarino la aplicación del principio de medicina legal que en los alumbramientos difíciles salva á la madre con preferencia al vástago, planteando resueltamente la evacuación de la isla de Cuba realizada totalmente ó conservando ciertos puertos y aduanas para ejecutarla en la forma y términos más convenientes á fin de salvar la mayor suma posible de intereses peninsulares.

Lamentábamos que el gobernante español á quien se habían atribuído mayores dotes de estadista se hubiera dejado arrastrar por los espíritus exaltados pronunciando la fatídica é irreflexiva frase de que consumiría *hasta el último hombre y la última peseta* para sojuzgar á los isleños sublevados, y terminábamos con estas palabras:

«El descarrilamiento nacional es tan grande, que nos recuerda los tiempos desdichados del siglo XVII, en que, perdida la noción del *buen sentido*, se consumó la decadencia de España con una política guerrera inveterada de temeridades y porfías sin freno, quedando atacada la monarquía de *alferrecía insensata*. ¡Dios quiera que nos sirvan las experiencias del pasado para salvarnos del naufragio en el apurado trance en que se halla la nación española!»

Hallábase adormecida la opinión pública con los pomposos partes oficiales de interminables victorias, con el eterno

(1) Frase gráfica de un periódico inglés.

optimismo de los discursos pronunciados en los Consejos de Ministros acerca del término siempre inmediato y satisfactorio de la guerra y el *jingoísmo* impenitente de gran parte de la prensa, de modo que no dejó de causar sorpresa el lenguaje de la realidad empleado en nuestro artículo de la REVISTA CONTEMPORÁNEA. Salió á la palestra para combatirlo *La Epoca*, periódico generalmente reflexivo y prudente, al que complacencias ministeriales le obligaban á desempeñar por aquel entonces el papel de *jingoe* de guante blanco.

No nos incumbe juzgar del resultado de la polémica entablada, pero á nadie se le ocultó que la sostuvo el periódico conservador con escaso entusiasmo, cumpliéndose aún más pronto de lo que presumíamos nuestra *aproximación* en la manera de apreciar no pocos asuntos coloniales, lo cual celebramos por la sincera consideración que nos merecen sus luces y competencia.

El Libro rojo.

La colección de *Documentos presentados á las Cortes en la legislatura de 1898 por el Ministro de Estado* arroja no poca luz, á pesar de las omisiones y mutilaciones que se observan en sus páginas.

Comienza con un oficio del Ministro español en Washington, Sr. Dupuy de Lome, trasmitiendo la nota suscrita por el Secretario de Estado, Mr. Olney, en 4 de Abril de 1896, cuyo contenido consideraba muy satisfactorio por las exactas apreciaciones acerca de los insurrectos y las francas seguridades de que no abrigaban los Estados Unidos intenciones ambiciosas.

Decía Mr. Olney que las esperanzas concebidas medio año antes de dominar rápidamente la rebeldía con las grandes fuerzas acumuladas en la isla habían quedado defraudadas por completo.

«La última insurrección duró diez años, y no fué subyugada, sino que sucumbió á la influencia de ciertas reformas *prometidas*. ¿En qué se funda la opinión de que la presente

durará menos tiempo, á no ser que termine por el aniquilamiento de España?»

Añadía que ni la concentración de grandes y bien organizados ejércitos, ni el mando del General más hábil y reputado habían logrado el éxito apetecido, originando su relevo para sustituirle por Weyler.

«Debe temerse, por lo tanto, que si la insurrección presente ha de ser más corta que la anterior *será por la imposibilidad de España de continuar la lucha* y por su abandono de la isla á la heterogénea combinación de razas actualmente sublevadas. Este término del conflicto no puede mirarse sino con recelos aun por los mejores amigos de Cuba. Hay razones poderosísimas para suponer que si España se retirase sobrevendría una *guerra sanguinaria de razas*, no logrando ni aun la paz temporal sino á merced del establecimiento de una república blanca y otra negra.»

Daba por sentado Mr. Olney que los Estados Unidos no podían conformarse con otra insurrección de diez años acompañada de sus lamentables incidentes. Pero sin tener el ánimo de intervenir en Cuba, pretendía el Secretario de Estado se le permitiese indicar el camino para cooperar con España á la inmediata pacificación de la isla bajo la base de la soberanía de España y del establecimiento de un Gobierno local. «No debe rechazar nuestra mediación, por el respeto que profesamos á su autoridad y el propósito de no hacer nada que la debilite; tampoco deben oponerse los insurrectos, porque su negativa produciría la indignación de nuestro pueblo. Resta sólo indicar que, si algo puede hacerse en esta dirección, ha de ser desde luego y por iniciativa de España.»

Contestó el Duque de Tetuán en 22 de Mayo agradeciendo en términos de extremada cortesía la noble franqueza y las declaraciones amistosas de Mr. Olney. Consignaba que el Gabinete de Madrid se había comprometido de *motu proprio* en el discurso de la Corona á plantear las reformas en las Antillas dando intervención al país en su gobierno local, y que, agradeciendo sus cordiales consejos, no podía España menos de declarar que venía adelantándose á ellos. «Ningún resultado obtendría esa mediación hipotética que los insu-

rectos rechazan, aunque la Metrópoli se prestase á alternar con sus súbditos rebeldes de potencia á potencia, poniendo en riesgo su autoridad futura, prescindiendo de su dignidad nacional y dejando mal puesta su independencia, por la cual se ha mostrado tan celosa en todas épocas. Faltarán, en suma, términos hábiles para pacificar á Cuba mientras no se parta del hecho *de la sumisión de los rebeldes en armas á la madre patria.*»

Después de declinar la mediación ofrecida por el Gobierno americano insinuaba el Ministro español, con cierta ironía, lo agradecido que estaba el Gabinete de Madrid por sus propósitos de perseguir las ilegales expediciones de Cuba *con más rigor que ahora*, adoptando otros medios más eficaces «para que no acontezca en lo sucesivo, como acontece, que la prolongación de la lucha tan cerca de sus fronteras y de tantos perjuicios, que con razón lamenta Mr. Olney, se deba por modo tan especial á la poderosa ayuda que la rebelión encuentra, contra el deseo del mayor número, en el territorio de la gran república».

Como se ve, había gran discrepancia entre los Ministros de ambos países en la apreciación del estado de la guerra cubana. En Washington se consideraba á España impotente para reprimir la rebeldía y en Madrid se esperaba, por el contrario, obtener la sumisión por las armas con los grandes refuerzos que se enviaban al General Weyler. A nuestro entender se veía con mayor claridad la situación real y positiva por Olney, y sin negar que pudiera ocultarse alguna falacia en sus ofrecimientos, no había riesgo ninguno en escuchar á los gobernantes que ejercían en América la indiscutible hegemonía acerca de sus proyectos de pacificación, ya que los nuestros resultaban siempre estériles y engañosos. Si, como es de presumir, no aceptaban los infidentes cubanos ninguna solución razonable de *self-government*, había la esperanza de indisponerlos con sus protectores, demostrando que se trataba de incorregibles demagogos en vez de políticos descontentos de la opresión española, lo cual hubiera sido un verdadero triunfo para nuestra causa.

El mensaje á las Cámaras del Presidente de los Estados

Unidos, presentado en 7 de Diciembre de 1896, decía que no se observaba ningún progreso en la pacificación de Cuba, aunque reconociendo también que el titulado Gobierno insurrecto desistió de funcionar como tal, quedando gran parte de la isla entregada á la más completa anarquía. No faltaba la nota sentimental y filantrópica con los acostumbrados lamentos por el espectáculo de desolación y de ruina de un país admirablemente favorecido por la naturaleza y de los quebrantos sufridos por los intereses americanos de la isla, calculados en unos 40 millones de pesos y otros 100 anuales de transacciones mercantiles.

Insistía el Presidente en su opinión de que si se ofreciese á Cuba una verdadera autonomía, á manera de Gobierno propio, que dejando á salvo la soberanía de la Metrópoli satisficiera todas las exigencias racionales, habría motivo justificado para creer en la pacificación de la isla, recordando con tal motivo que no se habían aceptado los ofrecimientos hechos medio año antes por los Estados Unidos para encontrar la fórmula no recusable por España. «Creo muy del caso hacer presente al Congreso que puede llegar el momento en que una política tan correcta y atenta á nuestros intereses, como respetuosa para los de otras naciones, unida á consideraciones de humanidad y al deseo de ver aquella región fértil y opulenta, íntimamente relacionada con nosotros, libre de la devastación y de la ruina, pusieran á nuestro Gobierno en el caso *de amparar los intereses comprometidos*, y al propio tiempo *de ofrecer á Cuba y á sus habitantes los beneficios de la paz*».

Como se ve, aparecía en el mensaje de Cleveland una amenaza concreta de intervención que no debió nunca echarse en saco roto, dado el poderío de quien la lanzaba, del estado de la opinión en la república y de la experiencia de otras muchas ingerencias análogas, realizadas en el proceso de la extensión paulatina obtenida en los dominios de la Unión americana.

No se dió por enterado del mensaje presidencial el Ministerio español, puesto que no aparece en el *Libro rojo* hasta dos meses después ningún nuevo documento.

En 5 de Febrero de 1897 se trasmitió por telegrama la parte sustancial del Real decreto del día anterior sobre las reformas antillanas, y el Sr. Dupuy de Lome comunicó que habían producido favorable efecto en el Gabinete de Washington y en los principales hombres políticos de la república.

Verificadas las elecciones presidenciales, nombró Mr. Mac Kinley Ministro de Estado á Mr. John Sherman, con cuyo cambio variaron repentinamente las corrientes en sentido de una ingerencia más activa del Ejecutivo en los asuntos cubanos.

El General Weyler adoptó medidas muy rigurosas para hacer sentir el peso de la guerra á los pacíficos, como la destrucción de las cosechas y la devastación de los campos, que excitaron la sensibilidad del pueblo americano, induciendo al Secretario de Estado á convertirse en campeón «de los inocentes no combatientes y de las propiedades legítimamente adquiridas». Ciertamente, la reconcentración produjo gran número de víctimas, pero los anglo-sajones tienen, como Jano, dos caras en materia de moral; los yanquis han tratado con mayor dureza á los pobres indios, y los Generales Sheridam y Sherman adoptaron medidas análogas en la Georgia y Atlanta durante la guerra de *secesión*. En cuanto á sus *papás*, los ingleses, quemaron por completo en 1813, siendo aliados nuestros, la ciudad de San Sebastián; un año después el Capitolio y los edificios públicos de Washington, y pocos meses han transcurrido desde la destrucción de las aldeas, de los graneros y las cosechas de los afridis sublevados en la India, á quienes consiguieron someter con tan suaves procedimientos.

Recalcaba Mr. Sherman sobre los *trece años recientes de guerra*, agregando que, «si la amistosa actividad de este Gobierno y su difícil observancia de las leyes de neutralidad han de dar fruto, sólo podrá ser cuando se lleve la guerra conforme á los preceptos de la humanidad, y que tienda tanto á atraerse la expectante indulgencia de este Gobierno, cuanto á ganar la confianza del pueblo cubano».

Ya no se tocaba la tecla de la autonomía, apelando al re-

gistro de las violencias, pero mantenía siempre la diplomacia americana una crítica acerba de nuestro sistema de guerra, ora fuese blando ó duro, teniendo razón únicamente respecto de la lentitud de los resultados, tan frecuente en las campañas de nuestro ejército, habituado al sistema de las *guerras crónicas* que padecemos, por falta de energía de los Gobiernos y la adulación constante de la prensa á los cuerpos armados, reservando en todo caso las censuras exclusivamente para determinados generales, hasta quebrantar su autoridad y prestigio.

La réplica del Duque de Tetuán al Secretario americano, suscrita en San Sebastián á 4 de Agosto de 1897, se redujo á refutar los cargos dirigidos á Weyler, presentando de rechazo varios recuerdos de actos igualmente violentos realizados por las tropas americanas durante su guerra civil.

Hallábanse, por tanto, las relaciones diplomáticas con el Gabinete de Washington en un estado de peligrosa tirantez, cuando el nuevo Ministro americano, Mr. Woodford, entregó en San Sebastián su célebre nota de 23 de Septiembre, cuyos cargos más sustanciales eran los siguientes:

«De día en día toma fuerza la convicción de que es ilusorio para España esperar que Cuba, aun en la hipótesis de haberla podido sojuzgar por el completo aniquilamiento de sus fuerzas, pueda en lo sucesivo mantener con la Península relaciones que ni remotamente se parezcan á las sostenidas en otro tiempo con la madre patria. Por cima de todo tiene este Gobierno el natural y legítimo temor que *pueda sobrevenir algún incidente repentino que inflame las mutuas pasiones y acarree consecuencias deplorables que acaso no serían posibles de evitar.* Considerando el verdadero interés de las relaciones de paz y amistad, no puede prolongarse con seguridad esta política de mera inacción. El Presidente me encarga con el más amistoso propósito que indague cerca del Gobierno español si no ha llegado el momento de que por su propia voluntad, y movido por sentimientos humanitarios, quiera poner término á esta guerra destructora y hacer proposiciones de arreglo honrosas para ella misma y justas para su colonia de Cuba. La *impotencia* (inability) de

España impone á los Estados Unidos un grado de sufrimiento y de perjuicio que no puede desconocerse. No puedo desfigurar la gravedad de la situación ni ocultar la convicción del Presidente, de que *si sus presentes esfuerzos fueran infructuosos, su deber para con sus conciudadanos demandaría una pronta decisión* acerca del curso de la acción que el tiempo y las circunstancias pudieran exigir. Para la realización de este fin ofrece el Gobierno sus más amistosos oficios, y desea sinceramente que *durante el futuro mes de Octubre el de España formule alguna proposición* para que puedan hacerse efectivos estos ofrecimientos, ó dé satisfactorias seguridades *de que por el esfuerzo de España se asegurará muy pronto la pacificación. La paz de Cuba es necesaria para el bienestar del pueblo de los Estados Unidos,* y el único deseo de mi Gobierno es la paz y prosperidad, que sólo con aquélla puede lograr.»

Según se ve, el estado de las relaciones diplomáticas era muy crítico á la caída del partido conservador. Claro está que, de tratarse de un pacífico litigio, cabía formular la réplica con elocuente argumentación, atribuyendo al sentimental tío Sam el papel del caritativo Juan de Robles; pero como no se trataba de discusiones entre leguleyos, sino de avisos y conminaciones cada vez más apremiantes, era preciso que nuestros gobernantes viviesen fuera de la realidad para no penetrarse del ineludible dilema de *la paz inmediata ó la guerra con la poderosa República.*

Debe hacerse al Gobierno del Sr. Cánovas la justicia de que fué resueltamente opuesto á este extremo; pero como no consiguió sojuzgar á los rebeldes, á pesar de haber arruinando á la Metrópoli, ni quiso admitir nunca los amistosos oficios de los Estados Unidos ni tratar con Máximo Gómez, dejó á la Nación en el borde del precipicio, desapareciendo con su muerte la única voluntad firme que, de tener un momento lúcido en medio de su ceguedad, salvara á la desdichada España de una gran catástrofe.

Documentos diplomáticos cruzados desde la entrada del partido liberal.

Los términos un tanto amenazadores de la nota de Mister L. Woodford se traslucieron por los periódicos, produciendo bastante agitación; pero el Gobierno del Sr. Sagasta creyó que conjuraría la tormenta con la panacea de la autonomía.

El Sr. Dupuy de Lome comunicó al nuevo Ministro de Estado, Sr. Gullón, en 19 y 20 de Octubre de 1897, que la actitud del Gobierno de los Estados Unidos se había trocado de agresiva en expectante hasta conocer el desarrollo de la nueva política; pero añadía que los separatistas y los elementos interesados en el negocio de la compra—será de la isla—hacían esfuerzos desesperados para agitar la opinión.

Suscribió el Sr. Gullón la respuesta á la nota del Ministro americano en 23 de Octubre en un documento extenso y razonado. A la acción militar, enérgica pero humanitaria, acompañaba la política, que consistiría en el planteamiento del *self government* por medio de un Gobierno insular y dos Cámaras. «La bandera española recogería todos los elementos valiosos del país, sin distinción de procedencias, para colocarlos enfrente de los agitadores de oficio, aventureros de profesión, de los insurrectos por naturaleza ó por hábito que sólo de la lucha viven y no tienen otro objetivo que la rapiña, la destrucción ó el desorden. El rigor de las armas contra tan perniciosos elementos *resultará en breve plazo más provechoso y efectivo*, porque á la obra que con él se persigue cooperarán por propio impulso todos los insulares que, sintiéndose desde ahora dueños de sus destinos, encuentren interés y ventaja en acabar con ruinosos y ya insoportables desmanes. V. E. se sirve manifestar que el Presidente de los Estados Unidos siente el deber de contribuir eficazmente á la paz, y conveniente sería aclarar extremo de tan primordial interés, precisando, ante todo, el carácter de los esfuerzos ofrecidos y el campo de acción donde habrían de ejercitarse, pues sólo por el previo y perfecto conocimiento de los

mismos cabe llegar de una y otra parte á soluciones precisas.»

«Es menester que los Estados Unidos empleen dentro de sus fronteras la energía y vigilancia necesarias que eviten en absoluto los recursos de que viene surtiéndose *como de inagotable arsenal* desde un principio la insurrección cubana. En varias ocasiones se han visto obligados los Gobiernos de S. M. á llamar la atención acerca de la manera como se cumplen en el territorio de la Unión *las llamadas leyes de neutralidad.*»

Aparecía á continuación un verdadero memorial de agravios respecto de las expediciones filibusteras, del tranquilo ejercicio de sus medios de acción por la Junta insurrecta de Nueva York, dando un palmetazo al Presidente con el recuerdo del procedimiento usado en casos análogos por varios predecesores suyos; de las leyes votadas para suplir las deficiencias observadas en las facultades del Ejecutivo, sugiriéndole además la fórmula de que ya por la publicación de una proclama más apremiante que las de Mr. Cleveland para la persecución de los fomentadores de la rebelión cubana ó por la severa aplicación de los preceptos vigentes ó ampliándolos si no fueran suficientes, *logre atajar por completo el apoyo que recibe de los Estados Unidos.*

«Es, pues, indispensable ante todo que el Presidente decida su proceder respecto de España y *que manifieste con precisión si está dispuesto á que cesen de una vez con carácter absoluto y para siempre esas expediciones filibusteras que al violar con el mayor desenfado las leyes de la amistad perjudican y menoscaban los respetos que el Gobierno americano se debe á sí mismo* en el cumplimiento de sus compromisos internacionales. *Preciso es que no se repitan hechos tan lamentables como el de la última expedición de la goleta «Silver Heels»,* partiendo de Nueva York a pesar del aviso previo de nuestra legación y á presencia de las autoridades federales.»

La filípica resultaba contundente, notándose con el cambio de Gabinete un sentido de mayor acritud en las notas diplomáticas, aunque acompañado de la promesa formal de implantar el Gobierno autónomo en la isla.

Aparecen también en el escrito del Sr. Gullón las afirmaciones candorosas de que con el nuevo régimen *desaparecerán para siempre los gérmenes levantiscos* que hasta aquí han minado la isla de Cuba y la de que no se debía hacer referencia *á la hipótesis de una continuada prolongación de la lucha.*

Al acusar recibo de este documento se limitó Mr. Woodford á pedir el manifiesto del partido liberal, añadiendo que «debía consignar con la mayor claridad que el Gobierno de los Estados Unidos ha cumplido lealmente todas las disposiciones de sus propias leyes en la cuestión de los llamadas expediciones filibusteras *á que se refiere V. E. con tanta frecuencia y extensión en su nota,* así como también todas sus obligaciones derivadas de los tratados vigentes con España y de las leyes internacionales».

Las *Gacetas* del 26 y 27 de Noviembre publicaron los Reales decretos sobre la igualación de derechos, el sufragio universal y la autonomía para las Antillas, que, según telegrama del Sr. Dupuy, persuadieron al Presidente de la república de la sinceridad del empeño de la Metrópoli en instaurar en Cuba el Gobierno local.

Envió Mac Kinley á las Cámaras su mensaje en los primeros días de Diciembre, en el que trató con gran extensión de la cuestión de Cuba. Trazaba la historia de las rebeliones de la Gran Antilla, recordando que el ofrecimiento de los amistosos oficios de su antecesor para terminar la guerra había sido rechazado. Cuando Mr. Woodford presentó sus credenciales, repitió al Ministro de Estado el mismo deseo, añadiendo que no podrían esperar indefinidamente aquel resultado. Analizaba punto por punto la nota del Sr. Gullón, discutía el reconociendo de la beligerancia, decidiéndose por rechazarlo, y agregaba. «No hablo de anexión forzosa porque en eso no se puede pensar. Nuestro código de moralidad lo declara *como una agresión criminal.*»

«La intervención basada en motivos de humanidad ha sido aconsejada con frecuencia; no ha dejado de ser tomada en cuenta por mí mismo con calor, pero ¿debe acudirse á tal medida cuando ha ocurrido un cambio sembrado de esperanzas en la política de España en Cuba? Honradamente

le debemos dejar un plazo razonable para realizarlas y probar la pretendida eficacia del nuevo orden de cosas, al cual se ha comprometido de una manera irrevocable. Ha relevado al General cuyas órdenes inflamaban la imaginación americana é indignaban al mundo civilizado. Ha modificado la horrible orden de concentración y se ha obligado á cuidar de los campesinos. Un porvenir próximo demostrará si hay probabilidades de conseguir la paz honrosa y justa para los cubanos y para España, al par que equitativa para nuestros intereses. Si en lo sucesivo resultase como un deber impuesto por nuestras obligaciones á nosotros mismos, á la civilización y á la humanidad *el intervenir con la fuerza, lo haremos, pero no por culpa nuestra*, sino cuando la necesidad de emprender tal acción sea tan clara que nos asegure el apoyo del mundo civilizado.»

Mr. Woodford contestó en 20 de Diciembre de 1897 á la nota mencionada del Sr. Gullón, expresándose en términos muy corteses inspirados en el mensaje del Presidente, y se detenía en refutar las imputaciones relativas á la falta de cumplimiento de los deberes de nación amiga, que á su entender procedían del concepto erróneo de suponer un estado de guerra que no había reconocido oficialmente el Gobierno de España, y terminaba diciendo: «Los Estados Unidos se proponen perseverar en este camino de amistosa expectación».

Parecía conjurado por el momento el peligro de que se enfriasen estas cordiales relaciones cuando ocurrió en la Habana, en los primeros días del año corriente de 1898, un motín que el Cónsul Lee, enemigo encarnizado de España, y los periódicos *gingoístas* empezaron á explotar en contra del nuevo régimen. El Sr. Dupuy expresó entonces sus temores de que «cualquier hecho sensacional podría producir un cambio y perturbar la situación; en los cubanos irreconciliables ha causado inmensa alegría y hondo disgusto en los moderados. Parece que el General Lee ha comunicado á su Gobierno que ha fracasado la autonomía».

Restablecida la calma después de aquel peligroso incidente, dirigió el Sr. Gullón al Ministro plenipotenciario Sr. Du-

puy, en 1.º de Febrero, otra nota en contestación á la de Mr. Woodford de 20 de Diciembre.

Rechazaba como injustificado é inexplicable el aviso de que «España sólo puede contar razonablemente con que los Estados Unidos mantengan su presente actitud hasta que en un porvenir más ó menos determinado se compruebe con hechos si se han realizado las que llama V. E. condiciones indispensables de una paz justa. No reconocía en verdad el Gobierno español qué razones de proximidad ó perjuicios causados por la guerra á países cercanos engendrasen para éstos el derecho de limitar á términos lejanos ó próximos la duración de una lucha nociva para todos, pero principalmente para las naciones en cuyo seno estalla ó se mantiene. En suma, no queda ningún pretexto ni derecho para argumentar sobre la duración de aquella contienda, *de carácter exclusivamente interior*, ni para atemperar á sus plazos la conducta de naciones amigas, aun cuando no fueran tan evidentes los progresos conseguidos ni tan fundadas las esperanzas de una pacificación ya cercana».

Extendíase con tal motivo en disquisiciones de derecho internacional, consistiendo, á nuestro juicio, el error grave de los diplomáticos españoles en discutir estos asuntos transcendentales de política palpitante con la plácida serenidad de las controversias académicas ó de los informes emitidos por conspicuos letrados ante el Tribunal Supremo de Justicia.

Las exportaciones de Cuba en 1894, ó sea en el último año de paz, importaban 109 millones de pesos, de las cuales se enviaron á los Estados Unidos por valor de 93 y 8 solamente á la Península, y sostener en tales condiciones que no debían preocuparse allí del término de la guerra, aun cuando durase hasta el día del juicio final, era vivir fuera de la realidad de las cosas. Procedía que en vez de apelar á vanos artificios de retórica se tomasen en serio tan repetidos avisos, especie de relámpagos precursores ó nuncios de la tormenta próxima, siendo preciso estar ciegos para no verla avanzar con paso vertiginoso si no se conjuraba con la anticipación debida.

La carta sorprendida en Febrero del Sr. Dupuy de Lome

al Sr. Canalejas y la explosión del *Maine*, utilizada villanamente por nuestros enemigos, fueron los combustibles que con pasmosa rapidez inflamaron la hoguera, determinando en los Estados Unidos una exacerbación general de las pasiones y tal corriente de opinión contra España, que se hizo difícil contener el desbordamiento, sobre todo, desde que en los últimos días de Marzo informó la comisión técnica americana, con evidente mala fe, que se debió la voladura á una mina submarina.

El apunte entregado al Sr. Sagasta por Mr. Woodford en 29 de Marzo consignaba que no deseaban la posesión de Cuba, pero sí su *pacificación* inmediata, para lo cual proponía un armisticio y la revocación de la orden relativa á los re-concentrados.

Hondo disgusto produjeron estas intimaciones; pero si el Gobierno español rechazó en un principio la suspensión de hostilidades, la admitió pocos días después accediendo á los buenos deseos de Su Santidad.

Mac Kinley presentó en 11 de Abril último á las Cámaras el nuevo mensaje manifestando que «he agotado todos los esfuerzos para remediar el intolerable estado de cosas en un país que se halla en nuestras puertas, y pido al Congreso autorización para adoptar medidas que aseguren el término de las hostilidades y aseguren en la isla la instalación de un Gobierno estable capaz de mantener el orden y de cumplir sus obligaciones internacionales. También pido autorización para emplear las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos según sea necesario para dichos fines y en interés de la humanidad».

No necesitaban las Cámaras americanas de ninguna excitación para tomar las medidas más extremas, acordando el 18 de Abril, reunidas ambas en Congreso:

«1.º Que el pueblo de Cuba es y debe ser libre é independiente. 2.º Que es deber de los Estados Unidos exigir que el Gobierno español renuncie inmediatamente á su autoridad y gobierno en Cuba y retire sus fuerzas terrestres y navales. 3.º Que se autorice al Presidente para que utilice todas las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos y llame al

servicio activo las milicias. Y 4.º Que niegan por la presente tengan dese ni intención de ejercer jurisdicción ni soberanía ni de intervenir en el gobierno de Cuba si no es para su pacificación, y afirman su propósito de dejar el dominio y gobierno de la isla al pueblo de ésta, *una vez realizada dicha pacificación.* »

Este grosero *ultimatum* obligó al Gobierno español á retirar su Ministro de Washington, aceptando el reto de la Unión americana. Algunos partidos antidinásticos y la prensa *rotativa* se frotaron las manos viendo realizados sus vehementes deseos bélicos, mientras deplorábamos las tristes consecuencias los que creíamos que con anterioridad á este atropello se debió cortar el conflicto cubano evitando con previsión una guerra tan desigual y desproporcionada por completo con los recursos de España. No habíamos podido sofocar las rebeliones de Cuba y de Filipinas, y desprovistos de alianzas, mientras el gigante americano lograba con su astuta diplomacia *la amistad* de Inglaterra, nos lanzábamos solos, nuevos caballeros andantes, á sostener tres guerras simultáneas sin contar el número ni la fuerza de nuestros enemigos.

Así reverdecíamos la política que labrara en los pasados siglos nuestra decadencia, y convencidos de que ha sido un gran error reincidir en tan peligroso camino, vamos á intentar demostrarlo.

La guerra con los Estados Unidos.

Sentadas las premisas de nuestro artículo del verano de 1897, claro está que hemos sido radicalmente opuestos al conflicto internacional con el coloso americano.

No deben mantenerse las colonias, á nuestro entender, cuando encierran importantes elementos desafectos á la madre patria, y llega á hacerse crónico y permanente el estado de insurrección, originándola en vez de beneficios daños incalculables. Duró la rebeldía de Yara diez años; pero como se enviaban periódicamente las fuerzas de reem-

plazo y *se cargaban* los gastos al Tesoro cubano, pasó inadvertido el estrago de las cien mil víctimas que nos costó y el surco causado á nuestra desvencijada Hacienda. Retoñó la rebelión en Agosto de 1879, y duró la *guerra chiquita* cerca de un año, sofocándola la pericia del General Polavieja; pero no cesaron ni un momento las conspiraciones de la *Liga Antillana*, aprovechándose Maceo y sus secuaces de la benévola política de *Olvido de lo pasado*, consignada en el artículo 2.º de las bases del Zanjón, para preparar nuevas intentonas.

Desde entonces tomó la propaganda revolucionaria creciente auge, ora con la campaña audaz de la prensa separatista ó con el carácter de bandolerismo, capitaneado por el *Rey de los Campos*. En Julio de 1893 se dió de nuevo en la provincia de Santa Clara el grito de *¡Viva Cuba libre!*, y continuaron las manifestaciones tumultuosas, estallando la formidable insurrección actual en las provincias de Santiago y Matanzas el 24 de Febrero de 1895.

Resumiendo, durante los últimos treinta años hemos padecido en la Gran Antilla quince de revoluciones formidables, y el resto de agitación permanente acompañada de una propaganda demoledora, tentativas sin cuento y bandolerismo sempiterno. Todas estas desdichas pudieran haberse soportado si la colonia se hubiera costado sus gastos; pero como vivía del crédito de la Metrópoli, que hacía todos los empréstitos, y de la sangre española, que nutría su ejército, una vez hecho el esfuerzo colosal de situar 200.000, hombres en la isla sin que en un plazo razonable se obtuviese ningún resultado positivo en la pacificación, quedó *definitivamente perdida* para España á los ojos de todas las personas *reflexivas*, no interesadas en ocultar la abrumadora verdad de los hechos.

Tal vez la concesión de la autonomía con la antelación debida hubiera *aplazado algo* la independencia, pero era difícil otorgarla en forma que no fuera muy onerosa á la Metrópoli, aparte de que, arraigado aquel sentimiento en gran parte de los cubanos, nunca faltarían pretextos de agravios, como sucedió á los yanquis en su guerra de independencia,

cuando el Parlamento inglés anuló el *bill* de los sellos, causa de las primeras protestas.

Así como dijo Enrique IV de Francia que *París valía una misa*, no podía sostenerse que Cuba *valiera la ruina de España*, y sobre todo, resultaba absurdo el principio de provocar una catástrofe irremediable á la madre patria para perder teatralmente la colonia poblada por tantos infidentes isleños y que se nos había escapado ya de las manos convertida en sangría suelta de España.

El examen del *Libro rojo* demuestra á las claras que durante los tres primeros años del alzamiento actual hubo muchas oportunidades para encontrar salida *decorosa* al laberinto cubano. Con los buenos oficios ofrecidos con tanta insistencia por Mr. Olney y las primeras notas de míster Woodford se presentaron ocasiones propicias para encontrar la tabla de salvamento tan precisa á nuestra impotencia; pero llevados siempre de este carácter tan altanero como irreflexivo, tan quijote como soñador, se prefirió obrar como el portugués del cuento, confiando en eternos aplazamientos, hasta que, precipitados los sucesos, se sintió el dogal al cuello.

Pudo sacarse grandísimo partido de la venta de Cuba á los Estados Unidos realizada antes de los últimos agravios; pero imbuyendo ideas falsas á este desgraciado país, se sostuvo que tal comercio era indigno de la *hidaiguía castellana*.

Napoleón *el Grande* les enajenó en 1802 la Luisiana; Inglaterra el Oregón en 1842; la república de Méjico les vendió el Valle de la Mesilla en 1853, y el poderoso *Tsar* de las Rusias el territorio de Alasca—tres veces mayor que España—en 1867; pero la Península pertenece, según sus extraviados apóstoles, á una secta tan sublime que sólo debe encontrar la solución de sus dificultades en la estoica práctica del suicidio.

De tal hemos calificado la guerra actual, no encontrando en la accidentada historia de España desde los tiempos de Felipe V, á pesar de sus muchos desaciertos, un solo acto de temeridad y de extravío tan inaudito. Cuando en el Con-

sejo de Carlos IV prevaleció en 1793 el parecer guerrero del inexperto Godoy contra la opinión reflexiva del anciano Conde de Aranda y se acordó la lucha con la república francesa, fué en la buena compañía de la Gran Bretaña. En cambio ahora ha contado la Unión federal con el apoyo *moral* y aún material de tan formidable potencia, y nosotros, que podíamos haber hallado quizás algún aliado regalándole la mitad de nuestras inútiles colonias, hemos tenido la audacia de ir á la lucha contra la poderosa república en medio de dos insurrecciones formidables, para no desmentir el espíritu aventurero fustigado con tanta razón por el inmortal Cervantes.

¿Y en qué ocasión se ha embarcado á la nación española en tan desigual contienda? Cuando por un error lamentable de sus políticos más notables se hallaba exhausto el Tesoro y depreciada la moneda nacional por haber pignorado todas las rentas y aniquilado á la Metrópoli, como si se tratase de una guerra de independencia de la madre patria, cuando sólo se luchaba por una posesión colonial siempre contingente y erizada en este caso de escollos para España.

La terquedad empleada como política única en la cuestión cubana ha repercutido en la tremenda sacudida de Filipinas, que sólo estaba prendida con alfileres, originando el peligro inminente de la pérdida de Puerto Rico, la única provincia ultramarina que ha sido fiel á la madre patria.

Para la guerra con los Estados Unidos necesitaba España una armada de primer orden y muy superior á la contraria, por la gran distancia al teatro de las operaciones y la proximidad de la Florida á las costas de Cuba. Una buena marina requiere tres condiciones: mucha riqueza para dotar convenientemente el presupuesto del ramo, incluso el capítulo de maniobras navales y ejercicios de cañón; potente industria en el país con gran competencia de la oficialidad en la mecánica y la ingeniería, y una organización excelente en todos sus servicios y dependencias. No reunía la española ninguno de estos requisitos, y como era muy inferior en todos conceptos á la americana, la lucha marítima nos tenía que ser *forzosamente adversa*.

Aun en el supuesto de algunos combates navales favorables á nuestras armas, siendo el número, tonelaje y armamento de los buques americanos de gran superioridad, inmensos sus recursos y su tenacidad extraordinaria, era cuestión de más ó menos tiempo el fracaso de la marina española. Dada esta desventaja, que fué clara *à priori*, en nuestra modesta opinión, el porvenir del ejército de Cuba había de parecerse al que alcanzó en 1799 el que mandó Napoleón en Egipto, aislado de Francia después de la derrota marítima de Abouquir, viéndose obligado á capitular ante los ingleses á pesar de la brillante campaña dirigida en persona en su primera época por el Capitán del siglo.

Quiere decir que nos lanzamos á la guerra en la seguridad de salir malparados, exponiendo á la Nación á sufrir enormes descalabros y á consumir su completa ruina, ó á no ganar absolutamente nada en el caso más favorable, pues, aun derrotados los yanquis por mar y tierra, nos quedaba la perspectiva de reanudar por otra serie de años la interminable lucha contra los desharrapados pero intangibles insurrectos de la manigua.

Siendo esto cierto, hubiera sido lo más discreto evitar á todo trance y con la debida antelación tan asoladora contienda, y si la opinión pública, extraviada por los partidos revolucionarios y el fuego de la prensa, se obstinaba en la política guerrera, debió el Gobierno resistir el ímpetu, como sucedió en Portugal cuando las imposiciones de Inglaterra en el Sud de Africa y en Italia con la derrota de Abisinia.

Las naciones fuertes resisten á menudo las corrientes belicosas, cediendo en muchas ocasiones. Inglaterra ha sufrido repetidos agravios de los yanquis, siendo el último la ingerencia del Ministro Sherman en las diferencias del Reino Unido con Venezuela y la grosera comunicación dirigida con aquel motivo á Lord Salisbury. El Jefe del Gobierno británico se lamentó de su mala educación, adoptando el pacífico temperamento del arbitraje, cuyas negociaciones se han llevado en Washington, rindiendo así vasallaje á la hegemonía del Presidente americano, aferrado á la doctrina de Monroe á pesar de que trataba de un asunto de política *in-*

terior según las notas de nuestros ministros al apreciar las cuestiones de Cuba.

Después de todo, la tendencia pacífica se apoyaba aquí en los partidos extremos socialista y federal—los más sensatos en estas circunstancias—y en las fuerzas vivas del país, enemigas en general de correr aventuras peligrosas.

Aun resultando irresistible el impulso bélico, el Gobierno ó los Ministros que lo resistiesen, abandonando previamente sus carteras, se hubieran rehabilitado pronto de su pasajera impopularidad, siendo lo procedente en tal hipótesis dejar el puesto á un Gabinete formado por militares, marinos y periodistas conspicuos entusiastas de la lucha para que arrosasen las contingencias de tan arriesgado camino, sufriendo en todo caso las responsabilidades de la catástrofe que sufre la pobre España y cuyas consecuencias pueden ser incalculables.

La evacuación, que se ha considerado *irrealizable* en esta campaña, la ejecutó sin desdoro Napoleón I después de *perecer inútilmente* 30.000 soldados franceses—según Thiers—en la revolución de Haiti. Hizo lo propio el General Narváez con Santo Domingo, presentando á las Cortes en 7 de Enero de 1865—á pesar de la resistencia de Isabel II—el proyecto de ley derogando el Real decreto de 1861 en que se reincorporó aquel territorio á la monarquía española.

Decía en el preámbulo: «Presenta la isla á los ojos del mundo civilizado el espectáculo de un pueblo entero en armas, resistiendo ingrato como á tiranos á quienes llamó como salvadores. El Gobierno ha tenido en cuenta las razones de honor y decoro nacional, y el porvenir halagüeño de un triunfo logrado á costa de inmensos sacrificios; se ha hecho el doloroso cálculo de las numerosas y preciosas vidas que pierde España cada día de los que se prolonga tan estéril lucha, y de los cuantiosos tesoros que consume. Por todas estas consideraciones, ansiosos los Ministros de poner término á los inútiles sacrificios de sangre y dinero que la guerra de Santo Domingo está costando á la Nación, tiene la honra de proponer lo siguiente, etc.»

Claro está que no se realizó la amputación sin resisten-

cias. Aun cuando Narváez impuso de antemano esta solución al encargarse del Gobierno, estuvo á punto de caer por haber rechazado la Reina los términos en que se hablaba del asunto en el proyecto de mensaje; la unión liberal, autora de tan desdichada aventura, combatió rudamente la ley, y el General Gándara, que se hallaba al frente del ejército, se obstinaba en el aplazamiento de la evacuación hasta conseguir el triunfo de las armas, que por desgracia no llegaba nunca. Pero había entonces un hombre de carácter indomable al frente de España y se salvó con fortuna el conflicto, muy parecido al que nos ha traído ahora esta gran adversidad por falta de un Duque de Valencia.

En el artículo siguiente demostraremos la ligereza con que se han desconocido las cualidades que como pueblo invasor y militar tenía muy acreditadas la república americana, para entrar después en otras consideraciones relativas á las consecuencias de la guerra y á los medios de sortear las futuras dificultades, para lo cual es preciso poner término cuanto antes á una lucha tan terrible como estéril.

Bilbao 6 de Julio.

PABLO DE ALZOLA.

(Continuará.)

LA RUINA DE ESPAÑA ⁽¹⁾

«¡Cómo se siente solitaria la ciudad antes populosa! ¡Cómo se asemeja á una viuda! ¡Ella, que fué grande entre las naciones y señora de provincias, se ha convertido en tributaria!»

(*Lamentaciones de Jer.*, cap. I, vers. 1.)

Pocas naciones en su decadencia presentan un contraste entre el glorioso pasado y el mezquino presente, entre fantásticos sueños y repulsivos hechos, espléndidas esperanzas y odiosas realidades, tan vivo y tan cruel como la tierra de Cervantes, Hernán Cortés y Calderón de la Barca. Ese reino en otro tiempo poderoso no es ahora más que la sombra de lo que fué; sus ciudades, mermadas en población y reducidas á las dimensiones de meras aldeas, se distinguen sólo por sus ruinosos monumentos, que atestiguan poder, riqueza y gloria que se perdieron hace ya mucho tiempo, y los pasos del extranjero que cruza las anchas plazas públicas y las calles mal empedradas, ó recorre las naves místicamente sombrías de las majestuosas catedrales, resuenan con un fatídico sonido ultramundano que le hace estremecer y volver la cabe-

(1) En estos momentos de crisis gravísima por que atraviesa la desventurada nación española, conviene más que nunca enterarse de lo que acerca de nosotros piensan en el extranjero. Hé aquí por qué traducimos el extenso trabajo del Dr. Dillon inserto en la afamada *Contemporary Review*, de Londres, correspondiente al mes de Junio último. No quiere decir esto que coincidamos con los juicios que expone el autor ni aprobemos las exageraciones en que incurre. Pero conviene, lo repetimos, saber los defectos que advierte el extranjero en nuestra organización actual, la cual nos ha traído, por acumulación de errores, á la terrible decadencia que nos amenaza. Entiéndase que todas las notas que siguen á ésta son del autor inglés.—(*N. de la R.*)

za para asegurarse de que las sombras del pasado, cuya presencia distintamente siente, no se han levantado por brusca manera del polvo histórico. En el período de su grandeza sólo la Universidad de Salamanca contaba más estudiantes que habitantes tiene hoy toda la capital, y casi todas las ciudades en otro tiempo famosas se le parecen en esto; su desarrollo detenido es la maldición que han heredado del pasado, la decadencia y la muerte el principal proceso visible en la actualidad. Recorriendo las desiertas calles de Valladolid, Salamanca ó de la ciudad muerta del Cid, el extranjero imaginativo se figura oír al mismo viento cantar el réquiem de los guerreros, estadistas, príncipes y poetas que levantaron la grandeza de España, y que habiendo suspirado en vano ansiosos de felicidad, se pudrieron en las cárceles, padecieron hambre en las guardillas ó ardieron en las hogueras, en los tiempos en que la esperanza era viva y fuerte la fe.

Pero este siglo, entre todos los demás, es el que ha resultado más funesto para España desde que sus afortunados marinos descubrieron la América para la Península y para el mundo.

Los males y las desgracias que se sucedían unos á otras á largos intervalos en el período de cien años, durante el siglo actual se han reunido todos en el espacio de un decenio: guerras coloniales, civiles, internacionales, motines populares, levantamientos regionales, revoluciones nacionales se han sucedido con confusa rapidez, desmoralizando á los gobernantes y agotando los recursos de la Nación. En el interior se paralizó el progreso agrícola, industrial y educativo, mientras abdicaban los monarcas, siendo abolida la monarquía y restablecida después; se redactaban en términos elocuentes constituciones que se sancionaban solemnemente, y al poco tiempo quedaban abolidas; se otorgaban con pena derechos que luego se suprimían con regocijo, y fuera de la Península la grande España se encogía abatiéndose como globo henchido de aire que se agujerea. Chile y Colombia fueron los primeros territorios que lograron su independencia; la Florida pasó por venta á los Estados Unidos; Perú y Méjico se separaron de la madre

patria, y ahora que España está á punto de perder su última y más preciada posesión ultramarina, ha dejado virtualmente de ser potencia americana. No termina aquí el mal: ha afectado de una manera desastrosa á la misma Península. España tiene aún millones de nobles hijos que pueden desplegar á voluntad «las audacias de un ánimo valeroso, la bravura de un carácter indomable», pero cuyo miserable destino ha sido hasta ahora, ó vegetar en casa arrinconados y sumidos en la mayor pobreza, ó trasladarse á Filipinas ó á Cuba para morir allí sin gloria, víctimas de la fiebre, de la traición ó de las vicisitudes de la guerra; aún posee soldados heroicos, dignos de los tiempos antiguos; pero por la impericia y negligencia de sus jefes hace tiempo que dejaron de conquistar y triunfar, y ahora sólo pueden ofrecer el inútil sacrificio de sus vidas en el altar de la patria; también tiene artistas, pero han dejado de crear y se contentan con la humilde imitación; es rica en hombres de Estado, pero han perdido la aptitud de pensar, de proyectar, de ejecutar y se contentan con que los clasifiquen entre los oradores artísticos; aún posee una raza de nobles campesinos, animosos, sencillos y sobrios, que dan contentos su última peseta para que se gaste en defensa de ideales abstractos, pero se indignan al ver que ha desaparecido el dinero en manos de tunantes, cuyo número es considerable.

Las causas de este calamitoso hundimiento de una de las más poderosas naciones de los tiempos modernos son numerosas, y como entre ellas hay algunas discutibles, no sería conveniente pretender enumerarlas todas. Uno de los principales males que los mismos españoles confiesan y de que en ocasiones se duelen es la extraordinaria carencia de instrucción que caracteriza al pueblo en general. De 18 millones de habitantes, ¡hay 16 que no saben leer! Justo es advertir, sin embargo, que la diferencia entre las dos clases es más bien de forma que de substancia, y consiste no tanto en el mayor número de ideas que poseen las personas educadas como en la elegancia con que expresan las nociones vulgares y las ilusiones patéticas que son comunes á todos. Tómese la educación universitaria por ejemplo, que en los buenos tiem-

pos de la Universidad de Salamauca aventajaba mucho á la de las demás Universidades de Europa: en opinión de un práctico francés, esta educación sólo sirve para imbuir pretensiones injustificadas de una ciencia superior, que son origen de muchos males. La autoridad administrativa posee el derecho de regular las lecciones y los programas, y el libro de texto impreso, que en todo caso debe suplir la enseñanza oral del profesor, se somete á la aprobación del Gobierno, y á veces éste lo elige discretamente atendiendo á motivos que nada tienen de común con la ciencia. Mr. Paul Melon, francés, que hizo un estudio especial de la educación superior en España, escribe: «El bachiller que ha terminado los cursos del Instituto no sabe ni una palabra de griego, conoce poquísimamente el latín, y á juzgar por las explicaciones que se oyen en la Universidad—aun al final de un año de estudio,—ignora completamente la historia contemporánea».

Las lenguas modernas se desconocen igualmente en España hasta un grado que es preciso comprobar por propia experiencia para que se pueda creer. Políticos, estadistas, médicos, periodistas, cortesanos y hasta comerciantes se contentan con hablar su sonoro idioma y es raro encontrar uno que se pueda expresar en otro.

He visto en el departamento extranjero de la Central de Telégrafos ingleses y franceses ir desconsoladamente de aquí para allí buscando inútilmente un empleado con quien poder entenderse en francés. Habiendo establecido el Gobierno liberal del Sr. Sagasta la censura de los telegramas extranjeros con tal rigor como no se ha practicado jamás en Rusia (1), se vió muy apurado para encontrar un censor que entendiera los telegramas escritos en alemán, y por fin se resolvió que se transmitieran sin examinarlos. Con frecuencia vi entregar en Telégrafos dos telegramas idénticos, uno en

(1) El acensor español no dió curso á un despacho en que se telegrafiaba á Londres el discurso del Ministro de Marina en las mismas palabras que éste había empleado. Si esta prohibición hubiera servido para hacer olvidar aquella notable explicación, yo habría aprobado calurosamente la medida en interés del Gobierno español; pero como esto era imposible, no hizo más que dar origen á comentarios superfluos y perjudiciales.

francés y otro en alemán, y al día siguiente supe que el censor no había dejado pasar el telegrama francés, mientras que el alemán no había encontrado obstáculo alguno.

La ignorancia supina de la historia contemporánea y de las lenguas modernas ha dejado su sello permanente en las clases directoras de España, y á ella se deben atribuir en gran parte las calamidades irreparables que han abrumado al pueblo valiente, sufrido y entusiasta. Es peligroso que un ciego guíe á otro ciego, y resultará una desgracia si el guía ciego tiene visiones y está bajo la ilusión de que puede ver. Y éstas han sido exactamente las relaciones que, ya desde los tiempos de la Reina Isabel, han subsistido entre gobernantes y gobernados.

Los resultados producidos están consignados con extensión en cada página de la historia española contemporánea, en cada paso de los Gobiernos españoles que se han sucedido, en la peligrosa mezcla de rigor arbitrario y de licencia antipatriótica con que se han venido gobernando las colonias, en la paralización de toda empresa saludable en la Península, en el descuido de los intereses nacionales y en el afecto de madrastra con que se ha tratado al ejército y á la armada.

Los diez y seis millones de personas que no saben leer y una mayoría de aquéllas cuya modesta educación literaria les da derecho á colocarse por encima del vulgo, no se cuidan para nada de política y su único deseo es que les dejen trabajar en paz, mejorar su fortuna y la de sus hijos y gozar tranquilamente el fruto de su honrado trabajo. Para la política interior, colonial ó internacional ni tienen gusto ni inteligencia. Cuba nunca interesó á esta clase de españoles lo más mínimo. La ola colonial nunca llegó hasta ellos en otra forma que en la de un destructor poderoso, cuyas víctimas humanas fueran más numerosas que las de Moloch y cuyas crueldades excedieran á las de los antiguos dioses mejicanos. Estos campesinos son de diferentes razas, conservan intactas sus costumbres y tradiciones peculiares y los principales lazos que los unen á todos en un todo más ó menos homogéneo son la adhesión á su religión y el amor fanático á su

tierra nativa. Sus ingénitas cualidades mentales y morales son aparentemente de un orden elevado, pero por una deplorable falta de desarrollo nunca se han utilizado convenientemente y están, por consiguiente, como dicen los escolásticos, más bien *in posse* que *in esse*.

La minoría de cinco ó seiscientos mil son políticos, Arquímedes poderosos que pretenden mover el mundo en cuanto se colocan cómodamente en las oficinas del Gobierno. Para cada empleillo que puede dar el Gobierno con un sueldo de 30 á 40 libras al año, hay de ocho á doce pretendientes que esperan con impaciencia la agitación de las aguas y se hallan prontos á predicar el evangelio conservador, liberal ó republicano, según la ocasión del momento. El número de estos fieles partidarios es mucho mayor que el de los panes y peces con que el partido triunfante puede alimentarlos, y ascienden en junto á unos 420.000 hombres que piden con voces estentóreas y acentos llenos de convicción política.

Hasta ahora los liberales y conservadores se han sucedido en el disfrute del poder de una manera tan original y tan sencilla que maravilla no se haya ocurrido la misma idea en otras naciones. Cuando un partido ha disfrutado mucho tiempo las ventajas del mando y el otro ha permanecido alejado de él, se invoca siempre y se ejecuta el principio de vivir y dejar vivir, dimitiendo el Gobierno con cualquier pretexto y entrando la oposición á posesionarse de los gajes de las oficinas.

Para dar una idea del arraigo que han tomado en la Nación las instituciones parlamentarias, puedo decir que Cánovas del Castillo, jefe del partido conservador, deseando aclimatar en España el gobierno de los partidos, fundó de propósito la oposición á su propio Gabinete, y á la cabeza de ella puso al Sr. Sagasta. Como el turno de los conservadores en el poder durara largo tiempo y no dieran señales de cansancio, Sagasta declaró que si á él y á sus amigos no se les daban facilidades para participar de los panes y de los peces, se verían obligados á organizar una revolución. A consecuencia de esta declaración, el Sr. Cánovas fué á ver

al Rey, le expuso la situación y le dijo: «Señor, proporcionaré á V. M. el pretexto necesario, pidiéndole me otorgue V. M. su confianza durante diez años. V. M. naturalmente no accederá á esta absurda petición, mi Gabinete dimitirá y V. M. llamará á los liberales.» ¡Y el plan se realizó en todas sus partes! Este juego de niños, cuyo coste ha de pagar el infeliz pueblo, es la sustancia de lo que en España se llama «Gobierno constitucional». No es necesario decir que las elecciones, las cuales son «secretas y libres», envían invariablemente una mayoría del partido que entra en el poder cuando se hacen. Si no edificante, resultará instructiva una breve reseña de cómo se realizó hace pocas semanas, bajo el mando del Gobierno liberal del Sr. Sagasta, «la expresión libre é independiente de la opinión ilustrada del país», que un escritor español calificó ha poco como el tipo de todas las elecciones.

El Gabinete, y en este caso particular el Sr. Sagasta mismo, apóstol de los principios liberales, que fué durante algunos años revolucionario, fijó anticipadamente el número que necesitaba para su mayoría, y hecho esto, resolvió distribuir los puestos restantes entre las minorías, porque un primer Ministro español, como Napoleón, nada deja á la casualidad cuando se trata de elecciones. No sólo había que contar los adversarios, sino también pesarlos; porque no basta que el Ministro resuelva la elección de cierto número de republicanos, carlistas, conservadores, etc., tiene también que determinar cuáles de ellos han de ser. Es un trabajo delicado, pero *nobleza obliga*, y el Ministro hace lo que puede. Cualquiera creería que los partidos antidinásticos no entrarían en estos tratos; pero se equivoca. Durante los últimos debates en las Cortes después del desastre de Cavite, el Conde de Romanones echó en cara á los republicanos que debían al Gobierno de S. M. el Rey los asientos que ocupaban y que se olvidaban de este favor. El Conde de Romanones no es un simple particular, es el alcalde de Madrid que «dirigió» las elecciones, contrastándolas cuidadosamente, y la mano derecha del Ministro de la Gobernación, cuyo departamento, según lo calificó *El Nacional*, es «la

fábrica central de los Parlamento». «¿Qué pensará el país del Gobierno?» pregunta este periódico. «¿Qué pensará del Parlamento en que hasta los partidos de oposición antidinástica deben sus actas al favor del Gobierno?»

Esto, sin embargo, es cosa corriente. El escritor español sigue describiendo la manera de hacer las elecciones, en una forma que sugiere esta pregunta: ¿Es justo, es leal, es moral que un partido que se llama liberal predique el constitucionalismo al pueblo, y habiendo alcanzado el poder por la defensa de esta doctrina, conduzca al pueblo, conculcando los principios fundamentales del liberalismo, como si fuera un hato de ganado? El citado escritor declara que personas que no tienen derecho á votar van á primera hora á las salas de votación, conducidos por los agentes electorales, y votan, naturalmente, los candidatos del Gobierno. Los verdaderos electores, aleccionados por una triste experiencia, generalmente se retraen y los otros toman sus nombres.

Pero si se presenta un elector legítimo é insiste en ejercitar su derecho, se le acusa atrevidamente de haber votado ya, y, por consiguient, de un conato criminal de votar dos veces, se le conduce á la cárcel y comienza una molesta información que puede terminar favorablemente, pero antes que esto suceda ha sufrido mil molestias. Muchos electores difuntos se levantan de sus tumbas para hacer patente su adhesión al Gobierno que rige, ó por lo menos vivos que toman el nombre de fallecidos van á dar sus votos sin el menor obstáculo. Así los muertos cuidan del bienestar de los vivos, que por extraño que parezca está invariable é indisolublemente unido al buen éxito del Gobierno del día. Ahora bien, puede suceder, y probablemente sucede, que el pueblo no tenga aún la educación suficiente para juzgar por sí mismo; pero á un europeo imparcial ha de parecer que obrar sobre este supuesto y al mismo tiempo discurrir elocuentemente sobre la hipótesis contraria es indigno de un partido que se llama liberal y amante de la moralidad.

Ningún español, sin embargo, ha declarado hasta ahora ó creído que esta clase de táctica sea incompatible con el libe-

ralismo de los Sres. Sagasta, Moret y Gullón, y los españoles son los mejores jueces en la cuestión.

Á despecho de la dudosa moralidad de la política y del bajo nivel de la cultura intelectual, si no precisamente á consecuencia de estas dos causas, los estadistas españoles poseen y cultivan el don de lenguas hasta un grado desconocido en la Europa contemporánea. La elocuencia de un orden elevado es la única luz visible en la política española, como la fosforescencia es la característica de las maderas que se pudren. La Península posee algunos de los mejores oradores de los tiempos modernos, cuya rica y variada fantasía se desliza blanda, suave y dulcemente sobre la finísima arena intelectual, sin que un solo pensamiento original venga á romper la agradable monotonía. D. Emilio Castelar, el eminente republicano, por ejemplo, ó el Sr. Moret, Ministro de Ultramar, que fué el alma y el cerebro del Gabinete Sagasta, son capaces de estarse hablando horas y horas sobre un asunto cualquiera en períodos sonoros y musicales que cosquillean los oídos é hipnotizan las almas de sus oyentes místicamente dispuestos. Los políticos españoles gustan de la elocuencia, como Midas gustaba del oro, y su gusto queda satisfecho como quedó el de aquel rey. Hasta ahora no han sentido nunca la necesidad de una ciencia de gobierno, y puede dudarse que en el presente momento haya un solo hombre de Estado, siquiera de tercera clase, entre los muchos políticos, que pretenda poseer una panacea para curar los males de su desgraciada patria, y desear una ocasión para practicar sus experimentos.

Hay, en verdad, un hombre fuerte en el país, un *hombre por excelencia*, que se conoce á sí mismo, acomoda los medios á los fines y ve las cosas como son, sin anteojos verdes ni azules. Este hombre es el General Weyler. Que posea también la resolución de un hombre de Estado es aún muy pronto para decirlo; pero no sería aventurado afirmar que hasta los errores de tal hombre resultarían probablemente más ventajosos á su país que la completa realización de los proyectos maduramente pensados por los políticos de profesión. Estos grandes charlatanes artísticos, cuyas melifluas

frases son á los pensamientos lo que la delgadísima hoja de oro es á la gruesa pepita, han «gobernado» á España durante medio siglo, y al extranjero que desee ver los resultados tangibles de su administración se le pueden repetir las palabras del epitafio de Teufelsdröckh en el monumento del Conde Zähdarm: «*Si vis monumentum, adspice*»—pobreza, atraso, hambre, ruina. Es indudable que han contribuído á este estado otras fuerzas más sutilmente disolventes; pero un político de tercera clase podía y debía haber detenido su acción. Las causas inmediatas y próximas de la catástrofe nacional son indudablemente los atildados retóricos que pintan con sus colores oratorios más ricos los sepulcros de huesos reducidos á polvo.

D. Emilio Castelar es el tipo perfecto del orador político que curaría los males de una nación con palabras grandilocuentes, á la manera que Berkeley pretendía curar todas las enfermedades humanas con agua de alquitrán. Como el en otro tiempo célebre Pico de la Mirandola, ha escrito innumerables volúmenes en folio, en cuarto y en octavo, que podrían titularse con bastante precisión: *De omnibus rebus et quibusdam aliis*; los numerosos suplementos se titularían *Paralipómenos*. Historia, poesía, novela, política, teología, arte y ciencia, todo ha sido batido por este confitero literario para formar océanos de crema azucarada que, aun en cantidad infinitesimal, empalaga al paladar del crítico (1). Este profesor, político y poeta fué por algún tiempo Ministro de Estado y llegó á alcanzar la alta dignidad de Jefe del Poder Ejecutivo con resultados que no se olvidarán pronto en España.

El Sr. Castelar es un completo republicano, y habla de su

(1) Entre las obras del Sr. Castelar puedo citar: *Lucano: su vida, su genio, sus poemas*; *Historia de la civilización durante los cinco siglos primeros del Cristianismo*; *Semblanzas de celebridades europeas*; *Recuerdos de Italia*; *Historia del movimiento republicano en Europa*; *Revolución religiosa*; *Estudios históricos sobre la Edad Media*; *Historia de un corazón*; *Galería histórica de mujeres célebres*; *La fórmula del progreso*; *Cuestiones políticas y sociales*; *El rescate del esclavo*; *Cartas sobre política europea*, etc., etc. Su obra sobre Rusia contiene dentro de límites relativamente reducidos más errores estupendos de los que pudieran refutarse convenientemente en dos abultados tomos.

doctrina con el orgullo natural de un Paracelso político que ha descubierto una verdad importante destinada á salvar y ennoblecer la humanidad. El único específico infalible para todos los males de España es su forma de gobierno republicana. D. Emilio no quiere una república como Esparta, ni siquiera por el modelo de la de Suiza. De ninguna manera, su principio es: causas pequeñas y grandes efectos. Tan eficaz y milagrosa es la virtud de la mera forma que ella sola bastaría para reformar hombres, moral, costumbres y, usando un dicho vulgar de Irlanda, para convertir áridas montañas en sonrientes valles. Él no cambiaría nada más que la forma. El año último expuso sus convicciones sobre el asunto á un francés amigo suyo, que poco después las hizo públicas, á riesgo de que otros le plagiaran.

Decía: «España es ya una república. Si un día tuviéramos la suerte de darle este nombre *lo dejaríamos todo como está*, y sólo otorgaríamos al Presidente ciertos derechos ejecutivos diferentes de los que posee el Rey» (1). Es decir, España padece de malos Gobiernos, de corrupción administrativa, de estadistas incompetentes, de agotamiento financiero, de falta de una política claramente definida, de una vasta nosología de enfermedades políticas; pero todas estas calamidades desaparecerían como al movimiento de una varilla mágica si en vez de llamar al país monarquía se llamara república y se diera al Jefe el nombre de Presidente. ¡Y D. Emilio es una de las más brillantes lumbreras entre los políticos contemporáneos de la Península!

Otro eminente estadista español es el famoso Pi y Margall, cuyo ardiente republicanismo es de una forma, al parecer, muy distinta de la que el Sr. Castelar defiende; pero si es más ó menos radical, es punto que otros deben decidir. El Sr. Pi y Margall ha asegurado con frecuencia á sus 18 millones de compatriotas, cuyo conocimiento de términos técnicos y de raíces griegas es de presumir sea muy limitado, que la sola república que en su opinión podría salvar al país debería basarse sobre un pacto «sinalagmático, bilateral

(1) Gastón Routier: *L'Espagne en 1897*, pág. 184.

y conmutativo». Si el pacto reúne estas tres condiciones, entonces sus compatriotas pueden dormir pacíficamente en sus camas por la noche, con la confianza de que todo ha de ir bien en la mejor de las sociedades políticas. Pi y Margall fué individuo del Gabinete en un período muy crítico de la historia contemporánea de España, y un día entró en el salón del Consejo anunciando á sus colegas, en tono triste y serio, que tenía que someter á su consideración un asunto muy urgente y de transcendental importancia. Los Ministros escucharon con ansiedad, y entonces el orador les manifestó que, después de meditarlo mucho, se había plenamente convencido de que la mezquita mahometana de Córdoba pertenecía de derecho á los moros, y que la honradez nacional exigía que les fuera devuelta por uno de esos actos espontáneos de justicia que, aunque desagradables por el momento, á la larga vienen á redundar en crédito del Gobierno que posee el valor y la integridad de realizarlos. Como el Estado en aquel tiempo no se fundaba en el pacto sinalagmático, bilateral y conmutativo, se hizo el sordo á la proposición de su fiel servidor y pasó á ocuparse en las cuestiones corrientes del día.

Otra de las columnas del partido republicano es el Sr. Salmerón, que ha desempeñado importantes papeles en el gran drama político de España de la manera fácil y florida que caracteriza á la mayor parte de los hombres de Estado españoles. Este ilustre orador, una vez, en su cualidad de ministro, tuvo que firmar una sentencia de muerte. Como otro famosísimo republicano de Arras en Francia, el Sr. Salmerón dudó, rehusó y presentó la dimisión, dejando á sus colegas en situación embarazosa y crítica. Es verdad que Robespierre venció pronto esta compasiva debilidad y se amoldó fácilmente á las nuevas costumbres; pero el Sr. Salmerón, que ha tenido desde entonces poquisima experiencia de los asuntos, es de presumir que aún sostenga la misma opinión.

Hombres de Estado de este calibre pueden gobernar con éxito naciones como la isla de Pitcairn ó tal vez la república de Platón; pero un país tan abatido como España tiene poco

que esperar de sus principios ó de sus hechos. Saben exactamente lo que va á suceder á Inglaterra, á Francia, á Europa y al mundo dentro de ciento ó de mil años; pero están completamente ciegos para los peligros inminentes que amenazan hoy á su país y toman mañana la forma de calamidades nacionales. Un ejemplo curioso de esta anormal ceguera me impresionó especialmente algunos días antes de que estallase la presente guerra. A principios de Abril fuí á visitar al Sr. Castelar, de cuyos elocuentes artículos en revistas francesas sobre la situación política se hablaba entonces precisamente como de obras maestras de estilo. En el curso de la conversación toqué el punto de la guerra, que se echaba encima. «¿Guerra? dijo.—Guerra, repetí.—¿Entre quiénes?—Entre España y los Estados Unidos, contesté.—¡Ja, ja, ja!», y se echó á reír; después, poniéndose de repente serio: «Habladurías, exclamó; perdone usted, pero la cosa es tan absolutamente absurda, tan completamente inconcebible, que no puedo darle otro nombre. No puedo admitir la idea ni siquiera como abstracta posibilidad. Una guerra entre España y los Estados Unidos es imposible, créalo usted.» Los sentimientos del Sr. Castelar pocos días después podían haber tenido mucho parecido con los de aquel general americano que, durante la guerra de secesión, intentó tomar cierta fortaleza en el Sur y no lo consiguió. Volvió á la Cámara de representantes, de que formaba parte, y allí pronunció un elocuente discurso pretendiendo demostrar que la fortaleza en cuestión era absolutamente inexpugnable. El muy aplaudido discurso fué interrumpido por el Presidente Lincoln para dar lectura de un despacho que se acababa de recibir anunciando que se había tomado la fortaleza con pocas pérdidas. Aunque pueda parecer paradójico, no es menos cierto que la causa de la dinastía gana casi tanto con la oposición de los republicanos como pierde con la defensa de sus amigos.

El partido liberal en España, muchos de cuyos jefes hicieron su aprendizaje político en la escuela republicana ó revolucionaria, se diferencia del de los republicanos regulares sólo en ser más práctico, en ser «cuerdo en su casa» y en no

sentir nunca escrúpulos en pactar con el Mammon de la Iniquidad. De los conservadores se distinguen en que rechazan con santo horror los principios antiliberales y anticuados que este partido predica, mientras que imitan y hasta llevan al más extremado rigor las prácticas antiliberales de éstos. Sería imposible realizar y difícil concebir algo más brillante, humano y vacío que las frases del partido liberal, algo más plausible ó más peligroso que su diplomacia, algo más especioso y ruinoso que sus planes económicos, algo más leal y más comprometedor que su defensa de la dinastía. Un diplomático extranjero con quien hablé hace poco caracterizaba la obra del partido liberal de la manera siguiente: Tomó las riendas del poder á tiempo en que la insurrección de Cuba estaba agonizando, cuando tenía los medios de aplastarla en pocos meses, cuando todavía era posible y hasta fácil contener, dentro de los límites de la diplomacia, las desavenencias entre España y los Estados Unidos; cuando ni el más remoto peligro amenazaba á la dinastía, cuando la hacienda pública podía colocarse sobre una base fuerte y estable y cuando podría haber inaugurado una nueva era de prosperidad. Pues antes de seis meses había abandonado deliberadamente todas estas ventajas sin recibir nada en cambio; se había sometido á lo que toda España ha calificado unánimemente de humillantes condescendencias; había denunciado como cruel asesino al General español más leal, adicto y afortunado; había permitido que un diplomático digno y respetable fuera insultado por los yanquis, castigándole después para complacer á los enemigos de su patria; había condenado la política colonial de sus antecesores como inhumana y rapaz; se había puesto á sí mismo y al Reino á los pies del partido americano de la guerra, dando motivo á los estadistas de la república para esperar de él toda concesión, por humillante que fuera; había recibido con cuchufletas los augurios de una guerra próxima, chanceándose diariamente sobre este asunto con activos corresponsales; no había hecho caso de los consejos de Generales, Almirantes y periodistas para que atendiera las defensas de Manila; había retirado gran número de tropas de Filipinas; había descuidado com-

prar carbón hasta que su coste se elevó en más de 250 por 100; había metido en la cárcel á ciudadanos españoles por gritar ¡viva España!; había sido arrastrado á la guerra mientras soñaba con la paz; había prometido solemnemente victoria al pueblo, y cuando en vez de esta prometida victoria se anunció el cruel desastre, facilitó unos despachos oficiales que entusiasmaron al público con la supuesta derrota del enemigo. Permaneció indiferente espectador de la exportación del alimento del pueblo y proclamó la ley marcial cuando los infelices hambrientos se quejaban de hambre; procuró levantar fondos arruinando la hacienda para el porvenir, y así sembró la semilla de una futura guerra civil que haga perpetua la desgracia de España. Si la Nación hubiera estado en completa anarquía, no habría sido presa más fácil del enemigo. Los 700 bravos españoles muertos en Cavite recuerdan los holocaustos humanos ofrecidos en el altar de un dios colérico. El pecado del Rey David al mandar á Urías Hethéo para que le pusieran en el sitio más peligroso del combate con objeto de que lo mataran fué insignificante comparado con el crimen de sacrificar inhumanamente al valiente capitán Cadarso y la mejor sangre de España. Estos mismos juicios se han expresado repetidas veces hasta por periódicos de Madrid tan liberales como *El Imparcial* y *El Liberal*, para no hablar de los representantes en la prensa de otros partidos.

Pero lo que es absolutamente cierto es que el Gabinete liberal alteró totalmente la política de sus antecesores, no porque lo exigieran las circunstancias, sino á consecuencia de la presuntuosa confianza que tenía en su acción diplomática. Las razones para esta presunción pueril son varias, pero la principal de ellas es la exagerada importancia que el señor Gullón, Ministro de Estado, atribuyó á ciertos consejos y opiniones que le expresaron algunos diplomáticos extranjeros. El «estadista» español, como todos sus compatriotas, está dotado de un gran tacto natural, que es cualidad inapreciable en un diplomático de profesión, pero conociendo imperfectamente las lenguas y los pueblos extranjeros, é incapaz de reducir las diferentes «seguridades é intimacio-

nes» de franceses, austriacos, rusos ú otros estadistas á un común denominador diplomático, tiende siempre, con frecuencia de una manera inconsciente, á interpretar las palabras de aquéllos en el sentido que mejor se armoniza con sus propios pensamientos y deseos. Es indudable que Europa deseaba evitar la guerra—cada nación por razones peculiares—y los Sres. Moret, Gullón y Sagasta concluyeron que, puesto que había ese deseo, la solución sería necesariamente pacífica, y en consecuencia adoptaron la política de atender las sugerencias de Europa. La cuestión de si Europa podría y querría aceptar la responsabilidad de las consecuencias, en el caso de que los consejos resultasen ineficaces y las consecuencias desastrosas, parece que nunca se tomó seriamente en consideración. Sin embargo, hubiera sido natural, político y patriótico disponerse para la guerra. Los Estados Unidos estaban preparando una venganza, y para aquellos que conocían esta nación era clarísimo, mucho antes de la explosión del *Maine*, que el árbitro de la paz y de la guerra era allí el pueblo, y no el General Woodford ni el Presidente Mac Kinley, y que el sentimiento del pueblo propendía fuertemente á la guerra. El Gobierno español también perdió mucho por la circunstancia de que algunos de sus representantes en el extranjero desconocen la lengua, costumbres y psicología del pueblo en que viven, lo mismo que los «estadistas» que no han salido de Madrid.

Tuve el honor de conversar con el Sr. Gullón sobre Cuba y los Estados Unidos unos quince días antes que estallase la guerra. Sentíase optimista, satisfecho y jovial. La impresión que dejó en mí fué la de un volatinero en cuerda tirante, sano, robusto y hábil, que estando sobre las cataratas del Niágara, fingiera resbalar y se quedara colgado de los pies para dar una prueba más de la perfección con que había dominado todas las tretas de su arte y gozarse con el susto de sus espectadores. Por supuesto, todavía creía firmemente en la paz. Algunos días después—en realidad, casi la víspera de la marcha del General Woodford,—la misma alegre satisfacción prevalecía en el Ministerio de Estado, donde, tengo razones para saberlo, se confiaba plenamente que todo queda-

ría pacífica y satisfactoriamente arreglado con los Estados Unidos dentro de tres ó cuatro días, precisamente para cuando había de estallar el conflicto. No hubiera creído posible que hombres en su sano juicio mantuvieran tales miras optimistas en aquel momento crítico, pero es imposible dudar del hecho al ver que después lo confesó públicamente el señor Moret en el Congreso español, y desgraciadamente lo atestiguó también la matanza de más de 700 españoles en Cavite, para cuya eficaz defensa ningún preparativo se hizo.

De un Gobierno que tan firme como infundadamente creía en la paz y que sacrificaba la integridad nacional á la exactitud de esta superficial previsión, no podía esperarse que condujera la guerra con mucha confianza ni con buen éxito. Sin embargo, es de interés psicológico hacer notar que no era la confianza la que faltaba, sino los motivos en que fundarla y los hechos que la justificasen. El Gabinete del Sr. Sagasta esperaba, en efecto, la victoria en la guerra con los Estados Unidos; y no obstante, sabía acerca de las lamentables condiciones del conflicto mucho más de lo que sospechaban los extraños. Pero creía en milagros. Tómense las defensas de Filipinas por ejemplo. Los extranjeros sabían de ellas poco ó nada, pero los colegas del señor Sagasta, los Ministros de la Guerra y de Marina, estaban bien al corriente de la amarga verdad. Sabían, por ejemplo, porque se había dicho y repetido muchas veces, que la entrada de la bahía de Manila estaba provista «de las mismas defensas que los primeros descubridores del país encontraron cuando llegaron allí, hace cuatrocientos años. Hasta Agosto último, dice el Almirante D. Joaquín Lazaga, no había allí ni un solo cañón ni la menor obra defensiva ú ofensiva. Todo estaba y todo está aún en su condición primitiva; nadie ha puesto atención en asunto de tanta importancia» (1). Todo el que había estudiado la cuestión sabía que podía cerrarse prácticamente la entrada de Manila estableciendo gruesas baterías en la costa de Mariveles, Corregidor y Punta Restinga. «Las defensas de Cavite consisten, dice el Almirante Lazaga,

(1) *La Correopondencia de España y El Nacional*, 11 Mayo 1898.

en una débil y no terminada muralla, falta de cañones, y en una batería naval en el extremo del arsenal con cuatro cañones Armstrong. Esto es lo mejor que tenemos para defendernos. En la extremidad Sangley se está construyendo una batería, que se proyectó cuando el conflicto de las Carolinas, y no está todavía concluída» (1). Se habían escrito cartas al Gobierno, se habían publicado en la prensa artículos llamando la atención de las autoridades para que pusieran las Filipinas en estado satisfactorio de defensa.

Pero en vano. El Gobierno empeñaba su reputación á que se conservaría la paz—lo cual era perfectamente lícito—y también arriesgaba las vidas y fortunas de millares de españoles en este acontecimiento, lo cual sus compatriotas tienen motivos para no considerarlo tan lícito. La prensa, reflejando los deseos del país, pidió entonces al Presidente del Consejo de Ministros que prescindiera de su colega de Marina, cuya exquisita cortesía y sencillez infantil son cualidades deliciosas y recomendables en los salones de Madrid, pero insuficientes para ponerle en condiciones de dirigir un conflicto naval con los Estados Unidos. Pero el Sr. Sagasta no hizo más que sonreír con aquella peculiar sonrisa suya, que recuerda el sol de Diciembre en un desierto de la Siberia, y se agarró con más tenacidad al Ministro de Marina.

Entonces vino la noticia de que se aproximaba el combate naval de Cavite, para el cual, como el Gobierno no ignoraba, la escuadra española contaba sólo con barcos de madera, provistos de cañones que no eran otra cosa que pistolas de juguete comparados con los que tenía el enemigo.

También sabía que debían y podían haberse colocado torpedos en la bahía de Manila; que debían haberse puesto minas para impedir la entrada, pero no se pusieron; que debía haberse dispuesto de reflectores, y que no teniendo ninguno de estos preparativos, el choque inminente no sería una batalla naval, sino una cruel é inútil matanza de valientes. Es difícil á un europeo medir las tortuosas profundidades del alma oficial en España. Lo cierto es que cuando un

(1) *Ibidem.*

diputado, el Sr. Gasset, mencionó en el Parlamento las defensas de Filipinas la víspera del combate de Cavite, el dulce y bondadoso Ministro de Marina se levantó y dijo que nada había descuidado para que aquellas defensas fueran lo que debían ser, y que «muy pronto brillaría el sol de la victoria é iluminaría el país». Y el pueblo, creyéndole, se consoló, porque es candoroso y crédulo. Es indudable que el Ministro estaba convencido de que la escuadra española había de triunfar de los barcos enemigos, porque él mismo lo aseguró. Y en el ominoso 1.º de Mayo, cuando se recibió en Madrid la mala nueva, los Ministros, leyendo el telegrama á través de los sonrosados cristales de sus esperanzas, lo interpretaron como si significara una victoria sobre los yanquis. Sin embargo, los periódicos *El Nacional* y el *Heraldo* aclararon perfectamente el verdadero sentido del despacho. Un Ministro de la Corona entonces, para mitigar su dolor, se fué á la corrida de toros y otro se puso á extender, *in usum Delphinis*, el parte «oficial» del combate para edificación de las provincias. La censura suprimió los telegramas particulares y el despacho oficial se redactó con tanta habilidad que el pueblo de la Habana, así como también muchas ciudades de España, hicieron públicas demostraciones de frenético entusiasmo por la señalada derrota de los yanquis. La razón de este proceder nadie la ha explicado todavía, pero no puede atribuirse á la sencillez infantil de los Ministros, que son los representantes oficiales del partido político que alardea de su amor á la luz y á la verdad.

Cuarenta y ocho horas después de haber profetizado la victoria de la armada española el Sr. Bermejo, el bondadoso Ministro de Marina se levantó en el Parlamento á dar explicaciones. El republicano Sr. Salmerón y el carlista señor Lloréns le habían atacado porque la «victoria», que había consistido en la total destrucción de la escuadra española, no era precisamente lo prometido. Las explicaciones del Ministro eran clarísimas y completas. Dijo que la bahía de Manila no podía protegerse en modo alguno y su colega del departamento de la Guerra añadió que los barcos se batían á tal distancia que las baterías de tierra no podían

alcanzarlos y que se tardaría muchos años para montar en las costas cañones eficaces. El Ministro de Marina insistió también mucho en el importante hecho de que habría sido completamente inútil poner torpedos en la bahía; y en su peroración añadió que había acabado de enviar 150 torpedos, los cuales estaban *ahora* en camino para Filipinas.— ¡A buena hora!—exclamaron los diputados. Ninguno de éstos llamó la atención sobre el hecho de que los torpedos, que según el Ministro eran completamente inútiles antes de que se realizara el «combate», se enviaran después de éste y cuando ya nada quedaba que defender. El Ministro de Marina se lamentó públicamente de que la entrada de la bahía tuviera seis millas de anchura, pero olvidó que la isla del Corregidor y las posiciones de El Fraile y La Monja acortan esta anchura considerablemente.

El Congreso se puso entonces á discutir la cuestión, no de impedir inmediatamente la repetición de semejantes faltas durante la guerra, sino de distribuir responsabilidades. El Sr. Salmerón y los republicanos acusaban á la monarquía de haber causado el desastre; los Ministros acusaban á la Providencia ó á la naturaleza que había formado la entrada de la bahía de Manila de una manera tan desfavorable á su barata y eficaz defensa; el Sr. Romero Robledo afirmaba con más exactitud que oportunidad que era culpable el partido liberal; la mayoría parlamentaria declaró que nadie era culpable, y en todo caso que lo sería Cánovas del Castillo, que estaba pudriéndose en la sepultura. Mientras tanto los hombres de buen sentido pensaban y decían que la vida será imposible á España hasta que desaparezcan de una vez para siempre todos aquellos partidos é instituciones que han reducido á la miseria al labrador con el pretexto de la defensa del Reino, han derrochado el dinero en el cohecho y la corrupción y han puesto á la Nación frente á frente con la ruina política. Un dictador militar que limpiara el país de políticos atacados de flujo retórico y de otras enfermedades peores y gobernara con mano firme y cabeza clara es lo que á menudo han pedido los hombres honrados, que no se cuidan para nada ni de política ni de partidos.

El partido liberal en general, y los Ministros Moret (1), Sagasta y Gullón en particular, según españoles competentes afirman, han conseguido dar el *golpe de gracia* á las instituciones parlamentarias, reduciéndolas al absurdo. Como he indicado ya, el sistema parlamentario nunca se ha aplicado seriamente en la Península, donde se ha dicho que es poco más que una agencia por medio de la cual unos 400.000 hambrientos se ponen en condiciones de saciar su apetito y de sostener á sus familias á costa de la población trabajadora. El pueblo español no tiene otro conocimiento ni otra experiencia del sistema. Año tras año los jóvenes recién salidos de las Universidades, donde las ciencias, las lenguas modernas y la historia se conocen sólo de nombre, llegan á Madrid con las manos en los bolsillos, frases de relumbrón en la cabeza, pero al poco tiempo sus bolsillos se llenan de pesetas y sus cabezas se coronan con laureles parlamentarios. La mayor parte de los individuos del Gabinete Sagasta, que se vieron arrastrados á esta guerra lamentable, fueron hombres de talento y de porvenir, que llegaron, vieron y conquistaron la fortuna. Hasta que alcanzaron el poder después de la muerte de Cánovas, el Gobierno parlamentario había sido una farsa grosera; pronto lo trasformaron ellos en una tremenda tragedia.

Éstas instituciones parlamentarias y los estadistas que las dirigían fueron los que prepararon el camino á la rebelión. La insurrección cubana había sido prevista. Fué provocada por los discursos en favor de la autonomía y alimentada más que por la severidad por la laxitud y licencia criminales de los sucesivos Capitanes generales españoles, que locamente dieron carta blanca á los inquietos naturales para organizar el movimiento con cuidado y previsión.

Así el General Salamanca había permitido á Maceo, jefe rebelde, volver á la isla, donde una vez se olvidó de sí mismo hasta el punto de amenazar al General Chinchilla con retirarse al monte acompañado de 10.000 rebeldes de infantería y 2.000 de caballería y proclamar la independencia del país

(1) El último Ministro de Ultramar y el primer charlatán de la Península.

si no se le proporcionaba cierta cantidad de dinero. El General no tomó medida alguna para impedirle que realizara la amenaza, pero en cambio toleró sus discursos sediciosos en banquetes patrióticos, cuya moda se fué extendiendo. El General Polavieja, soldado de la escuela militar de Weyler, expulsó á Maceo en 1890, pero el Gobierno de Madrid le castigó por su rigor haciéndole regresar á la Península. El General Calleja siguió una política contraria á la de su antecesor, y permitió que turbas armadas gritasen en las calles de la Habana «¡Viva Cuba independiente!»

Su propio médico, cubano, le aseguró que sus paisanos se estaban preparando para dar el golpe decisivo en favor de la separación, pero el bueno del General todavía permaneció como espectador indiferente cuando se le dió palabra de que no sobrevendría el diluvio cubano hasta que él se hubiera sacudido el polvo de la isla. Todo esto parece increíble al extranjero, que continuamente ha oído hablar de la intolerable opresión española.

No habría opresión, sino corrupción solamente, pero no por sistema.

Los abusos eran numerosos y desagradables, pero los mismos cubanos tenían empeño en perpetuarlos. Es un hecho elocuente que de todos los empleados oficiales que había en la isla de Cuba, sólo el 20 por 100 eran españoles, mientras que los demás eran insulares. La fuerza y la apariencia de demasiado rigor era lo que á todo trance tenía empeño en evitar el Gabinete español, y este empeño fué la ruina del Reino.

Cuando estalló la insurrección hace poco más de tres años, todos menos los estadistas españoles comprendieron que se acercaba el principio del fin y que, como no se sofocase rápidamente, el levantamiento se extendería, crecería y culminaría en la pérdida de la última colonia americana. Era bien sabido que el único General enérgico á quien podía confiarse la tarea de aplastarlo de una manera pronta y eficaz era Weyler, Marqués de Tenerife.

Pero el General no era persona grata en los altos círculos de Madrid, mientras Martínez Campos gozaba en ellos de

plena confianza y favor. Este último fué, por consiguiente, enviado á Cuba, menos á batir la insurrección que á acabar con ella, á la manera de Browning Ogniben, empleando el oro como auxiliar de las artes de la persuasión.

DR. E. J. DILLON.

(Concluirá.)

LA ASOCIACIÓN

Los adelantos de todos los ramos de la actividad humana se deben á la asociación. Sin su auxilio poderoso, el hombre no hubiera llegado nunca á disponer de las fuerzas de la naturaleza, ni recorrido, por consiguiente, las etapas de la vida de cazador y de pastor, para llegar más pronto ó más tarde, según las utilizaba ó desaprovechaba, á la de agricultor é industrial, con lo que ocupó la plaza preferente que le designó Dios al crearlo, provisto de medios para cumplir sus altos fines, si utilizaba aquéllas convenientemente. Los obstáculos que la humanidad ha encontrado y encuentra aún en su camino, no son imputables á la sabiduría divina, sino á las deficiencias con que el hombre se sirvió y se sirve de la inteligencia y de las manos, dones preciosos, que si hubiese empleado siempre bien, le habrían proporcionado los medios de removerlos fácilmente.

La asociación se subdivide en natural, ó sea la que se forma espontáneamente como consecuencia necesaria de las leyes establecidas por Dios para el aumento de la especie humana y de los medios de subsistencia, y en voluntaria, que corresponde á las convenciones de los hombres. La primera es inmutable, y no necesita estímulos ni reformas, lo cual evidencia, sin género alguno de duda, los fracasos de las que se han imaginado en todas partes. La segunda, en cambio, variable en el espacio y en el tiempo de acuerdo á los estados sociales, tiene que favorecerse por cuantos medios sean posibles, pues multiplica hasta lo sumo la potencialidad humana.

La manera sencilla é inmutable del funcionamiento de la primera de dichas subdivisiones resulta evidente, si se medita un poco respecto de gran número de objetos de que nos servimos todos los días, y más especialmente del periódico que nos informa un día tras otro de las controversias políticas y de los acontecimientos del mundo entero. Para facilitarnos esos conocimientos, algunos individuos tuvieron que dedicarse con anterioridad, á descubrir y preparar la explotación de minas de combustible y otros minerales, los cuales consumieron capital, economizado de beneficios anteriores, y diferentes productos, que no eran tampoco obra suya, sino de otros individuos.

Los capitales y los obreros empleados en la explotación de las minas se encontraron en igualdad de circunstancias, y en las mismas los que transportaron el combustible y los minerales á las fundiciones, lo que no hubieran realizado, si otros no lo hubiesen hecho factible, construyendo antes los medios de comunicación de todas clases. Es aplicable lo dicho á los constructores de las máquinas, á los fundidores de los tipos, á los que recogieron los trapos ó las primeras materias para el papel, á los fabricantes de éste, á los accionistas del periódico, al director y redactores, al editor, á los operarios de todas clases que intervienen en su confección, y por último, á los repartidores ó vendedores que lo ponen al alcance del lector. Y es más asombroso aún que el precio insignificante, por regla general, de adquisición remunere tantos trabajos y capitales empleados directa ó indirectamente.

Esta asociación natural y espontánea, sin convenciones humanas, considerada en su mayor generalidad, parece dar la razón á la teoría del *laissez faire, laissez passer* de los fisiócratas, aceptada como dogma por la escuela librecambista. Analizada, sin embargo, en todas sus partes, proporciona la prueba más convincente de la necesidad de proteger el trabajo nacional en todas sus manifestaciones. Si se examina desapasionadamente, sin prejuicio de escuela, la situación real y positiva en que se encuentran hoy los diferentes países del globo, se adquiere el convencimiento de que los adelantos de la agricultura de alguno de ellos, y más especialmente los de

las industrias, se deben en primer término á la gran protección que disfrutaron en el período de la aplicación de la hulla como combustible y del vapor como fuerza motriz, con lo que aumentaron los medios de producción y mejoraron la de todos los ramos de la actividad. Disponiendo de grandes capitales y ayudadas poderosamente sus industrias por la maquinaria más eficiente, es natural que sus productos puedan competir con los similares en todos los mercados, y hasta llegar á imposibilitar la producción en los países que no tienen esas ventajas. ¿Son exclusivas, por ventura, las referidas ventajas de tiempo ó lugar, ó de determinada latitud ó posición geográfica? De ninguna manera. La humanidad no hubiera podido ni podría cumplir el precepto divino de *multiplicarse, henchir la tierra y sojuzgarla*, si la producción estuviese limitada por otras causas que las climatológicas.

¿Hay alguna otra razón que abone la supremacía de las industrias inglesas? Respecto de la siderúrgica podrá decirse, que dispone de combustible barato por la proximidad de unas y otras minas; pero no es motivo suficiente, y mucho menos para hacerse extensiva á todas, y con especialidad á la algodónera, en que tanto sobresale; y que estas ventajas son accidentales lo prueban las reclamaciones de la Cámara de comercio de Manchester, el santuario del libre cambio, para que *las mercancías similares á las producidas en el Reino Unido, que se ofrecen á la venta en sus mercados, se las grave con un impuesto semejante á los que hubiesen satisfecho de haberse producido en el país*. Una petición tan extraña, recibida con grandísima oposición, no se detendrá en su camino á pesar de tratarse del país librecambista por excelencia. Es el primer paso para llegar á solicitar la protección, si no de todas, de las industrias que ven reducida la venta de sus productos por la competencia de similares extranjeras en el mercado interior.

La referencia á Inglaterra no se ha hecho por inquina que se la tenga, sino porque sirve siempre de ejemplo á la escuela librecambista para ensalzar las ventajas de la política comercial que preconiza, sin haberse fijado en que Irlanda forma parte integrante del Reino Unido, y su situación gravísima en

vez de mejorar empeora más y más cada día, sin que se pueda culpar de ello á los irlandeses, porque en los Estados Unidos, en el Canadá y en todos los países adonde emigran, forzados por la necesidad, se distinguen por su sobriedad y por su perseverancia y disposición para toda clase de trabajos físicos é intelectuales.

No hay, pues, razón ninguna para que se quiera limitar la producción fabril á ciertos y determinados países, cuando la Providencia no estableció tal distinción, como lo prueba que en diferentes latitudes y continentes prosperan las industrias, mejorando las condiciones morales y materiales de sus habitantes, siempre que se proteja, como se verifica en los que se encuentran en ese caso, el trabajo nacional de la *inundación* de productos similares extranjeros, por los perjuicios que ocasionan. Los países no pueden ser agrícolas ó industriales; si no se combinan en ellos convenientemente uno y otro trabajo, el aumento de la población y de la riqueza son imposibles.

Si se quiere la prueba y la contraprueba de la oposición fundadísima de nuestra escuela á la teoría del *laissez faire, laissez passer*, Egipto las ofrece irrefutables. Los Faraones no debieron considerar error crasísimo el oponer obstáculos al libre curso del Nilo, su río-dios: es decir, evitar sus funestas consecuencias, porque dedicaron su actividad y la de su pueblo, durante muchas generaciones, á regularizar el curso del río y á construir canales para conducir convenientemente las aguas de la crecida periódica. Á medida que avanzaban estos trabajos, los pantanos se convertían en tierras cultivables, y como consecuencia del aumento de la producción, el de la población y el de los adelantos sociales. No consiguieron enteramente el fin perseguido, porque no siendo uniformes las inundaciones, los años que era abundante quedaban las tierras cubiertas de agua, y en los que era escasa no alcanzaban á todas, motivos ambos de deficiencias de las cosechas, que hacían sentir más sus funestas consecuencias á medida del acrecentamiento de la población. En la época del Faraón Amen-em-ha-t III se construyó un pantano, lago le llaman los historiadores, en las gargantas de las montañas de la Libia, al Norte de Menfis, para depositar el exceso de las aguas cuando la

crecida fuese grande, y de donde se tomasen las que faltaran á las escasas. Transformado por estos trabajos el valle y el delta del Nilo en uno de los países más fértiles del mundo, llegó á ser el primer centro, ó coetáneo del de la India, de la civilización antigua.

Descendido de su rango por efecto de las invasiones de tantos pueblos diversos, ninguno de los que lo han dominado desatendieron la conservación de las obras de los Faraones; y si en cultura ha alcanzado en nuestros días, el poco envidiable nivel de los de creencias musulmanas, su producción agrícola continúa siendo susceptible siempre de grandes rendimientos. Si se dejase, no obstante, que se cegasen los canales y el lago Meri, el Nilo volvería á enseñorearse del país, convirtiéndolo en pantanos infectos, habitables sólo por hipopótamos y cocodrilos, como lo encontró Mizrain, hijo de Cham, al establecerse en él, según la Biblia, y los Arrias al dar por terminada su emigración, emprendida al separarse de la raza madre en la meseta central de Asia, sus segundos habitantes, conforme opinan otros historiadores.

La asociación voluntaria encontró en la época antigua y en los siglos medios para su desarrollo, las grandes dificultades de las castas, de los privilegios y de lo deshonroso que se conceptuaba el trabajo. En tales condiciones, la individualidad no podía acrecentarse, y la mayor parte de las aptitudes de los hombres permanecieron latentes por no encontrar ocasión de mostrarse, y utilizarse convenientemente para el individuo y para la sociedad; y cuando la individualidad se restringe, cualquiera que sea la causa, la asociación voluntaria no puede aumentarse en la cantidad indispensable para toda clase de adelantos.

Los científicos son muy importantes; pero hay que convenir con Bentham, que es más ventajoso el vulgarizarlos que el adelantarlos. Convencidos de esta gran verdad, por más que no lo estemos en todo con el filósofo inglés, trataremos la asociación voluntaria desde el punto de vista de la ciencia social con relación á nuestro país, porque las ideas beneficiosas, aunque se enuncien defectuosa ó deficientemente, no por eso dejan de fructificar á su debido tiempo, transformando las

sociedades de la manera necesaria para que la marcha de la humanidad continúe el camino que le designó el Criador de todas las cosas. La soberbia humana ha querido muchas veces marcarle otros derroteros. ¡Intentos vanos! Se han estrellado y se estrellarán siempre contra una imposibilidad invencible. ¡La voluntad divina, que no deja al acaso la prosecución de su obra!

El carácter indomable, especialísimo de nuestra raza, y lo poco que le preocupó siempre el día de mañana, son la consecuencia lógica del estado perpetuo de guerra en que vivió en todas las edades. Asimilados á los primeros pobladores los celtas y los iberos, después de cruentas luchas, abordaron á nuestras playas los fenicios, los griegos, los cartagineses y los romanos, lo que motivó nuevas guerras, que no terminaron hasta que los celtiberos se trasformaron en hispano-romanos, con originalidad y carácter distintos á los del pueblo-rey, como consecuencia de su primitivo estado y del substrátum de las civilizaciones con quienes tanto había luchado anteriormente. No fué duradero el reposo, si se compara con los adelantos realizados. Los pueblos del Norte franquearon la barrera de los Pirineos, y terminó la Edad Antigua establecida ya en España la monarquía visigoda. Los dominadores fueron dominados por la mayor cultura de los hispano-romanos, y cuando se compenetraron al fin los dos pueblos, la ocupación sarracena le infiltró nuevos gérmenes, y al finalizar la guerra de la reconquista, en la que empleó el resto de la Edad Media, apareció con todo su esplendor y virilidad el pueblo español.

Restablecida la unidad nacional, los Reyes Católicos dedicaron preferente atención al desenvolvimiento de los intereses morales y materiales, y se debió á sus sabias disposiciones los grandes adelantos de la agricultura y de las industrias. A la feria de Medina del Campo y á los muelles de Sevilla y de Barcelona acudían mercaderes de todos los países á proveerse de nuestros ricos productos, muy solicitados entonces en el mundo. La medida antieconómica de la expulsión de los judíos principió á dificultar la asociación voluntaria, dificultad que aumentó después considerablemente la emigración á

América, la demanda constante durante varios siglos de hombres para los ejércitos, que no cesaron de combatir en guerras extranjeras, sin interés ninguno para el país, y la expulsión de los moriscos, más impolítica que la de los judíos, porque se apreciaban ya los efectos palpables de la decadencia por la falta de población. Los tesoros venidos de América, en vez de fecundizar los gérmenes de la producción, causaron su completo aniquilamiento, porque se abandonó toda clase de trabajos; las manos muertas eran casi las únicas propietarias de los campos, y el aniquilamiento del país era extraordinario al finalizar el reinado de Carlos II. Se inició una gran transformación en los siguientes que no llegó, sin embargo, á completarse por la tendencia guerrera y por no haberse atacado con mano más fuerte á los privilegios, causas de perjuicios enormes, á pesar de las ideas enciclopedistas de algunos ministros. Las desamortizaciones decretadas aumentaron bastante los propietarios, las industrias iniciaron sus progresos, y sin la mala administración y los desaciertos de los reinados de Carlos IV y de Fernando VII, las guerras y revoluciones que provocaron y la pérdida del continente americano, se hubiese evitado probablemente la guerra civil á la muerte de este último monarca, y encontrado menos dificultades los Gobiernos liberales para establecerse y transformar por completo la sociedad, asentándola en base más sólida que el capricho de los personales, cualquiera que sea la denominación con que se les designe.

Sin la virilidad de nuestra raza, la decadencia, por efecto de tantos errores y desastres, hubiera sido indudablemente mucho mayor y de consecuencias más fatales. Garantida, aunque no siempre con eficacia, la libertad individual; rotas las trabas que imposibilitaban el trabajo libre; desamortizada la propiedad rústica y urbana, sin que el fin beneficioso justifique todos los medios empleados; abolidos los privilegios; reformada la hacienda; reorganizada la administración, aunque en un sentido funesto de excesiva centralización; reconocidos la libertad de conciencia, la de la prensa y los derechos de asociación y de reunión; y liquidadas las consecuencias de tantos errores, guerras y revueltas intestinas, la Na-

ción se reanimó como si despertase de un letargo penible, llamando en su auxilio todas sus energías, por la necesidad de proporcionarse los recursos indispensables para atender á las del presente y á las eventualidades del porvenir. La protección del trabajo nacional influyó beneficiosamente en el acrecentamiento de la producción en sus múltiples manifestaciones y, como consecuencia necesaria, el de la población y el de la riqueza, no obstante el aumento constante de los impuestos pedidos por los Gobiernos, los que no se han empleado siempre, como era procedente, de una manera reproductiva.

Las guerras coloniales y la promovida por el Gobierno de los Estados Unidos, que no existen términos bastante duros como sería necesario para calificarla, han exigido y tendrán necesariamente que exigir grandes sacrificios de hombres y de dinero, y la previsión humana no puede anticipar las consecuencias de sus liquidaciones el día que volvamos a disfrutar los beneficios de la paz.

La crisis es agudísima, pero si se reflexiona un poco en lo que dejamos esbozado más arriba, habrá que convenir existieron otras no menos terribles, las que dominó la virilidad de la Nación ayudada de la Providencia, la cual no nos abandonará esta vez, cuando nos asiste la razón y la justicia.

Hemos desmentido de la manera más terminante la creencia del mundo de que estábamos decadentes y de que éramos pobres; es indispensable demostrar también que nuestro país no sólo tiene alientos, sino medios para reponerse de los mayores quebrantos.

Si esta crisis modifica, como puede hacerlo, los defectos ingénitos ó adquiridos de nuestra raza, podría considerarse menos desastrosa, si fuera posible remediar la pérdida sensible de tantas vidas, que no se reponen con la facilidad relativa que los quebrantos de la riqueza, de cualquiera clase que sean; y el aumento ó el decrecimiento de la población influye indefectiblemente en el mismo sentido en la producción.

Los dos factores principales de ella son el trabajo y el capital. El trabajo se facilita mucho con el auxilio de máquinas; pero el capital es insustituible y su abundancia ó escasez re-

presenta el interés bajo ó alto á pagar por su uso, circunstancia muy importante por lo que afecta á la producción y á los precios de todas las cosas. Si con la misma espontaneidad, que no será nunca bastante enaltecida, con que correspondieron todas las clases sociales al llamamiento del Gobierno facilitándole recursos para atender á los gastos de la guerra, quisiesen ahora con mayor motivo, corrigiéndose del vicio de atesorar, poner en circulación las economías que conservasen aún, obtendrían el beneficio de los intereses, y harían al país un gran servicio facilitándole capitales nacionales para el desenvolvimiento de todas sus energías.

No se suponga, porque se incurriría en error, que al señalar un defecto de nuestra raza é indicar el remedio, muy conveniente siempre y más aún en las circunstancias actuales, se hace con la idea preconcebida de favorecer á las sociedades de crédito, grandes ó pequeñas, ó á entidades determinadas. La confianza se inspira ó se consigue en plazo más ó menos largo, pero no se impone por ningún medio artificial; por eso los propietarios de los capitales de que se ha hecho referencia improductivos por conservarlos cada uno en su poder, deben ser los que determinen con libertad absoluta la manera que conceptúen más segura y beneficiosa de ponerlos en actividad, proporcionando un auxilio de mucha consideración á la agricultura y á la industria para proveer el mercado interior de toda clase de productos.

Las importaciones de los últimos años de mercancías similares á las que se producen en el país, si fueron inferiores en cantidad en algunos ramos á las exportadas, se pagaron en cambio á precios mucho más altos, y esas grandes sumas enviadas al extranjero para remunerar capitales y trabajo fueron en perjuicio de los nuestros, lo cual puede evitarse con facilidad, haciendo menos probable que tengan que cerrarse nuestras fábricas por falta de pedidos, pues los harían en aquel caso los centros interiores de consumo.

Exportamos también gran cantidad de primeras materias á precios sumamente bajos, que si no fuese posible transformar completamente en nuestros establecimientos fabriles, son susceptibles de ciertas manipulaciones que, aumentando

su valor, proporcionarían trabajo á nuestros obreros, y la mayor demanda de trabajo es uno de los estímulos poderosos de la asociación, circunstancia muy digna de tenerse en cuenta, y más aún en tiempo de crisis.

El aumento de capitales disponibles influiría indefectiblemente en el del crédito, esa palanca de Arquímedes de los tiempos modernos, de que tan poco nos servimos nosotros, no por falta de conocimiento de sus grandes ventajas para facilitar las operaciones mercantiles, toda clase de cambios y hacer posibles obras importantísimas que sin su auxilio no hubieran podido intentarse siquiera, sino por rémoras de nuestra falta de asociación.

¿Cómo, sin el auxilio del crédito, se hubieran podido reunir de ciento treinta á ciento cincuenta mil millones de pesetas empleadas en la construcción de los ferrocarriles del mundo, y atender á las demandas continuas de capitales de los Estados europeos, que han duplicado sus deudas en los treinta últimos años?

La ciencia social demuestra, sin que se pueda objetar nada, que la asociación es necesaria é indispensable para el aumento de la población y de los productos de todas clases, porque sin ella no pueden combinarse las diferentes aptitudes de los hombres, que son las generadoras del movimiento, del calor y de la fuerza social; y necesita para llegar á su grado máximo, se combinen cerca unos de otros los trabajos agrícolas é industriales para que se aumenten los productos de todas clases, cuanto exija la demanda creciente de ellos por el aumento progresivo de la población y de la riqueza, lo cual no puede realizarse sin la protección del trabajo nacional.

Y no existiendo en nuestro país, como sucede por fortuna, obstáculo alguno que no pueda removerse fácilmente para llegar á ese grado sumo de asociación, tiene que reconocerse la posibilidad del aumento de la producción agrícola é industrial, no sólo para surtir con abundancia el mercado interior á precios beneficiosos para los productores y los consumidores, sino también para presentarse con todos ó la mayor parte de los productos en los mercados extranjeros á competir con

los de las otras naciones; término necesario de la protección, según la escuela á que pertenecemos, y no muralla de la China, como supone la librecambista, para aislarse del concierto universal.

MIGUEL CABEZAS.

(Prohibida la reproducción.)

CONSEJO

Luzbel (que, mientras Dios hizo la rosa,
la espina modeló traidoramente)
en un remanso de agua transparente
vertió al pasar su baba ponzoñosa.

Contemplándose en él Eva curiosa
dejó caer, al inclinar su frente,
la flor que la adornaba, y sonriente
creyó al cristal que la llamaba hermosa.

Cerró los ojos y se vió sin ella
en otro espejo... tímidos sonrojos
sintió, y después mortales agonías...

Cuando el tuyo consultes, niña bella,
para mirarte bien, cierra los ojos,
y quiera Dios que entonces te sonrías.

RICARDO GIL

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Pensées de Tolstoi d'après les textes russes, por OSSIP-LOURIÉ.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1898.*—*En 8.º, XX-179 páginas: 2,50 francos.*

El 9 de Septiembre venidero cumplirá setenta años el conde León Tolstoi. Ossip-Lourié ha creído que el mejor medio de celebrar el aniversario de su ilustre compatriota era poner sus ideas al alcance de todos. Por esto ha resumido toda la obra del célebre pensador en 434 pensamientos independientes, que clasifica del modo que sigue: La vida, el hombre y la sociedad.—La religión.—El poder.—El patriotismo.—El militarismo.—La riqueza.—El trabajo y la felicidad.—La ciencia y el arte.—La instrucción y la educación.—El feminismo, el amor y el matrimonio.—El bien, el mal, la verdad y el ideal.—Varios.—La muerte.

En un prefacio analiza el Sr. Ossip-Lourié la evolución de las ideas de Tolstoi y su importancia moral. Termina el tomo con una bibliografía de Francia y de otras naciones acerca del *Tolstoísmo*

*
* *

Pasaxeiras. Colección de poetas gallegas por JESÚS RODRÍGUEZ LÓPEZ.—*Madrid, 1898.*—*En 8.º, 144 páginas: 2 pesetas.*

Declara acertadamente el autor, en el discreto prólogo que precede á la obra, que «debe escribirse en gallego tal y como se habla por la generalidad de los paisanos». Y así lo hace el Sr. Rodríguez López, con tal destreza y colorido, que los diálogos que pone en boca de los campesinos de la hermosa tierra gallega, parecen tomados por un fonógrafo y admiran por lo reales y verdaderos. En el volumen titulado *Pasaxeiras*, primorosamente estampado en los talleres de Ricardo Rojas, aparecen varias poesías, algunas de las cuales se han hecho ya populares, como la denominada *Un bico*, que ha sido puesta en música. *A malla*, *Chegar a tempo*, *Patria e amor*, *Defensa das mulleres*, *O liño*, etc., demuestran que Rodríguez López es un poeta fácil, inspirado y á más, diestro observador de las costumbres de su querida tierra. *Pasaxeiras* no tardará en agotarse, como los libros que anteriormente publicó el joven escritor é in-

teligente médico. El honrado y laborioso gallego, que tanto ama a su país, se apresurará á saborear las preciosas composiciones del peregrino ingenio lucense.

Advertencia.—A todo particular, casino ó centro cualquiera de las cuatro provincias gallegas, suscrito á la CONTEMPORÁNEA, que nos manifieste deseo de poseer el volumen *Pasaxciras*, le remitiremos gratis un ejemplar. Tal podemos hacer por la generosidad del Sr. Rodríguez López.

*
* *

Colección Elzevir Ilustrada. Ni fu ni fa. Versos de VITAL AZA. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Barcelona, Juan Gili, librero, 1898.—En 8.º, 190 páginas: 2 pesetas.

No hay poeta más ingenioso y espontáneo que Vital Aza; improvisa con una facilidad que asombra, hace reir con chistes que nunca obligan á sonrojarse. La colección de composiciones poéticas que forman este precioso volumen, digno compañero de sus hermanos mayores, léese seguidamente, porque la musa alegre y juguetona del afamado escritor nos distrae por un momento de las desgracias que hoy apenan el ánimo de todo buen español. Pero Vital Aza no es sólo el poeta ocurrente, el hombre que derrama á espuestas la sal; también sabe sentir y hacer sentir; la poesía titulada *¡Un ángel más!* es una joya de delicadeza suma. Quien haya visto morir á algún hijo, no puede leerla sin que asomen las lágrimas á sus ojos.

*
* *

Régularisation du mouvement dans les machines, por L. LECORNU, ingeniero jefe de minas, profesor de la Escuela Politécnica.—París, Gauthier Villars et fils, editores, 1898.—En 8.º, 217 páginas con 53 figuras en el texto: 2,50 francos.

Este tomo, que pertenece á la *Enciclopedia scientifique des Aide-Mémoire*, se halla dividido en dos partes distintas. La teoría de los reguladores de acción directa está tomada de los trabajos del Sr. Léauté y puesta en forma fácilmente accesible. La teoría de los reguladores de acción directa está tomada de una memoria inédita del Sr. Lecornu, premiada con el premio Fourneyron, en 1895, por la Academia de Ciencias de París. Para el caso de la acción indirecta como para el de la directa, el estudio teórico, interesante en sí mismo, llega á conclusiones prácticas, porque permite formular las reglas que deben seguir los constructores para obtener la marcha regular de las máquinas.

*
* *

Otras publicaciones.

Proyecto de un taquímetro auto-reductor (sin limbos), por A. Salazar, ingeniero de montes. Madrid, 1898. En 4.º, 47 páginas con ocho láminas.—Toda la prensa profesional ha dedicado extensos

artículos á estudiar el nuevo é importante taquímetro que ha ideado el ingeniero Sr. Salazar. Realmente con su invento, fruto de sus pacientes labores y clarísimo ingenio, presta un servicio extraordinario á la ingeniería, facilitando por modo singular el levantamiento de planos. Al Sr. Salazar, que es tan inteligente como modesto, debe concedérsele una recompensa honorífica y proporcionársele los medios necesarios para que lo antes posible se construya el citado taquímetro. Aquellos de nuestros lectores que se dediquen á esta clase de trabajos deben apresurarse á conocer la memoria que el Sr. Salazar, que tanto honra el cuerpo de Montes, acaba de dar á luz, porque de ella sacarán provechosa enseñanza y se convencerán de la gran utilidad que ofrece el repetido taquímetro auto-reductor.

Les agglomérations urbaines, por el Marqués de Nadaillac. París, 1898. En 4.º, 32 páginas.—El ilustre é infatigable autor de este folleto examina los inconvenientes que presentan las aglomeraciones urbanas, aduciendo multitud de datos y observaciones; propone oportunos medios para remediar el mal. Si nos es posible, traduciremos y publicaremos íntegro el excelente trabajo del Sr. Marqués de Nadaillac.

Rivista d'Italia.—Se publica mensualmente en Roma en cuadernos de 200 páginas y con preciosos grabados fuera del texto. No cuesta más que 25 liras (oro) al año en los países de la Unión postal. En el número del 15 del mes pasado inserta, entre otros artículos, los siguientes: *El amor de Leopardi*, por G. Chiarini; *Porvenir económico de Italia*, por Zétético; *La prueba* (novela), por Grandi; *Leyenda y poesía franciscana*, por T. Casini.

Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Diego Ollero el día 29 de Junio de 1898. Madrid, 1898. En 4.º, 90 páginas.—Notabilísimo de todas veras es el discurso del docto General Ollero, en el cual desenvuelve magistralmente el tema que sigue: «Los progresos de las armas de fuego en su relación con las ciencias matemáticas». Hizo un detallado estudio histórico acerca de las distintas armas de combate que se han empleado, desde las muy toscas de la antigüedad, hasta las perfeccionadas máquinas de acero que producen hoy las fábricas de armas. Evidenció lo necesario que ha sido facilitar recursos y hacer determinadas investigaciones para producir los modernos elementos con que se guerrea. El Sr. Ollero, que concluyó con un elocuente saludo á nuestras heroicas fuerzas de mar y tierra, demostró una vez más que es un científico de primer orden y que merecidamente disfruta de envidiable reputación en el brillante cuerpo de Artillería. La sabia corporación de la calle de Valverde está de enhorabuena por contar en su seno con persona de tales prendas.

No menos digno de encomio es el discurso del Sr. Arrillaga, quien hizo gala de su profundo saber en las difíciles artes de la guerra. Oyéndole no parecía, como es, entendidísimo ingeniero de montes, sino artillero de vastísimos conocimientos. Al discurrir tan oportunamente como lo hizo sobre los ingenios de guerra, con tal

firmeza y gallardía se expresaba, que cautivó al auditorio y le mantuvo pendiente de sus labios. Uno y otro académico fueron aplaudidos y felicitados con entusiasmo.

Escuela provincial de Bellas Artes de Cádiz. Solemne apertura del curso de 1897-1898. En 4.º, 57 páginas con muchos grabados y Cuadros.—Contiene una bien escrita memoria sobre el estado y marcha de la Escuela por su Secretario, D. Eusebio Rodríguez y Fernández, y dos notables disertaciones, la de D. Salvador Viniegra acerca del «Arte moderno» y la de D. Pedro Quintero acerca de la «Historia del arte ornamental en las construcciones navales».

Discurso leído en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, en la recepción pública de D. Eduardo Vidal de Valenciano, el día 25 de Junio de 1898. Barcelona, 1898. En 4.º, 26 páginas.—El entendido escritor trata concienzudamente en su trabajo del «estado actual de la literatura dramática española». Tan atinadas son las consideraciones que expone, que si más adelante no nos escasea el espacio nos honraremos copiando la hermosa disertación académica.

Al Excmo. Sr. Ministro de Ultramar.—Madrid, 1898. En 4.º, 45 páginas. Los superiores de las órdenes de Agustinos, Franciscanos, Recoletos, Dominicos y Jesuitas han redactado una importantísima exposición, perfectamente razonada acerca del estado del Archipiélago filipino. En ella se muestran fieles patriotas y constantes mantenedores del señorío español en las apartadas posesiones asiáticas.

No puede ser más solemne el momento: al Gobierno toca oír tan autorizada palabra y poner remedio, si aún es tiempo, en los gravísimos males que amenazan con la pérdida de aquel vasto imperio.

Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.—Esta docta corporación ha instituido el «Premio Cánovas», de 5.000 pesetas, que otorgará á la mejor obra original é inédita escrita en lengua castellana por un solo autor y que verse sobre el tema siguiente: «Don Antonio Cánovas del Castillo. Su significación en la ciencia del derecho y en la sociología. Su influencia en la historia de la legislación española».

También se concederá un accésit de 1.000 pesetas. La extensión de los trabajos no podrá exceder de la que aproximadamente equivale á un libro de 500 páginas impresas en planas de 37 líneas de 20 cíceros, letra del cuerpo diez en el texto y del ocho en las notas. Se recibirán los trabajos hasta el 28 de Febrero de 1899 á las doce de la noche, en la secretaría de la citada Academia.

Medios prácticos para fomentar la instrucción de las masas populares, por D. Luis Manuel de Ferrer. León, 1898. En 4.º, 16 páginas.—Muy justamente fué premiada en concurso público esta interesante y bien escrita memoria.